IDEAS Y CRITICAS

RAFAEL BARRETT


LUX
LIBERTAS



RAFAEL BARRETT

IDEAS Y CRÍTICAS



O. M. BERTANI, EDITOR
MONTEVIDEO

IDEAS Y CRÍTICAS

RAFAEL BARRETT

IDEAS Y CRÍTICAS



O. M. BERTANI, EDITOR
MONTEVIDEO

Talleres Gráficos "EL ARTE" de O. M BERTANI - Reconquista, 195

LA SINCERIDAD

No acaba la humanidad de ser libre. Ha tenido amos durante tantos siglos, que aun necesita el amo. Derribados los espesos muros de su prisión, todavía la aprisiona el recuerdo. Todavía la impiden caminar los grillos ausentes. El aire puro la ahoga. El infinito azul la desvanece. La libertad es también un yugo para ella. Llevamos en el alma la marca ardiente de la esclavitud: el miedo.

Nerón encontraría hoy un trono, y Atila un caballo, porque los hombres tienen miedo y reconocerían en seguida el familiar chasquido del látigo. A falta del déspota histórico, soportan un enjambre de tiranuelos que no les dejan perder la costumbre: galones y espuelas, cacicatos políticos, espionaje, capital y usura. El pensamiento teme, la lengua calla, y la sinceridad, como en tiempo de Calígula y de Torquemada, es siempre un heroísmo.

La libertad está escrita; yo no la he visto practicada. Inglaterra es una corte pudibunda, Alemania un cuartel, España un convento. No hay pueblos civilizados; hay hombres civilizados. No he visto pueblos libres, he visto hombres libres. Y esos pocos hombres, pensadores, artistas, sabios, no tienen nada de

común con los demás. Se les pasea como a bichos raros. Lo han hecho todo sobre la tierra, pero no es probable que lleguen al poder público. Por eso no se les persigue con la crueldad de otras épocas. Son los asombradores del porvenir. Se les mira como a monstruos. Es que pensar, decir, hacer algo nuevo es todavía una monstruosidad.

El miedo es lo normal. Su hábito es la hipocresía, su procedimiento la rutina. Los que no son estúpidos simulan la estupidez. Hay que imitar á los demás, hay que ser como todo el mundo, como nuestros padres, como nuestros abuelos. Nuestro mayor orgullo es que nuestros hijos sean copia nuestra, y constatar que la sociedad no ha dado un paso. Ocultemos la vida interior, las ideas, chispas que saltan de la fragua, las pasiones fecundas. Son la desgracia, el pecado. Escondámonos detrás de nosotros mismos, y aguardemos la muerte sin hacer nada.

Se explica la hipocresía del criminal. Comprendo sobre todo la hipocresía necesaria al débil. El débil no puede ser sincero. La sinceridad atrae el rencor, el rencor general provoca lo imprevisto. Sólo el fuerte resiste y ama lo imprevisto. La salvación del débil está en no distinguirse. También el insecto reproduce los matices del árbol que habita, y la víbora, por escapar del águila, se confunde con las ramas muertas.

Lo aborrecible es la hipocresía inútil, universal, que asfixia en germen la originalidad redentora y nos hace lacayos los unos de los otros. La ley de los carneros de Dindenault es la *suprema ley*. Nues-

tra existencia es un tejido de absurdos y de cobardías. El traje, la casa, el lenguaje, el ademán; el modo de entender la amistad, el amor y las demás relaciones sociales; las nociones de respeto, honor, patriotismo, derecho, deber; lo que, en una palabra constituye el ambiente humano está repleto de contradicciones humillantes, pintarrajeado con los grotescos residuos de un pasado semi-salvaje, mutilado en fin de todo lo que signifique unidad y armonía. Cuando el conjunto de las cosas estaba orientado alrededor de un dios o de un príncipe, el espectáculo de la humanidad no era tan desagradable. Hemos suprimido ese foco ideal y hemos obtenido la democracia moderna, caso incomprensible del cual no saldremos mientras no nos decidamos todos a mirar la realidad cara a cara, a ser sinceros y a despreciar la hipocresía.

La mayoría inmensa de los hombres es incapaz de crear una idea, un gesto. Darán la carne de la generación próxima y nada más. A fuerza de acallar su pensamiento lo han enmudecido para siempre; a fuerza de amordazarlo le han estrangulado. Su hipocresía ingénita ha dejado de serlo. De tanto llevar la máscara se han convertido en máscaras inertes, que no encubren sino el vacío. Son los sepulcros blanqueados del Cristo. Parecen vivos, y están difuntos.

Pero en muchos de nosotros se despiertan vibraciones nuevas, se levantan conceptos nuevos del destino y de la voluntad. En muchos de nosotros la razón habla, y no la escuchamos; embriones sagra-

dos se mueven confusamente en nuestro espíritu, y los hacemos morir. Matamos lo que no ha nacido aún: tenemos miedo. Esperamos a que lo nuevo, es decir lo verdadero, lo hermoso, venga de otros. Otros, sí, bohemios melenudos, chiflados vacilantes, hambre, fiebre. ¡Cómo nos hemos ingeniado en martirizar la dolorosa juventud de los mesías! ¡Cuántas veces les hemos clavado las manos y los pies, y nos hemos reído de su facha lamentable! Por fin se ha descubierto que el talento es una enfermedad, y el genio una locura. Arrastramos la librea burlándonos de los enfermos y de los locos que traen la aurora. Sin valor para librarnos ni del oprobio de una vestimenta inexplicable, aguardamos a que cambien la moda, los cómicos y las prostitutas.

Nos educamos en el disimulo y en la avaricia. Jamás nos ponen de adolescentes frente a la verdad para decirnos «mírala, grítala». No; hay que callar o repetir. Hay que absorber la energía ajena, y petrificarla en nuestro egoísmo. Es preciso que con nosotros sucumba todo lo que vive dentro de nosotros; que con nuestra vida concluyan las futuras probabilidades de una vida superior.

Seamos sinceros. Bella es la máxima de amar al prójimo, y más bella la de amar al prójimo que no vemos, al que vendría mañana. Abriendo nuestra conciencia al viento y a la luz mientras respiremos, quedarán en el mundo, como prolongación de nuestro ser, formas duraderas o efímeras, nobles o humildes, avasalladoras o débiles, pero formas nuevas, formas

vivas que se unirán a otras para engendrar una molécula de armonía, formas esencialmente nuestras, y única justificación, único objeto de nuestra existencia breve.

Seamos sinceros. Libertemos cada día nuestra ingenuidad. Lancemos la semilla al surco desconocido. Suframos ¿quién ha dicho que la vida es placer? Entreguémonos ¿qué deseamos conservar, si no logramos conservar nuestros huesos? Entreguémonos. Es el mejor medio de perdurar.



EL AZAR

El azar llenaba el espacio infinito y la eternidad del pasado cuando el hombre apareció: un punto, punto de fuego que no se apagó nunca, ojo que nunca pudo ser cegado. Allí concluía la libertad sin forma del caos, y empezaba la extraña libertad del hombre. Y el hombre construyó su nido; sobre el ojo la frente; el punto fué una llama minúscula que ardía en medio de lo inmenso; imperceptiblemente retrocedió el azar. Y el nido se ensanchó, y el azar siguió retrocediendo.

La llama vacilante y central iluminaba débilmente masas oscuras, que galopaban en el vacío, siempre enormes y diferentes, monstruos, que caían al precipicio inacabable. La llama persistía. El hombre prolongaba a lo desconocido la constancia de su genio y la identidad de su especie. Semejante a sí mismo, crecía. Lo inerte temblaba a su voz, y se alzaba hacia él. Los delirios desbocados y negros se inclinaban y torcían y deseaban girar en torno suyo. En verdad, era el centro. Las rocas se juntaron para abrigarle; las simientes por su mano lanzadas, fructificaron, sus ideas buscaron lo invisible, y las moles sin medida se estremecían en su carrera al cortar los hilos de luz tendidos por el hombre.

Y los pies del hombre hicieron redonda a la tierra, y su mente organizó el firmamento. Los astros obedecieron á la geometría. Los siglos innumerables agitaron sus limbos, y ordenaron sus osamentas en los archivos del globo. El deseo del hombre engendró por fin cosas futuras, y el azar huyó detrás de las estrellas.

Y al huir dejó rastros entre nosotros, brumas, pozos, filamentos siniestros, estelas amenazadoras, errantes vientos, tempestades, catástrofes inesperadas, rápidas traiciones como zarpazos de tigre, la vida, donde hay tanta incertidumbre, y la muerte, donde hay más incertidumbre aún. Pero la muerte misma, que detiene a cada hombre sin detener a la humanidad, no es completamente inaccesible; la hacemos esperar, impacientarse; se la llama; se la violenta, se la mira de frente. El azar que resta no es puro azar; está amasado con nuestro espíritu triunfante. Y siempre queda, para toda conciencia y dentro de sí propia, el refugio supremo, la cima donde nada alcanza, y donde el hombre se siente invulnerable.

Y así como el hombre tiene la virtud vital de perseguir y pulverizar y disolver y aniquilar, el azar que todavía subsiste, y que por numeroso y formidable que parezca no es más que un residuo, tiene también el poder suicida de hacerlo tornar entero y de un golpe, de condensarlo dos veces tenebroso, entre los dedos trémulos del jugador. Basta un gesto para cavar un microscópico Malestrom capaz de tragarse familias y pueblos. Basta un instante de locura o de cobardía para abrir a nuestro lado un estrecho abismo sin fondo,

y para que el universo agujereado pierda su sangre luminosa, y se hunda en la absoluta noche. Baraja, ruleta, trivalidades que encierran el enigma devorador, y ante las cuales el hombre se anula más eficazmente que muriendo, porque la muerte no es azar sino a medias. El que logró señalar su rumbo fantástico a los cometas, se convierte en un espectro inútil, en un testigo idiota y mudo, en la nada. Sobre él, cae el infortunio y el desampàro fundamentales. Así los jugadores se entregan al fatal Océano cuyas orillas han suprimido, y no tienen otro recurso que sortearse para comerse entre sí. En cuanto nuestra razón se retira, el azar avanza, empujado por la presión de los lejanos y colosales depósitos.

Pero entra el tahur, y se sienta a la mesa de juego, entre los fantasmas esclavos. Valido de la trampa sutil, corrige y guía a la estúpida casualidad. Es el piloto. Ante él huye de nuevo el azar detrás de las estrellas. Ante él la luz renace. En él la humanidad soberana reaparece.



EL DÍA DE DIFUNTOS

Coyuntura es esta para hablar de muertos y de muerte. Hablar digo, y no pensar, porque dudo que exista hombre ni mujer de tan mutilado entendimiento que sólo piense una vez al año en el misterio y en la necesidad de morir. Pensemos siempre pues, y hablemos hoy.

Nuestros muertos cómo viven dentro de nosotros! Esos dos o tres muertos queridos que llevamos muchos en el alma, con qué grave peso nos ayudan a bajar la pendiente de la vida! Si nos separaron de ellos demasiado pronto, y los creímos, en nuestra joven ignorancia, devorados por la segunda muerte del olvido, qué dulce emoción, ahondada en el espíritu con el pasar del tiempo, al sentir que de nuevo se mezclan a nosotros, y nos hablan, y se apoyan cariñosamente en nuestro brazo, y clavan en los nuestros sus ojos resucitados! Muertos que caídos al mar os sumergisteis y después subís en las aguas lentamente y ahora flotáis, volviendo al sol vuestros blancos rostros ¿será cierto que nosotros también os visitamos, aunque sea en sueños, allá donde estáis y que en la sombra os persiguen nuestras pálidas figuras ausentes?

Anudáis y soltáis largos coloquios de silencio con

nuestros fantasmas, y engañáis como nosotros la tristeza? Tristeza que nos viene de las cosas que no hicimos cuando era lugar, de las palabras que no dijimos, de todo lo que faltó para despedirse en paz. Tristeza y remordimiento de los injustos, de lo ciegos que fuímos para los que tanto adorábamos. Descubrimos la profundidad del amor cuando no hay remedio, y nos prendemos á un espectro, y le gritamos lo imposible, y le ofrecemos los inútiles tesoros de ternura. Esperamos el supremo día en que, por fin, se nos revelará el destino cara a cara, y entonces...

«El que se muere no da
Lo suyo, sino lo ajeno.»

Nuestros muertos, serán entonces verdaderamente nuestros? Nos aguardarán a la otra orilla?

Ya que ellos, al irse, nos dejaron la ilusión de algo de su ser, confiemos en llevarles la realidad de algo nuestro, de algo que recuerden. Confiemos en ser reconocidos.

Alejemos de nosotros el temor, no sólo a desaparecer, sino a que la muerte nos desfigure. Al contrario, ella nos devolverá nuestra efigie auténtica, escondida bajo las miserias y el desorden del mundo visible. No conocemos nuestra propia conciencia. Raros son, de la cuna al sepulcro, los instantes en que vislumbramos nuestras entrañas y medimos, al fulgor del relámpago, los abismos que en nosotros se abren. Vivimos con la atención fija en lo exterior, que es la men-

tira, e ignoramos la única realidad que podríamos poseer, la única en contacto con nuestra mente, la realidad de nuestra condición misma. Cometemos el error de preferir la ciencia, la ciencia lamentable, cuyos más firmes cimientos no duran medio siglo, la ciencia falsa, la ciencia bárbara que incapaz, por definición, de sospechar siquiera lo invisible, se reduce a estudiar con ridícula ceremonia la máscara fría del universo. Y por eso, defraudados, padecemos la sed de la sabiduría, la sed de la muerte. Ella será la maestra. Morir es comprender.

Es manifestarnos. Es nacer. Es el símbolo de la vida plena. Ella nos hace entender que lo físico es provisorio. Ella nos muestra su fecundidad al elevarnos y fortificarnos mediante su idea. Aquellos a quien la muerte es familiar son los más nobles.

Ella nos enseña que ni el dinero, los honores, ni el placer, ni la carne son nuestros. La muerte es una criba que guarda lo esencial. Y si a la criba llegamos con carne satisfecha y un montón de títulos y de oro por todo equipaje, de nosotros nada quedará. Moriremos de veras y completamente, puesto que no supimos de veras vivir.

He aquí por qué nuestra vida debe ser una imitación de la muerte, y por qué los héroes de la vida interior se ocuparon con tanto ahinco de *mortificarse*, es decir, de *hacer la muerte*. Es que la muerte no es un aniquilamiento, ni una transfiguración, sino un balance. Define y depura; pone de un lado lo que es nuestro, y de otro lo que no lo es. Y si empleamos la

vida en obrar esta separación de lo propio y lo ajeno, del metal y la escoria; si luchamos, por el hierro y el fuego, aunque nos desgarremos y ardamos en cavarnos y encontrarnos y arrancarnos a lo de afuera, la muerte nos hallará dispuestos, y apenas sentiremos su mano glacial e irresistible. Cuanto más muertos seamos a lo que no nos importa, cuanto más vivos en nuestra esencia, otro tanto nos emanciparemos de la muerte y nos acercaremos a la inmortalidad.

No es lo importante trabajar, sino trabajarnos. La verdad está oculta. Hay que extraerla del fondo de nuestra naturaleza. Hay que ensangrentarnos, hay que desfallecer en busca de la verdad, de lo que no muere, y á ello nos empuja el amor. El amor es adivino; él, y sólo él, sabe donde está la verdad. Por eso los que no amaron saben cuál es nuestra verdadera cara; ellos nos vieron tales como seremos después de la muerte; ellos, los muertos queridos, nos reconocerán cuando muramos y nos juntemos todos en la otra orilla, y nos darán la bienvenida eterna. Sólo amar no engaña.



EL HOMBRE - NACIÓN

César o Wáshington, Bismarck o Mitre, el hombre-nación nace en las entrañas de un pueblo, para vivir mientras viva la humanidad.

Engendrado por todos, padre de todos, su carne es la carne inacabable de la raza. En su voz, lloran todas las lágrimas y claman todos los gritos de guerra. En su mirada, centellean todas las espadas y asoman todas las auroras. Pertenece a todo el mundo, porque es la voz y la mirada de todo el mundo. Los rasgos de su rostro heroico son definitivos y familiares como los ríos y las montañas de la tierra madre. Es en vida el monumento nacional por excelencia, y el mármol y el bronce no resisten bastante para acompañar su nombre y su figura a través de los siglos.

Jefe espiritual de su patria, habita el pensamiento de cada uno de sus hermanos. Es idea en todos los cerebros, y culto en todos los corazones. Alma de la colectividad, está siempre presente en las almas. Llena él solo la historia, y es la primera historia con que se fecunda la inteligencia de los niños. Ejemplo perpetuo de grandeza, excitante universal de energías, poeta y epopeya a la vez, muere gloriosamente, para reinar, como Dios, invisible.

Sólo él se atreve a sondar las tinieblas, y a decir a su ejército: —¡Por allí! —Él sabe lo que los demás ignoran, penetra el misterio y vence la fatalidad. Él se abrirá paso entre las aguas, y cruzará el desierto. Es el parlamentario del Destino, y contemplar el porvenir es contemplarle a él.

¡Dichosos los pueblos que veneran al hombre-patria; desgraciados los pueblos huérfanos que lo están esperando, y más desgraciados los pueblos que crucificaron a su Mesías y no quisieron salvarse!



EL VALOR

La lucha inacabable del hombre con la naturaleza ha cambiado de forma.

No son ahora los tiempos en que la noche era terror, el día caza; en que no había otro problema que el de comer y no ser comido. Sin más refugio que un agujero entre las rocas, sin haber conquistado aún el cortante sílex que se ata a un palo y la llama que hace retroceder las tinieblas donde cuchichea la muerte, el hombre combatía cuerpo a cuerpo con la realidad. Eran sus uñas, sus dientes, sus músculos, sus fundamentales instintos los que se adherían desesperadamente a la vida. Había que salvar a la humanidad de las fauces del tigre y del abrazo del oso. Había que ser astuto; había, sobre todo, que ser feroz.

Pero después la inteligencia, en una inexplicable crisis, creció monstruosamente, y desbordó de los sentidos. Incapaces de seguirla y de servirla, la inteligencia prescindió bien pronto de ellos, y se fué fabricando los delicados o colosales órganos que necesitaba: las máquinas. Y hoy vemos lo invisible, estrellas perdidas en el fondo de los espacios y microbios que viven a millones en una gota de sangre;

palpamos casi las moléculas y el éter; apreciamos las más imperceptibles vibraciones y las más formidables magnitudes; escuchamos, a centenares de kilómetros, el susurrar de una voz. Nuestro aliento ruge en las calderas o clama con la dinamita; nuestros músculos de metal aplastan las rocas; nuestras uñas y nuestros dientes abren las montañas; nuestros nervios son una red de alambres que aprisiona la tierra. La eterna batalla no es ya un episodio cruel de la historia de las especies, sino un designio del universo; no es ya una tentativa, es una verdad que marcha con la majestad de un poema; no está hecha ya de incertidumbre y de ferocidad, sino de pensamiento y de valor.

Es preciso tener valor. Doblemente es preciso, porque antes de encontrar la naturaleza hay que encontrar a los hombres; antes de herir y fecundar la realidad sombría hay que herir y fecundar los cerebros entenebrecidos de nuestros hermanos los brutales, de nuestros hermanos los supersticiosos, de nuestros hermanos malvados y débiles. Hay que lanzar las ideas nuevas contra las ideas viejas; hay que conspirar contra el pasado, y barrer los fantasmas. Estamos en camino. El mal persiste siempre detrás de nosotros, como una manada de lobos que aúllan. Detenerse es morir.

El genio no es nada sin el carácter. Si somos cobardes, nuestras ideas lo serán también, y no se atreverán a dejar su rincón oscuro para salir a la luz. Es necesario no proponerlas, sino imponerlas. Sólo re-

siste a la fuerza lo que la fuerza construye. Como la gran mayoría de los hombres no conocen ni temen más que la fuerza, aceptarán el bien cuando no haya otro remedio. Por eso, lo primero es ser fuertes. Se persuade con los puños, y se defiende la verdad con la punta de la espada.

Los grandes depósitos de energía humana, dinero, dictadura social, masas de obreros y de soldados, están en poder de la estupidez, la crueldad y la avaricia. Nunca ha sido más indispensable el valor que ahora. Sabemos el punto exacto que hay que atacar. Sabemos dónde está la ruta, y por qué sitio del horizonte vendrá el sol. Sabemos que un puñado de espíritus superiores, prisioneros de la inmensa mole esclavizada, son lo único que hace avanzar el mundo. Comprendemos que mientras no les pertenezca el poder político la humanidad no será libre, y sentimos que esa suprema obra exige toda nuestra inteligencia y todo nuestro valor.

Se rechaza el consejo del pacífico sabio, y se acata la orden de un imbécil con el sable al cinto. Afirmemos valientemente nuestra convicción, y no nos dejemos amordazar. El silencio siempre es cómplice. No seamos humildes, no prostituyamos la razón, que nos hace sagrados. La palabra del profeta debe estallar como un trueno. Disciplinemos nuestro organismo, hagámonos amantes de la obstinada lucha. Las ideas, flechas sublimes, se forjan en el reposo, pero es la voluntad la que tiende el arco.

EL ODIO

Hay odios que no son más que amor. Cuando Zola, en el primer arranque de su talento titánico, escribió el famoso artículo *Mes haines,* que es una fulmínea imprecación a los imbéciles y a las hipócritas, demostró heroico amor a la ciencia y a la sinceridad. Benvenuto Cellini discutía escultura a puñaladas en las calles de Florencia. Su puñal estaba tan enamorado al defender la belleza, como su cincel al retratarla. Delante de Napoleón no había enemigos que aniquilar, ni aborrecimientos que estrangular, sino problemas que resolver. «Para un espíritu superior, decía el sublime combinador de batallas, no existen más que hechos.» Napoleón amaba la guerra sin odiar a nadie. Los grandes ambiciosos, nacidos del pueblo para apoderarse del pueblo, fueron grandes amantes de sí mismos. Su vitalidad desbocada engendró el sueño insolente de la gloria, y con fanatismo profético transfiguraron su destino en leyendas deslumbradoras. Quién cuenta las víctimas anónimas del tirano que funda naciones? Su mano ensangrentada es venerable. Su espada y su látigo son reliquias. Sólo el amor arraiga y procrea.

Los fuertes no pueden odiar. Se odia de abajo a

arriba. La salud no odia, y el odio absoluto, la obsesión del mal por el mal, el designio de la destrucción inútil es cosa de enfermos. La lucha por la vida, con todas sus ferocidades, no es más que el santo amor a la vida. De las decepciones que exageró sin soportarlas nuestro cerebro anémico, de las humillaciones merecidas que nuestra cobardía y nuestra debilidad hizo fáciles y no dejó castigadas, se amasa nuestro odio. Los que apenas tienen fuerzas para no ser aplastados las emplean únicamente en odiar, y destilan la última defensa de los organismos inferiores: veneno.

El odio y la corrupción empiezan juntos. «Compadezco al demonio, exclamaba Santa Teresa, porque le está prohibido amar.» El amor se queda a la puerta donde el Dante leyó la inscripción terrible. El Infierno es el lugar del odio eterno. Si en los instantes de dolor y de angustia, cuando nos rodean las tinieblas y la maldad humana, somos aún capaces de amar, de combatir sin odio, estamos salvados. Si odiamos estamos perdidos. Cuando los romanos empezaron a odiarse y a delatarse bajamente, comenzó la agonía de Roma. No eran los emperadores crueles, sino viles los ciudadanos. Llegó un día en que los cristianos odiaron también, y se hicieron católicos. Los instrumentos de tortura que el odio inquisidor imaginó en España asesinaron por segunda vez a Cristo, y Cristo no resucitó. La religión española, deshonrada desde entonces, se ha convertido en un materialismo grosero. Así mueren los cultos, alma de las razas, y así mueren

las almas de los hombres. Odiar es obedecer a la muerte.

No es al amor a quien hay que pintar ciego. Es el odio el que no ve ni comprende. Las ideas se aman, y sólo se odian las personas. El odio es mezquino como su objeto. Toda la ilusión del que odia consiste en herir la miserable envoltura ya condenada por leyes fatales a desvanecerse. ¿Cuál será tu triunfo, odio que caminas con los ojos bajos, buscando un arma que se clave, un alfiler que pinche, un pedazo de lodo que manche? Desgarrar unas entrañas: ahí concluye tu obra. El amor las fecunda, y su obra no tiene fin.

Odiamos demasiado. Al despojarse del prestigio que le daban los tradicionales factores históricos, semi-anulados hoy por la democracia, el odio social se ha desnudado de cuanto lo volvía interesante y casi poético. Ha sido, como tantas otras cosas, reducido a su verdadero tamaño por el positivismo del siglo XIX. Se ha revelado individual, vulgar y monótono. Ha descubierto netamente su repugnante raíz, la envidia, y su procedimiento habitual, la calumnia. De gigante que dislocaba fronteras se mudó en microbio que infecciona el hogar y hace irrespirable la política.

Pero la trágica cuestión económica tornará a organizarlo vastamente. La humanidad se ha dividido en Caín y Abel; el rico y el pobre. Los desniveles de dinero, en vez ds producir energía matriz como todos los desniveles mecánicos, producen odio mortal. La estúpida y salvaje dinamita había de ser el verbo de ese odio. El trabajo es un tormento, el afán de liber-

tad sed de venganza, y el progreso crimen. Emponzoñada en sus fuentes vivas, la civilización se siente más en peligro que cuando el Asia volcó sobre Europa el mar furioso de sus hordas innumerables.

Hasta a la Naturaleza odiamos. Nuestras horrendas construcciones profanan los suaves y profundos paisajes que hubiéramos cantado en otro tiempo. Esclavos del oro, cotizamos los encantos del planeta, explotándolo sin compasión. Nuestra admiración es industrial. Hemos olvidado el virgiliano amor a la tierra madre. No es ya el secular arado quien abre con ternura su vientre para preparar la venida de la simiente misteriosa. Encontramos mayor placer en hendirlo a golpes de explosivo para saquearlo. Y también nos odiará la tierra. Vagaremos hambrientos sobre su seno destrozado y estéril. Temblará de ira formidable, y hará desplomarse nuestras fútiles torres de Babel.



LÁPIDA

Envidiemos la gloriosa apoteosis de Ferrer, asesinado en los fosos de Montjuich, la última Bastilla de los latinos.

Arrastrado a los fosos como por una banda de chacales, devorado en la sombra y el silencio, a espaldas de Europa.

Fué fulminado, porque era cumbre. No le podían perdonar. Los inquisidores perdonan el crimen, no la idea. Cayó, porque causaba miedo, porque era una de las imágenes vivas del futuro, un anuncio de muerte para los que le hicieron morir. Pero qué es la desaparición de Ferrer? Un simulacro. Lo grave no es que haya muerto, sino que haya vivido, que después de él perduren y crezcan formidables las energías de que se formó. Ferrer, desposado con la bella muerte que le disteis, engendrará los héroes de mañana. Qué habéis conseguido? Hacerle inmortal a balazos, convertir el inofensivo profesor en un irritado ángel que visitará vuestras noches.

Por qué no atendisteis al rey extranjero que os pidió prudencia en voz baja, por vosotros y por él? Es que sois todos solidarios, despojos flotantes de la historia, majestuosos fantoches, temblando con el cetro

en la mano; fariseos que no queréis dejar escapar de vuestras uñas el botín de un Dios difunto; militares que os honráis poniendo la matanza al servicio de la avaricia financiera; burgueses momificados dentro de vuestros alveolos de oro frío; mundo que subsistes, porque los nueve décimos de la humanidad son todavía un rebaño de resignados mendigos. Asesináis, oh, moribundos armados hasta los dientes! Asesináis; creéis, decrépitos, que los baños de sangre os devolverán la juventud. Inútil. Comprendemos el mecanismo de vuestra agonía. Hemos hecho algo mejor que venceros: os hemos explicado. La vida misteriosa se refugia en la carne que sufre. Asesinaréis mil Ferrer... Y qué? Detendréis el Tiempo?



ENERGIAS PERDIDAS

El genio humano detiene la naturaleza que pasa. Él ha hecho que los torrentes devastadores se paren a regar jardines, y que los vientos indómitos empujen las carabelas inmortales. Él ha despertado a golpes de pico el negro titán que dormía en las entrañas de la tierra. Él ha aprisionado el rayo salvaje, que en vez de asesinar lleva el pensamiento por un hilo, y en vez de cegar un instante, ilumina confidencialmente las noches de estudio, de dolor o de ensueño.

Impotente para crear un átomo, para sacar de la nada el más débil de los esfuerzos, el hombre tiene el don sublime de organizar las energías que le rodean. Las obliga á ensanchar el reino de la inteligencia, a integrarse activamente en una concepción del mundo más y más alta; las obliga a humanizarse. Por encima de las flechas de las catedrales asoman las puntas de los pararrayos; mas guardémonos de reir: esto proclama que la centella ya no es de Dios. Del mismo modo que la energía química de los alimentos se transforma, al pasar por nuestra substancia, en el más prodigioso conjunto de fenómenos, las energías naturales, engendran, al pasar por los me-

canismos humanos como pasa el viento por las cuerdas de un arpa, la armonía anunciadora del universo futuro. El ejército de las fuerzas humanizadas aumenta sin cesar, y rinde poco a poco el inmenso caos de lo desconocido. El hombre es el eje en torno del cual comienzan a girar las cosas, agrupándose en figuras imponentes y simbólicas. Estamos en el primer día del génesis, pero es nuestro espíritu, y no otro, el que flota sobre las aguas.

No obstante tan luminosas promesas, ¡cuán pequeño es lo que poseemos si lo comparamos con lo que todavía está por poseer! Las gemas han salido de sus antros para brillar sobre el cuerpo de las mujeres, y las rocas han abandonado su inmemorial asiento para convertirse en viviendas humanas; el hierro, el carbón y el oro están con nosotros; mas ¿qué es lo que conocemos del planeta? Hemos arañado en escasos puntos su epidermis, y nos abruma, casi intacto, su redondo y colosal misterio. Ignoramos los más formidables metales, las más extrañas materias. Si hoy nos desconcierta el radio ¿qué no nos aturdirá mañana? ¿Qué es lo que sabemos de ese monstruoso ser que se estremece en los terremotos y respira por los cráteres? ¿Qué palabras no arrancaremos con el tiempo á la espantosa voz de los volcanes?

Desde el corazón de los montes va nuestra imaginación a la superficie de los mares, y nos asombramos del inútil y perenne batallar de las ondas. Sobre una extensión cinco veces mayor de la que cubren los continentes reunidos, no hay un metro de líquido

que no suba, baje, se vuelque y palpite sin descanso. Y cuando el huracán se desata y su caprichosa energía se ha mudado en olas descomunales que se empinan marchando, preciso es aguardarlas en la costa, y verlas estallar contra los acantilados sombríos, haciendo temblar entre una tempestad de espuma las raíces de las montañas, para sentir lo incalculable de esa fuerza que se acaba a sí misma. Y como si no fuese bastante este derrochar sin freno, la blanca luna levanta diariamente hacia ella la masa de las aguas, en una aspiración gigantesca cuyo aliento no acertamos a aprovechar.

Toda la vida terrestre: brisas y ríos, selvas cerradas, praderas sin fin; la fiera que huye con oblicuo salto; el pájaro que teje su nido, y el insecto que zumba sobre la flor; los días, que cambian con las estaciones; las estaciones, que se matizan según los climas, y las razas humanas, que en ritmo impenetrable, sienten, piensan y se reproducen; todo lo que se mueve, luce y combate es para el sabio una forma del calor solar. Por eso, hemos de inducir las maravillas que se pierden en los desiertos calcinados de África, Asia y Australia, sobre cuyas arenas infecundas derrama el sol cada día sus ardientes cascadas de luz. Pero tal calor desaparecido, qué es al lado del que fluye constantemente a través del espacio, precipitándose en la nada? Nuestro globo es un grano de polvo que brilla en el vacío; recoge una parcela de energía, mientras la casi totalidad se esparce en una inmensa circular oleada, que se debilita a medida que

se abre, hasta desvanecerse en las orillas del infinito.

Soñemos con los soles inaccesibles, y soñemos también con otras energías: las que nos rozan sin vernos, o nos acarician y quizá nos matan, las innominadas habitantes de la sombra. Ayer ignorábamos que existía la electricidad, esa alma de la materia. ¡Que todo lo que vamos descubriendo nos sirva de sonda para lo que aun ignoramos! No pretendamos envolver con los sentidos, pobre red de cinco hebras, la enigmática realidad. Los más nobles pensadores, despreciando el frívolo escepticismo de los que no ven más allá de su microscopio, escuchan con religioso silencio los pasos de la Idea, que viene acercándose, y lo esperan todo de lo que no nos ha engañado nunca.

Tengamos conciencia de nuestro destino. Alcemos nuestra ambición hasta tocar el firmamento con la frente. Que nuestra mano o nuestro pensâmiento detenga la naturaleza que pasa. Mas no nos equivoquemos y creamos que nuestras armas son perfectas, y nosotros mismos dignos enteramente de la lucha divina.

Corazones generosos laten bajo andrajos de mendigo. Talentos insignes agotan sus facultades en la miserable caza del pan. El genio muere desesperado o no nace. Los gérmenes sucumben. La mole de la imbecilidad y de la maldad generales es demasiado pesada. Antes de escalar el cielo y de encarcelar las energías del abismo, hay que libertar esas otras energías sagradas que sufren en el fondo de la sociedad.

Es necesario que extiendan las alas, y que reinen sobre el mundo, como reina el espíritu sobre la carne, en aquellos que son algo más que carne. Entonces, miraremos las tinieblas cara a cara, y diremos:

«Somos la verdad».



LOS LENTES DEL INDIO

El coronel Curzon Wyllie era enemigo de la casa hindú; por lo menos así lo asegura un asesino, Dhingra, estudiante indígena, joven de lentes. Es probable que Dhingra esté bien enterado. Hay pues una causa hindú, como hubo una causa cubana. La infalible Inglaterra padece también sus dificultades coloniales. Entre los innúmeros pobladores que encierra la enorme península dentro de su triángulo simbólico, custodiados por un grupo de burócratas ingleses, se encuentran algunos que abrigan la loca pretensión de vivir en su casa. ¡Qué anarquía! ¡Rechazar las leyes más sabias de la cultura occidental! Es extraño que Inglaterra no se canse de civilizar bárbaros, y se obstine en proteger a pueblos que no merecen tanto beneficio Pensad con cuánta delicadeza ha respetado la religión y las costumbres íntimas de los hindús. Me figuro un honrado ganadero que me dijese «yo respeto las costumbres íntimas de mis ovejas y su concepción del universo; si tienen ideas religiosas, me inclino silenciosamente; lo único que hago con el rebaño es esquilarlo».

Los hindús — en el fondo de acuerdo con Kipling — defienden su lana. Están desunidos, mal armados; es

fácil que sucumban otra vez, pero la lucha será bastante seria, a juzgar por el grave síntoma que se deduce del movimiento estudiantil. Recordemos la obra de los estudiantes en Rusia. Muchos Jóvenes Turcos salieron de las aulas. El republicanismo portugués, que despanzurró a Don Carlos, es intelectual; su arranque decisivo se fechó con el centenario de Camoens; los Bazilio Telles y los Guerra Junqueiro fueron levadura del pan de la revolución. ¿Quiénes dirigieron la campaña en favor de Dreyfus? Novelistas como Zola, críticos como France, publicistas como Séailles, pintores como Carriére. El atentado de un estudiante es una terrible amenazá. ¡Y más si usa lentes! «Estando Dhingra en el suelo, cuenta un testigo, pronunció palabras cuyo sentido no advertí. Sólo sé que pedía sus lentes que se le habían caído en el corto combate que mantuvo con los que le arrestaron». Cuando el pengüino Colomban que recorría las calles de Alca, no para fusilar coroneles, sino para pegar en los muros la proclama de la inocencia Pyrotina, viene a tierra con escala, engrudo y cartelones, atropellado por la multitud, «se pone en cuatro patas, en mitad del arroyo, buscando los lentes que había perdido en su caída». Esos lentes son la civilización, que traerá aún grandes progresos subversivos entre nosotros, y sin duda grandes crímenes — quizá útiles; son el signo de que la bomba está científicamente preparada y la mecha a medida de su tiempo; son la prueba de que existe, invencible acaso, un designio glacial y profundo. Un hombre que deja los libros y toma un re-

vólver, no sería tan peligroso si se olvidara de sus lentes. Gracias a los lentes los libros dieron en el blanco, y el revólver dará en el suyo.

Lo primero que reclama Dhingra, después de la pelea, son los lentes. Tiene razón: ¿Conocéis el grabado de Max Klinger sobre Nietzsche? El filósofo aparece en la cumbre culminante de una vertiginosa cordillera, ha conseguido llegar allí merced a una voluntad heroica, merced a esfuerzos sin nombre. Domina por fin un sublime panorama. Pero no puede — ¡ ay ! — contemplarlo, porque ha perdido los lentes en la empresa. Desesperado, furioso, desde su altura inútil maldice la ausencia de un pedazo de vidrio. Las razas llamadas inferiores ascienden poco a poco a la cima inflamada de su odio. Posición estratégica, si la cenicienta de piel negra ó amarilla conserva los lentes sobre la nariz. ¡ Qué gafas las del Japón, qué puntería! Y el Islam se agita en Asia y en Africa, y la China abre cuarteles y universidades y la India estudia. ¡ Malditos anteojos, llevados por los mismos europeos a los países saqueados por la barbarie blanca ! Era fatal: la vida y la muerte se engendran una a otra, el que hiere espolea, el que viola fecunda. Todo se contagia, hasta el poder. Hay épocas en que el granito se disuelve, y las hay en que los cadáveres caminan. Felicitémonos de que se renueve el espectáculo del mundo, y de que la sombra y la luz cambien sus juegos. Los lentes de Dhingra relucen. Inglaterra pasa·

EL POETA EN PALACIO

Rubén Darío encuentra interesante a Alfonso XIII. Los poetas admiran cosas que los demás mortales no sospechamos siquiera. El rey de España conoce el arte, la ciencia y, sobre todo, la religión; está al tanto de todos los descubrimientos y de todos los adelantos modernos: es el primer agricultor de su país; es también el primer propagandista industrial, el primer viajante de comercio; ha enviado cajas de vino de Jerez a personajes ingleses; es militar, caballero, gentleman, sportsman, automovilista, cazador, jinete, políglota, orador y buen mozo; tiene ojos bellos y una frente que sería cofre de ideas grandes; es hijo cariñoso, esposo enamorado y soberano benévolo. ¡Cuántas habilidades!

Además, es valiente. Parece que le han tomado el pulso en el instante de la célebre bomba. Si volvieran días de guerra, ¡ya verían ustedes! Si una ciudad española cayera bajo una catástrofe como la de Messina, ¡ya verían ustedes! Por supuesto que todos los Alfonsos fueron ilustres; ese nombre es una mascota. El número XIII — no hagan caso de que sea trece — debe, sin embargo, cuanto es a los prodigiosos cuidados de su madre augusta. Admitamos que el poeta se asom-

bre de que una reina sea buena madre; lo excesivo es afirmar que la ex-Regente, «a la callada», haya sido una de las reinas más caritativas. Tan a la callada, que nadie se ha enterado, ni los mismos pobres; y tal vez Doña Cristina haya conquistado su formidable fama de avarienta, a fuerza de generosidad.

Dejemos tranquilos a los antepasados del rey. Nos toparíamos con aquella ardorosa Isabel, que tanto amó a los españoles, y con aquel Fernando, que tanto los odió, y que llamaba a los monarcas constitucionales, «c..s a la vela». Dejemos tranquilo al propio Don Alfonso. Aceptemos la nómina de sus gracias, como aceptamos por cortesía la de una niña casadera que borda, guisa, baila, posee dos idiomas, pinta a la aguada y toca el piano y el mandolín. Nos hallamos ante un artículo de «Ilustración», bien pensante, favorecido por la Casa Real; no faltan sino las fotografías. Ya que los reyes no pueden hacer llegar al pueblo su carácter, hacen llegar su efigie, coronada humildemente con la gorrita del chauffeur.

¡Un poeta metido en tal faena! ¡Qué melancólico ejemplo de domesticidad! Rubén Darío nos confiesa trémulo de beatitud, que ha conversado con el rey. «Me habló del canal de Nicaragua». Observemos de paso la obstinación con que los insignes cronistas europeos lucen sus amistades. Su pluma nos demuestra, en primer término, las excelentes relaciones del autor. Trátese de un bautizo, de una boda o de un entierro, resultamos íntimos del recién nacido, de la novia o del difunto. ¿De quién no habrá sido compañero el

periodista a la moda? La condesa de Pardo Bazán — es condesa, ha mejorado — nos confía su llano contubernio con las cúspides aristocráticas del faubourg Saint-Germain, empezando por los Montmorency; y en cuanto al simpático Carrillo — ¡ah! — es amigo de todo el mundo, desde la más empingorotada cocotte al duque más innocuo, pasando por los bohemios de ambos continentes. Claretie es de circulación universal; Ferrero se palmotea en el hombro con Roosevelt, y ¡es preciso que se sepa! Involuntáriamente, recordamos a Eusebio Blasco, el modelo de la serie, obsesionado con sus comidas palatinas, de las que quizá conservaba mondadientes de honor. — Pero es natural que Rubén hable con S. M.; — me diréis — es diplomático. — Un poeta — contesto — ha de ocultar sus miserias civiles.

S. M. significa «sin majestad» Donde hay un poeta y un rey, Su Majestad es el poeta. El poeta reina y ha reinado hasta en la época en que los reyes reinaban y sostenían a los artistas con mendrugos de segunda mesa, como a perros amaestrados. Existieron papas de que nadie se acordaría sin el genio de sus arquitectos y de sus decoradores; Nerón es un monstruo intacto, sumergido en el genio de Tácito desde hace veinte siglos; los Felipes y su siniestra corte de infantas escrofulosas, bufones y enanos, se salvaron de la nada, porque el pincel de Velázquez se dignó recogerlos. Darío suena más alto que Alfonso; las «Prosas profanas» cantarán mucho después que haya callado para siempre el Borbón políglota. ¿Por qué

posturas reverentes ante los fútiles señores del espacio? El poeta es el vencedor del tiempo, el amo de la muerte; en ellos, la belleza afila su proa misteriosa, para cortar las negras aguas del olvido. Voluble Rubén, no traiciones a tu Dulcinea; haz memoria de que tu princesita «está triste»; no abandones, por los vulgares dueños de la tierra, a los dueños sagrados que engendró tu fantasía.



MONOLOGO DEL CZAR

«Soy á un tiempo Emperador y Papa, soy amo de cien millones de hombres. Me basta extender el dedo para que el más poderoso de mis súbditos desaparezca. Me basta mirar para fulminar, fruncir el ceño para que tiemblen en torno mío. No sé hasta dónde llega la ola de mi ser. Soy demasiado grande, no conozco mis límites. Soy enorme... y tengo miedo.

En medio de mis ministros, generales, altos dignatarios de la corte y de la Iglesia, cubiertos de orgullo y de oro, cuando avanzo mis pesadas piezas en el ajedrez de Europa, tengo miedo.

Al frente de mis ejércitos, ante la selva de lanzas y de fusiles que cubre el horizonte, cuando á mi voz central ondulan y se precipitan mis innumerables cosacos, tengo miedo.

En la mesa cargada de magníficos frutos, al lado de mi mujer y de mis hijos, cuando el lacayo acerca el manjar humeante en la fuente de plata, tengo miedo.

En la penumbra de mis habitaciones á solas, cuando el agente de policía se desliza en mi busca, incógnito y silencioso como un ladrón, tengo miedo.

De día, en mi carruaje veloz, cuando paso a ciegas,

tapado por mi escolta a través de la multitud cuyos ojos inmóviles adivino, tengo miedo.

Y de noche, como ahora, en el fondo de mi palacio, junto a mi esposa que gime soñando, ¡ay! tengo miedo.

Porque detrás de los pechos cubiertos de oro, detrás de las lanzas, detrás de los espías secretos y de los muros seculares está lo desconocido. Lo desconocido me ha condenado a muerte, y nada me salvará. Ya no soy la roca firme sobre el mar de mi pueblo. Una lima sutil segó mi base, y me siento hundir en el abismo. La dinamita aúlla a mi puerta; ese oleaje sombrío me ha salpicado y una gota más certera que las otras pondrá fin al drama.

Ahorquemos! me dicen—y ahorco. ¿Cómo ahorcar al último? Siempre quedan, siempre resucitan. Ahorco, sí. Pero mis manos, con lo anchas que son, no son lo bastante para estrangular a Rusia de un golpe. Es inútil asesinar a los que piensan. ¿Para qué abrir los cráneos, si la idea, como un ave invisible, se escapa y vuela hacia los cráneos vivos? Y la idea me persigue y me ronda, y la veo en las miradas y en las cosas; habita conmigo; tal vez me prepare un plato mortal; tal vez afile el cuchillo de mi mejor criado; y me roe el cerebro y me destruye el corazón, porque la idea, que es audacia y júbilo entre los que aborrecen, en mí no es más que miedo.

Tengo miedo. Mi existencia es una agonía. ¿Acabar, huir?... Vana esperanza; el presidiario es capaz de evadirse. Yo no; yo soy el czar. La tradición, la ley, el dogma, una montaña de siglos me han clavado en

este trono. De aquí se despeña uno, pero no se baja. Mi inmenso pedestal está cortado a pico. ¿Qué prisionero habrá tan guardado como yo? Alrededor de mi vivienda, en cada hueco, al pie de cada pilastra, en cada boca calle, hay una bayoneta. Desde aquí las distingo, brillando en la noche. ¿Cuál de ellas me sepultarán en el pecho? Si los jefes son traidores ¿no lo serán los soldados? Sólo el miedo me es fiel.

¡Amargura infinita de mis niños, ángeles rubios, cuando me acarician sus besos inocentes! No me toquéis; vuestro padre tiembla. Mujer, duerme y gime. Tu pesadilla no es tan lúgubre como el rostro del cobarde emperador. Mañana el sol renovará las mentiras del mundo, y haré la mueca de la majestad».



LA MORAL Y LA CIENCIA

Un joven inclinado sobre un libro: «imagen de paz», diréis. ¡No! ¡imagen de combate! ¿Quién vencerá? ¿Devorará el hombre al libro, o será el libro quien asesine al hombre?

Estudiantes: la literatura humana es una selva sin fin, infestada de felinos traidores, de reptiles ponzoñosos, de insectos que os disecarán si caéis, de pantanos donde acecha la fiebre. Y preñada de paisajes magníficos, sí. Leer es viajar. No emprendáis el viaje sin conoceros, sin vigorizar vuestras almas. Hay comarcas maravillosas de donde no se vuelve. Sabedlo a tiempo.

Estremece esta idea: que la moral se aprenda en los libros. Los libros de moral son libros que mandan. Y los libros no deben mandar, porque son de ayer. No coloquéis en el pasado vuestros jefes, sino en el futuro. Decid al libro: «cuando vivías realmente, cuando naciste para proclamar algo nuevo, no eras moral, eras inmoral. Religioso, al fundar tu secta fuíste hereje. Político, al reclamar más libertades fuíste revolucionario. ¿A qué me enseñas? ¿A obedecer? ¿Por qué no obedeciste? ¿A mandar? ¿Por qué entonces me mandas?

El ideal sería ¿no es cierto? obedecernos y mandarnos únicamente a nosotros mismos. El deber supremo no es ser como otros fueron, sino ser como se es. Lamentable cosa: encontrar ya escrito lo que habremos de hacer y de pensar. Tan absurdo es ordenar a un individuo libre como a una máquina. El uno no hará caso, puesto que es libre; la otra no necesita que la ordenen, si está construída para la faena que de ella se exige, y si no lo está, ordenarla es inútil. Las máquinas funcionan solas, o no funcionan de ningún modo. Las máquinas no oyen a nadie, y los seres libres no oyen sino la voz interior.

Hemos eliminado de la enseñanza — casi — la tradición religiosa. Aun nos entorpece la didáctica de los deberes civiles, de los prejuicios sobre la propiedad y el Estado. En cuanto a los sentimientos fundamentales — sería monstruoso, por ejemplo, tener que enseñar a las madres el amor a los hijos. El verdadero maestro no enseña más que hechos; su triunfo es despertar en sus discípulos el sentido crítico. El verdadero maestro no enseña la certidumbre; enseña a dudar. Sólo en la duda la conciencia propia alcanza su máximo; sólo en la duda se mueven las energías internas, es decir, las que merecen salvarse.

Ahora se ensaya una moral científica. Durkheim y Lévy-Brühl la desarrollan. Pero no la atribuyamos a otro carácter que el descriptivo. Lévy-Brühl ha escrito una « Ciencia de las costumbres ». Estudiar las costumbres del hombre como las del castor — muy bien. — Sin embargo no es en el libro de Lévy-Brühl

donde están mis sueños, mis deseos, mis victorias, mis fuerzas, mi destino. Los « míos » ¿comprendéis? « Yo » no me casaré para restablecer la cifra media en la estadística anual de los matrimonios. El poder de que dispongo contra las leyes sociales es más sagrado, que el poder de cumplirlas.

La ciencia es una ventaja enorme. La ciencia es una luz en una encrucijada. Mas no es lo mismo iluminar los diversos caminos que echar a andar por uno de ellos. La ciencia es lo impersonal, lo objetivo, lo que hay de mecánico en el mundo. Para la ciencia no hay « escala de valores ». El microbio es lo que el astro, el placer lo que el dolor, la vida lo que la muerte: fenómenos. Todo está en un plano idéntico; la ciencia no tiene espesor ni claro obscuro. Mi espíritu en cambio es una jerarquía. Si prefiero suicidarme ¿con qué me detendrán? ¿Con un argumento biológico?

¿Experiencia? Sí. Hay dos experiencias; la exterior que construye el edificio científico, y la interior, la del « yo » incomunicable. La ciencia del exterior es la lógica de los casos iguales; « yo » soy un caso que no se repetirá nunca y mi gobierno será « mi » ciencia interior — o sea la sabiduría. La sabiduría es lo que me importa en primer término: ser no lo que la ley me mande, sino lo que soy.

Y si a ser lo que se es llaman rebeldía — tanto monta!

EL DUELO

Reparación por las armas... Es opinión antigua que los aparatos de destrucción son útiles, que la muerte sirve. El honor, como los dioses, necesita sangre. Vivimos de la opinión ajena, y el público es cruel; exige espectáculos de circo: gladiadores. Nuestra virtud, por otra parte, resulta de la corrupción de los demás. Si el último de los granujas asegura que he asesinado a mi madre, todos lo creerán, porque les conviene y porque me odian. ¿Cómo desagraviar al monstruo omnipotente? ¿Cuál será el sacrificio expiatorio? Un cincuenta por ciento de suicidio: el duelo.

Degeneramos no obstante. A esa fiesta, obligatoria en algunos ejércitos, acuden los íntimos. En París, las claras toilettes de las señoras la amenizan. Un gesto a lo Artagnan, una picadura en el antebrazo, saludos cordiales, y hasta otra. Pero hay quien toma la cosa en serio. Nada más divertido entonces que la desbandada general de adversarios y padrinos. Un hombre resuelto a batirse de veras no lo consigue nunca. El siglo es práctico.

¿Quién confía, ni por un instante, su fortuna al prójimo? En cambio confiamos la honra. Al principio

los desafíos eran solitarios. El moro Tarfe no menciona testigos en su célebre cartel, da la hora y el sitio. «Ven y verás cómo habla el que delante del rey, por su respeto callaba». Después los cortesanos franceses llevaban un apoderado a dirimir los lances versallescos. Ahora urgen cuatro representantes, director de combate, médicos, etc., y se dibuja la tendencia al *jury*, al expedienteo, a la prudente burocracia. Ahogamos en tinta nuestro noble prurito de pincharnos.

Todo se afea rápidamente. La humanidad atraviesa una edad ingrata. Conservábamos la bella costumbre del duelo, mezcla elegante de barbarie y de cortesía, de valor individual y de llamamiento al destino. Nos queda una parodia lamentable. Y lo terrible es que la injuria no ha perdido un adarme de su poder.

No digáis que la injuria es la palabra; no hay palabra donde no hay pensamiento. La injuria a secas es un aullido, un grito de bestia. Y demasiado débiles para oponer a la injuria el espasmo fulmíneo del coraje, no hemos aprendido aún a domesticarla bajo el influjo divino de la idea.



PATRIOTISMO

La idea de patria ha perdido mucho de su virulencia. Los Dioses, hace ya tiempo, se inclinaron al cosmopolitismo. Jesús fué mal hebreo. Se entendía con los gentiles, y hablaba de paz. Aseguraba que no era necesario ser judío para salvarse. La divinidad obraba así en defensa propia. Vinculada á sus tribus, fiadoras de ellas y obligada á batirse á su lado, su situación era comprometida. El pueblo elegido recibía más palizas que ningún otro. Después de cada una, las explicaciones con Jehová se hacían penosas. Durante los siglos cristianos, en cambio, las naciones europeas no se destrozaban sin solicitar antes de un mismo Dios la victoria, y con la misma confianza. La Providencia ganaba siempre. Jugaba de banquero, no de punto; se había emancipado de las contingencias del patriotismo.

El hombre ha seguido un método análogo. Si algún consuelo inducimos de la evolución, tal como nos la imaginamos, es el de la eficacia creciente con que nos sustraemos a las contingencias del mundo. Entre las veleidades de la atmósfera y la tibieza uniforme de

nuestro hogar hemos puesto un vidrio inteligente. Las tormentas no suelen estorbar la celeridad serena de nuestros viajes. Nuestra sangre de animales privilegiados nos da el ejemplo: haga frío ó calor, se mantiene en sus treinta y siete. Bueno es, por no morir, adaptarse al medio externo: mejor es subsistir sin adaptarse, en la afirmación soberana de un destino propio. Hemos vuelto estas armas contra los mismos Dioses, cuyo capricho nos hemos negado á padecer. No les hemos suprimido: les hemos delimitado. Les hemos cerrado la puerta.

Estamos ahora delimitando la naturaleza, pero no para librarnos de ella, sino para circunvenirla. No renunciemos a la finalidad. Antes era celeste. Hoy es terrestre, y pensamos cumplirla mediante la ciencia. Lo deseable nos parece lógico. No nos desanimemos. El patriotismo es un molde muy chico para nuestro futuro. Porque al delimitar la naturaleza nos homogeneizamos. El patriotismo es la división. No venceremos desunidos.

El dualismo, la oposición qus es base de la vida, se va dibujando según perspectivas nuevas.

Se polariza la humanidad, atenta á juntar sus esfuerzos. Quiere cautivar las energías naturales, y no es un grupo quien ha de conseguirlo. Ni una raza. ¡Ay de los que cultivan el patriotismo blanco! Los japoneses nos han convencido de que también los

amarillos son hombres. Los que manejan con tanta habilidad los cañones pueden manejar igualmente aparatos de mayor trascendencia.

La especie humana frente al universo físico: he aquí el cuadro. La ciencia es indispensable. Todos somos sagrados para el porvenir.

¿Pero qué es una ciencia nacional? Una mentira.

¿Conocéis la química francesa, la astronomía alemana? La química y la astronomía nos pertenecen a todos; han sido creadas por la unanimidad, y para la unanimidad.

Si la ciencia no es una, no es ciencia. En esto se asemeja al amor. Y si la ciencia es el instrumento, el amor es el impulso. Separad la ciencia y el amor, y los destruís. Todavía explotamos á los débiles. Mientras no los amemos y los levantemos hasta nuestra frente en un beso hermano, la ciencia está amenazada. Sólo una cosa matará a la ciencia, el odio. Estrangulemos el odio.

No: la ciencia se encargará de aniquilar al odio. Concluirá con el patriotismo porque lo específico del patriotismo es el odio.

Un patriotismo que no odia al extranjero no es patriotismo, es caridad. Y una caridad que se detiene en las fronteras no es más que odio.

Amad vuestra tierra, y también la ajena. Amad vuestros hijos y también los ajenos. Admirad los hé-

roes de aquí y de allá. Y no admiréis los héroes asesinos, aunque sean de aquí.

Pero si no amáis sino lo vuestro, no amáis, odiáis. Y mientras odiéis estaréis privados de la ciencia, y frente a la realidad sombría no seréis más que miserables fantasmas.



MÁS ALLÁ DEL PATRIOTISMO

Nos parece grande el hombre que arriesga su vida por salvar la ajena. Comprendemos que hay cosas superiores a la vida material. Cada vez que un acto afirma y demuestra esta superioridad, nos sentimos tranquilizados, y como consolados de las incertidumbres permanentes que nos rodean. El ejemplo de sacrificio nos reconforta en lo más esencial de nuestro ser.

El hombre que se sacrifica por su hijo, por su compañera o por su padre no es tan grande como el que se sacrificó por un desconocido. En la familia hay mucho nuestro. Al defenderla defendemos en parte lo nuestro. Defender y amar lo completamente ajeno es sublime.

El patriota perfecto no solamente sacrifica su persona, sino su familia; Guzmán el Bueno inmola a su propio hijo. La patria, para él, estaba antes que él y antes que la carne de su carne. ¡Generosidad magnífica!

¿Por qué?

Porque la patria es más indeterminada, más exterior que la familia. Porque la patria es más ajena que la familia, y lo magnífico es defender y amar lo ajeno.

Y como hay algo más ajeno que la patria, es decir, las otras patrias, es magnífico en extremo defender y amar las otras patrias como la propia, y sacrificar la patria en beneficio de la humanidad.

Por eso debemos amarnos, como hombres que somos, mientras este amor aparente no nos conduzca a odiar al prójimo. Debemos amar la familia mientras este amor no nos conduzca a odiar la comunidad hermana en que vivimos, y debemos amar la patria mientras no odiemos a la humanidad.

Que para el círculo de nuestro amor no haya fronteras. Que sea nuestro amor infinito como el cielo; que nada ni nadie sea desterrado de él.

Y si hubiera otra alma más alta y más profunda, que en su seno misterioso abrazase el alma de la humanidad misma, el acto supremo sería sacrificar lo que de humano hay en nosotros a la realidad mejor.

Pero esa alma más alta y más profunda existe. Es el alma de la humanidad futura.



EL ANTIPATRIOTISMO

El día que no se practique la guerra, se habrá debilitado la idea de patria. Tendremos siempre razones de matar o de morir, pero la patria habrá dejado de ser una de ellas, y en la perspectiva de la conciencia habrá pasado al segundo término. Respetar la vida propia y ajena en absoluto, creer que nada vale la pena de sacrificarla, sería una irremediable degradación de la humanidad. Sería perder el vivificante contacto con la muerte. Declarar a la muerte inoportuna por esencia, declararla mala y enemiga sería cegar las más profundas fuentes de perfección. No se suprimirá pues la guerra por sensiblería de mujer que se desmaya si ve sangre, sino en virtud de un razonamiento trascendentalmente utilitario. Acabará la guerra como empezó y se hizo en la historia: virilmente. La diosa patria, lo mismo que los demás dioses, caerá, cae, bajo el peso sutil de la crítica. El antimilitarismo es la forma actual del antipatriotismo. Se empieza a comprender que la guerra es un pésimo negocio social, y la patria una firma de crédito ficticio.

Las armas se han vuelto demasiado eficaces. Que perezcan por millones los soldados, y se despilfarre

por miles de millones el tesoro público, aparecerá cada vez con mayor evidencia, sea cualquiera de los combatientes el que triunfe, una pérdida inevitable y necia para los dos y para el resto de la colectividad; un acto demente. Antes no lo era. Antes la guerra servía para abrir el comercio, mezclar y equilibrar las razas, arraigar los ideales religiosos, preparar la cultura; hoy la imprenta, el ferrocarril, el vapor y el teléfono hacen eso mucho mejor. Antes era la guerra algo previsto y habitual, un oficio casi apacible, de pocos riesgos y de aceptables rendimientos para los enganchados. Hoy, ya ruinosa por sus preparativos en tiempo de paz, se manifiesta como un cataclismo más propio de las épocas primitivas de la geología humana que de la delicada, precisa y compleja organización moderna.

Es claro que este sentimiento de perjuicio, de asunto equivocado, de quiebra ineludible, no afecta primero a los generales que huyen el cuerpo y se engríen con cintajos, ni a los proveedores del ejército y de la armada, ni a los banqueros que lucran en la bolsa de la matanza y de las noticias impostoras, ni al enjambre de piratas de peor estofa que viven de los cadáveres y de la desolación como los buitres. Son la minoría. Los convencidos, los que a la fuerza ven claro, son los desposeídos y arreados al matadero, los que nada sacan de la siniestra rapiña, los que sin esperanza de botín, sin bella visión de la batalla ni divinidad que desde los cielos les ayude, van a que les machaquen la carne en el fondo de un agujero inno-

ble, aplastados por las masas de metal que les envía una maquinaria invisible: Éstos son la mayoría. Éstos van siendo los *mayores*.

Si fuera por las bayonetas con que aun les podéis picar las espaldas, ¿con qué argumentos les arrancaríais a su tranquilo trabajo? ¿A qué concepto, a qué emoción apelaríais?

—La patria lo quiere, les diríais tal vez.

—¿Qué es la patria? preguntará el proletario. ¿Es el templo? Está vacío. ¿Es la ciencia? No tiene fronteras. ¿Es la fortuna? Suele estar del otro lado de los mares. ¿Es mi linaje? Las castas se confunden pacíficamente. ¿Es la tierra? No es mía. No eres tú mi compatriota, sino el proletario de la nación vecina. Deseáis mi vida para salvar no la patria, que habéis inventado, sino vuestra propiedad.

«Soy francés, porque han escrito mi nombre en un papel. Me dices que Alemania me ha insultado, que debo vengarme. Si no me lo dijeras, nada sabría. Os habrán insultado a vosotros. Vengaos con vuestros propios recursos. No exijáis que defendamos vuestros bolsillos, repletos del oro que nos quitáis. Nuestros intereses no son comunes. ¿Y qué es Alemania? No hay Alemania, no hay más que alemanes. No sé qué alemanes me han insultado, pero estoy cierto de que no ha sido ninguno de los millones que como yo aran el campo en que ni siquiera nos enterrarán. ¿Que vienen, que invaden el país? ¡Pobres hermanos nuestros en esclavitud! Vienen espoleados por el terror, y aterrado marcharé yo contra ellos.»

Hervé, el famoso antimilitarista francés, se ha levantado en el último congreso socialista de Stuttgart, y ha exclamado sencillamente: «Nuestra patria es nuestra clase; no hay patria más que para las gentes que comen bien».

¿Qué contestar? ¿Qué hacer? Lo de costumbre, meter en la cárcel a Hervé de cuando en cuando, y apedrearle desde la prensa conservadora. Entre tanto, como las sectas nacientes se nutren de la persecución, los conscriptos escupen la bandera en los cuarteles y los regimientos desertan cuando se les manda hacer fuego sobre los ciudadanos.

La segunda conferencia de La Haya ha fracasado lastimosamente, como era de prever ante su programa más reducido y cobarde que el de la primera. Un Hervé no fracasa. En primar lugar está solo, además es un hombre. No llegaremos a la violencia de lenguaje de Quelch, que ha dicho: «La conferencia de La Haya es una asamblea capitalista... reunión de ladrones y de bandidos. No tiene otro objeto que ponerse de acuerdo para buscar los medios de reducir los gastos de sus robos y bandolerías». Reconozcamos, no obstante, que los apreciables delegados son ricos, es decir, insensibles; han empleado la existencia en pelear, intrigar, lucirse en los salones. No tienen noción de las verdaderas necesidades modernas; no sospechan las corrientes subterráneas que empujan a un Hervé. No son hombres, son correctos muñecos. No harán jamás nada. Los que lo harán todo son

los humildes que protestan. La modificación de la idea de patria y la paz universal constituyen una revolución extraordinaria. Como todas las revoluciones irresistibles, vendrá dé muy abajo.



EL ANTICRISTO

Según la estimable profecía de San Malaquías nos quedan — si mal no recuerdo — dos o tres Papas solamente después de Pío X. El siglo XX verá el fin del mundo, y es probable que el Anticristo haya nacido ya. Noticias de Rusia nos hacen creer que nació en Chahileff — telegramas posteriores comunican Mohileff — y que fué asesinado a los dos años. Cuarenta campesinos, en efecto, se pusieron de acuerdo contra un niño de esa edad, acusado de perder las cosechas. No podía ser otro que el Anticristo; su mismo padre estaba convencido de ello, y consintió en el crimen. Los tribunales han absuelto a todos menos al instigador.

Se menciona la justicia divina y la humana, lo cual es demasiado simple; hay muchas justicias divinas, puesto que hay muchos dioses; y muchas justicias humanas: la francesa, la sajona, la turca, la china... la de los viejos y la de los jóvenes. Si ejecutáis un acto a la derecha de un río, os ahorcarán; si lo ejecutáis a la izquierda, os darán la cruz de la legión de honor. La iglesia infalible quemó ayer a Juana de Arco; hoy la canoniza. Se es santo ó hereje por razones locales. En el tenebroso drama de Chahi-

leff — ó de Mohibeff — obró la justicia rusa de 1909 una justicia enderezada a castigar las iniciativas, sean las que fueren, y a perdonar las obediencias gregarias, aunque lleven el rebaño a la más negra bestialidad. Treinta y nueve idiotas obedecieron y mataron; el padre del Anticristo consumó lo que había comenzado el buen Abraham. Paz a ello y guerra al que fué visitádo por la idea, al que reveló las causas ocultas. Lo que no se tolera en Rusia — ni en tantas académicas regiones — es la imaginación.

¿Era indispensable una imaginación excesiva, preguntaréis, para atribuir las malas cosechas a un niño de dos años, y para ver en él al Anticristo? Cuando la ciencia calla, los profetas truenan. Los sabios no se explican las malas cosechas, puesto que no se explican por qué cambia el tiempo, ni son capaces de asegurar si mañana lloverá, o refrescará, o venteará, o lo contrario. Desde hace centuria y media un ejército de observadores infatigables toma día y noche, en miles de puntos esparcidos sobre el haz de la tierra, presiones humeantes y temperaturas. De esa mole abrumadora de números no se ha sacado nada decisivo en limpio; de ese caos de diagramas no se ha destacado la curva única; sello de la ley. Estamos como en la época de los caldeos; nos consta que en verano hace más calor que en invierno. pare usted de contar; los meteorólogos siguen midiendo y apuntando. Si se les objeta que acaso no haya ley en la vida de los aires, se encogen de hombros y tornan a su vasto tejer y destejer. ¡Ah! su fe es robusta. «Esperad un

poco, nos dicen, la ley aparecerá» ¿Un poco? ¿Cuánto? Los que necesitan comer diariamente a dos carrillos el pan de la evidencia, los que pretenden vivir antes de morirse no esperan con tanta resignación. Detrás de los granizos, las heladas y los huracanes están Satanás, Gog, Magog y el Anticristo. Algo claro, contundente y poético.

¿El Anticristo, ese niño de dos años? ¿Quién sabe cuándo se empieza a ser Anticristo? Los niños son maravillosos, sobre todo mientras no han aprendido a hablar; su carne pura conoce tal vez lo venidero: su grasa es principal ingrediente de las brujerías; dícese que su sangre cura la lepra. Cristo era ya milagro antes de que la luz lo besara. Cristo Anticristo; Anticristo, Cristo; si hemos sacrificado al uno, imagen de la inocencia ¿nos enfureceremos con los que han sacrificado al otro? Quizá era inocente también... Jehová exigía corderos perfectos, corderos sin mancha para el holocausto. Siempre que los hombres se convierten en fieras, una divinidad siniestra los preside. ¿Cómo descubrieron los asesinos al Anticristo en su víctima? No os imaginéis que el niño era un monstruo, no; un monstruo entre monstruos se hubiera salvado. Sin duda era bello como una flor; sin duda sus ojos venían del paraíso y ponían en torno suyo una caricia sobrenatural. La madre, miserable esclava, habrá pensado: «No es posible que mis entrañas de dolor hayan engendrado un ángel. Un mensajero tan divino tiene que ser el demonio» y las

cosechas se perdieron, y los patriarcas de la tribu degollaron al niño.

¡Santa Rusia! Fuíste ortodoxa y absolviste. ¿Acaso no te dedicas tú a la misma tarea, a matar Anticristos? Pero el Anticristo es intangible. Czar, te pasará lo que a Herodes; todo sucumbirá a tus furias menos el Elegido, y tu hacha, lejos de herirle, le allanará el secreto sendero hasta tu trono. Cuando suene la hora, un puñal sin manos escribirá sobre tu pecho la sentencia ignorada.



EL REVÓLVER

La campaña, donde el hombre aislado no dispone de otra energía que la suya propia, exige el uso del revólver para relacionarse con los bandidos y con las fieras. Son allí oportunos igualmente los instintos primitivos que, como la crueldad y la astucia, encerramos todos en cantidad distinta, y envidiable también la finura puramente animal del oído y del olfato.

Cuando se formaron grandes centros, en que a la natural placidez de las costumbres se añadieron la cortesía inherente al juego social y el establecimiento de la policía y de los juzgados, se debió esperar que el revólver sería sólo indispensable a los viajeros, a los comisionistas, a los exploradores, a los miembros del ejército y de la marina y a los asesinos.

No resultó así. Cada cual lleva por nuestras calles cinco vidas ajenas en un bolsillo del pantalón. El estudiante, el empleado inofensivo no podrán comprarse un reloj, pero sí un revólver. Los jóvenes *chic* dejan en el guardarropa de los bailes su Smith al lado del *clac*. Señores maduros van con una artillería de maridos engañados o de conspiradores a leer al club su periódico preferido. Abogados, médicos y quizá ministros de Dios se arman cuidadosamente al salir de

su casa. Se respira un ambiente trágico. Se codean héroes.

Mezclado familiarmente a la existencia diaria, el revólver es el remate de las disputas, un gesto casi legítimo, un argumento, y sirve para poner con balas los puntos sobre las íes.

Se le respeta tanto más cuanto que rara vez hiere a quien apunta. Su mérito consiste en que es torpe como la Providencia, y en que convierte una cuestión particular en un riesgo público. Este instrumento loco, dócil a la fugitiva presión de un dedo, es el que prefieren los impulsivos, el favorito de las mujeres y de los incapaces de dar una bofetada. Según se ha dicho profundamente, iguala á los adversarios. Entrega la fuerza, la salud y el equilibrio al espasmo histérico de un enclenque.

Tiene otras ventajas. Amenaza perpetua, mantiene el miedo entre los ciudadanos. La razón calla para que no la ametrallen. La calumnia, segura de no ser agredida, corre al aire libre. Las polémicas periodísticas se transforman en prudentes colecciones de insultos a distancia. El jurado se enternece con el revólver, y arregla benévolamente los casos desgraciados. Así se conserva una pacífica depresión moral.

Creo que hay disposiciones contra las armas de fuego. Pero el rigor de las leyes reside en su cumplimiento, y no en la letra. Los tribunales respetan el derecho de propiedad, que se confunde, por lo que atañe al revólver, con el derecho a que nos fusilen.

LA NUEVA RELIGIÓN

El siglo es ateo, pero lleva camino de creyente como ninguno. Hay que pensar muy por encima para creer realmente vacío ese cielo donde vivieron Venus Urania y el divino verbo, y en donde no hemos dejado más que distancias y números. Al asesinar los dioses no se ha tocado la fe. Estamos en la aurora de una religión nueva, con sus milagros y sus sacerdotes, sus mártires y sus inquisidores, de una religión que nos toma en la cuna, reglamenta nuestra vida y nuestra moral, legisla sobre nuestra muerte y comienza a prometernos una extraña inmortalidad.

Nuestro amor, nuestra esperanza, nuestro consuelo, todos los sentimientos que engañan la debilidad y la incertidumbre, dándonos la ilusión de ser la honda cuando somos la piedra, están puestos en la impenetrable realidad que nos circunda, en la sombra de donde emergen una a una las divinidades amigas del hombre. El hombre ha aprendido en esa realidad muda hasta hoy que el inmenso porvenir está de par en par abierto para él. Viene de la oscuridad, pero marcha a la luz, y nada puede detenerlo. No ha sido lanzado del Paraíso, pero está construyéndolo como dueño y señor futuro. No es hijo de Dios, pero va a

ser Dios. Su fe, cansada de errar por todos los firmamentos y de arrastrarse ante todos los altares y de prostituirse ante todos los mónstruos, ensangrentada de tantos sacrificios inútiles, manchada de tantos crímenes, traicionada y desengañada, vuelve a la fuente viva donde verdaderamente no había salido, al corazón que no se cansa de creer y de esperar. El hombre por fin cree y espera en sí mismo; como San Ignacio de Loyola, dice que «ha nacido para salvarse», mas quiere ser su propio salvador, y escribe al frente de cada edificio y de cada libro: «Hágase mi voluntad en la tierra».

Creemos en la ciencia. Mediante ella, que es la expresión de nuestro esfuerzo, hemos arrancado a la Esfinge el óleo sanador de enfermedades horribles, hemos gritado el «levántate Lázaro» a espectros desposados con la muerte, y es ella lo que las madres adoran en la frente del médico inclinada sobre un niño que sufre; mediante ella volamos sobre los continentes, con las alas y el aliento del vapor, como ángeles anunciadores, y marchamos sobre las aguas como el apóstol; mediante ella lanzamos nuestro pensamiento, como una buena nueva, por los hilos del telégrafo, prolongación de nuestros nervios; mediante ella hacemos el eterno milagro de suprimir la distancia y el tiempo, y de multiplicar el alimento y la vida. Hemos ascendido a las desoladas alturas del espacio, y hemos bajado también a las entrañas de la tierra, donde el hierro y el oro esperaban nuestro advenimiento. La imprenta predica cada día los signos

de la redención, y las masas de los desheredados pide la palabra y la enseñanza. El obrero reclama pan al czar, pero también instrucción. La escuela es el templo. Ya no se espera la salvación más que de los gabinetes y de los laboratorios, claustro donde la divinidad se manifiesta a sus elegidos. Allí se sacrifica el pensamiento y a veces la sangre. Se experimenta en los hospitales sobre víctimas amordazadas por el cloroformo; el sabio busca la felicidad, como el salvaje, entre entrañas descuartizadas. Él mismo se inmola. Exploradores se suicidan en el Polo. Un émulo de Santos Dumont se despeña. Fournier se inocula la sífilis. El ofrecimiento de Abraham es aceptado.

Estamos convencidos de que el Universo es nuestro cómplice, de que jamás encontraremos en el fondo de una retorta nada que nos disminuya. El maná es inagotable, y el abismo se abrirá para dejarnos paso. Sin esa fe la ciencia sería imposible. Para hacer algo, hay que estar seguros de poder conseguirlo todo. ¿Cuándo hubo más fe que ahora? « El descubrimiento de una inesperada propiedad de la materia, dice Maeterlinck, análoga a la que acaba de revelar las desconcertantes virtudes del radio, puede conducirnos directamente a las fuentes mismas de la energía y de la vida de los astros; desde ese momento la suerte del hombre cambiaría, y la tierra, definitivamente salvada, se haría eterna. A voluntad nuestra, se acercaría o se alejaría de los focos de calor y de luz, huiría de los soles envejecidos y buscaría flúidos,

fuerzas y vidas insospechadas en la órbita de mundos vírgenes e inacabables.»

Esa fe impone una moral, una higiene que tiene sus fanáticos. El célebre Wells desarrolla un programa que equivale a las tablas de la ley de la religión nueva. Así como los judíos reglamentaban sus nacimientos, así la ciencia dispondrá del amor y de la vida, conformándolos a un plan inexorable. La raza humana se someterá a una selección científica. «Hay que poner a raya la procreación de tipos bajos y serviles de almas pusilánimes y cobardes, de todo lo que es mezquino, feo y bestial en el alma, en el cuerpo o en las costumbres del hombre.» ¡Terrible circuncisión de la especie! En esa inquisición de existencias increadas ¿dónde se detendrá la ciencia? Wells responde: «Hace falta llamar a la muerte en auxilio de la humanidad».

Esa ciencia, sentada al lado de nuestra cuna vacía aún, hace retroceder a la vejez y desafía a las tumbas como el Cristo. Metchnikoff declara que morimos a causa de una especie de parasitismo, de una flora microbiana, cuyos efectos se pueden combatir, alargando la vida y aliviándonos de los achaques de la senectud. Y la inmortalidad, suprema ambición del pensamiento, empieza otra vez a dejar de ser un absurdo (1).

---

(1) En los originales siguen algunas líneas que no hemos podido descifrar bien y que omitimos temerosos de traicionar las ideas del autor. — Nota del Editor.

MASCARAS

El carnaval no muere. Necesitamos los latinos, todos los años, algunos días de abandono, en que no hacemos quizá locuras, aunque podríamos hacerlas; una rápida estación de libertad. Necesitamos periódicamente evadirnos de nuestras convenciones, miedos y manías sociales; borrar el «usted» y la mesura y la prudencia del lenguaje; desfigurar las vestiduras y las costumbres; volcar una abigarrada paleta sobre los grises tonos cotidianos y quebrar una ola de gritos sobre el run-run monótono de la existencia. Necesitamos descansar un instante de nuestras pesadas armaduras y costras; desnudarnos y olvidar. Pero incapaces de huir hacia arriba, huímos hacia abajo; incapaces de salvarnos por el lado sublime de nuestra naturaleza, nos escurrimos por el lado grotesco.

Nos disfrazamos. Nos ponemos como dice Shakespeare, «una máscara sobre otra», no para ocultar nuestros pensamientos, sino para libertarlo. Debajo de la máscara de cartón soltamos disimuladamente la máscara de nuestro rostro, la auténtica, la que nos duele. El antifaz es el escudo; detrás de él desenvainamos la clara espada de la certidumbre. El antifaz nos permite dar bromas terribles à los amigos ¿qué

broma más terrible que la verdad? Nos enmascaramos igual que muchos se emborrachan para volver a la verdad, para clamarla en medio de la calle o para murmurarla a un oído, siquiera una vez en doce meses.

Confiesa Flaubert en sus cartas que no se miraba nunca al espejo sin estallar la risa. Risa amarga de genio romántico ante su efigie exterior de solterón burgués. ¡Triste suerte la de no parecernos a nosotros mismos, la de encerrar nuestros hermosos sueños en una carne «desmayada y bajá»! Ya que es preciso gastarnos, suspira el poeta, gastémonos noblemente. ¿Cómo gastarse noblemente? ¿Cómo gastarse noblemente en el seno de una sociedad innoble? ¿Cómo adquirir, en el caso, la belleza de las ruinas, la altiva languidez del pasado heroico? Al esculpir nuestro espíritu en los rasgos de nuestra fisonomía, esculpimos nuestro egoísmo y nuestro terror y nuestros vicios crecientes. Artistas del mal con nostalgias del bien, apenas asoma a nuestra faz un resplandor fugitivo del ideal imposible; en ella, en la máscara horrible de las caras marchitas, retratamos todas nuestras cobardías y desilusiones olvidadas. Máscara cruel que revela lo despreciable y esconde lo santo.

¡Gastarse noblemente! ¿Quién lo sabe? La máscara de la vejez lo niega, de esa vejez que no perdona a los más grandes, a los más generosos, vejez idéntica a la que anticipan la agitación del juego, la llama del alcohol y la disolución de la lujuria. Una ráfaga de misterio refresca la juventud en flor; lanzaos al com-

bate con el más elevado de los designios en el alma, y pronto sentiréis la repugnante intrusa mancharos y arañaros el cuerpo y la piel resquebrajarse como el lodo resecado. La sonrisa del triunfo ahondará vuestras lúgubres arrugas. Gladiadores de la luz, veréis una sucia sombra devorar vuestras frentes. Acabar y desvanecerse no es nada; lo intolerable es acabar en lo repulsivo, desvanecerse en la podredumbre.

¡Vejez, máscara siniestra de la muerte! El Universo inhábil no acierta a crear lo inmortal. El destino se ensaya; somos en sus manos flechas sin empuje bastante; estamos condenados a inclinarnos y a ir a la tierra. ¿Por qué no disociarnos en gloria, al estilo de las moléculas que estallan, por qué no arder en la altura semejantes a los astros en conflagración, por qué, ya que hay que hundirnos en la noche, no desaparecen los mejores de los nuestros en un espasmo ardiente y puro? No; son todavía necesario el asco y la náusea. La fealdad pegajosa de las agonías es el cansancio del mundo.

Máscaras de la muerte y de la vida ¿quién os descubrirá? ¿Quién medirá lo que debemos esperar ó temer? ¿Quién os perseguirá por los caminos de tinieblas? Hemos dado algunos pasos, y hemos caído de rodillas en la ribera. Más allá, la negrura a donde no alcanzan los ojos ni los lamentos.

Disfracémonos. Por ridícula o espantosa que sea la careta, nos aliviará. Nos figuraremos que nos quitan la otra.

LA CORTESÍA

Las construcciones primitivas encierran una enorme cantidad de materia inútil. Hay demasiada piedra en las pirámides. La columna, el arco y la ojiva fueron espiritualizando la roca, y el hierro del siglo XIX ha sabido resumir, en el menor peso, la mayor cantidad posible de inteligencia. La torre de Babel, levantada para desafiar a Dios, haría sonreir a los contemporáneos de la torre de Eiffel.

Lo que ha ocurrido con la masa ha ocurrido igualmente con la fuerza. Las máquinas antiguas nos sorprenden por el derroche de trabajo malgastado. Son torpes y ruidosas. El progreso, más que en aumentar la energía total, reside en distribuirla mejor. Los físicos se aplican a reducir los choques, las vibraciones, a los rozamientos que absorben sin provecho alguno la potencia disponible. Por eso los formidables mecanismos modernos, avaros de su poder, son tan brillantes, tan rápidos y tan silenciosos.

Sometidos a idéntica ley, los organismos vivos, al perfeccionarse, se vuelven más delicados, más nerviosos, más hábiles. El hombre verdaderamente fuerte tiene también la maña, que es la sabiduría del músculo, y los pueblos, como los hombres, evolucionan apren-

diendo a economizar sus recursos naturales. Poco a poco, a medida que los fines se destacan, se decreta inmoral lo que no sirve, lo que disminuye el empuje total de la raza. Cuan se sabe a donde se va, se ve y se odia lo que estorba en el camino. Así el esfuerzo de la colectividad, orientado hacia el mismo punto, animado de la misma intención secreta, se sistematiza con la precisión y la armonía de una obra de arte.

La cortesía es el aceite que suaviza los frotamientos inevitables de la máquina social. Traduce energía utilizada. He aquí porque aparece acompañando a la cultura de las naciones. Llega un momento en que se procuran evitar los irritantes y estériles conflictos de la menuda existencia diaria. La exageración se revela lo que es: una debilidad. Entonces se deja definitivamente a los incurables bárbaros dar gritos, asestar puñetazos sobre las mesas y agitarse sin término y sin causa.

La cortesía, nacida de una necesidad presente, se ha ido convirtiendo, como tantas otras costumbres hermanas, en el símbolo de una necesidad futura, y la que representaba ayer medios de ahorrar un impulso fisiológico representa hoy sentimientos de solidaridad y de amor todavía irrealizables. Al cumplir las reglas mundanas afirmamos constantemente un ideal imposible. Las pasiones, bajo la elegancia y la serenidad de los modales, son más hondas y más despiadadas. Bajo la ornamentación de una cortesía uniforme, la

irreductible ferocidad de la especie se hace más trágicamente bella.

Jamás parece tan admirable el valor como cuando está sometido a códigos caballerescos, porque sólo así surge esencialmente humano. Tal elemento estético resplandece en la famosa frase: *Messieurs les anglais, tirez les premiers!* y en los duelos cortesanos del gran siglo. Sacada de la vaina suntuosa por una mano enguantada de terciopelo, brilla la espada más poéticamente, al hendir el aire limpio de los jardines de Versalles.

Si delante del enemigo la cortesía es heroica, delante de la mujer es deliciosa, y sublime delante de la muerte. Al caer Metz en las garras de Moltke se encontraron los heridos de Canrobert y de Lebœuf casi sin cloroformo. Los alemanes no quisieron darlo. Cuenta un cirujano francés que los oficiales moribundos rehusaban su parte de anestésico, para ofrecerla á compañeros de armas que hubieran de soportar operaciones más dolorosas. A ese grado la cortesía transfigura la carne y reina sobre la fatalidad.

Vive y vivirá un libro sagrado, el *Quijote,* que es la epopeya de la cortesía. Las aventuras imaginadas por el mendigo español nos enseñan á no concebir empresa noble que no sea cortés, ni grosería que no sea insignificante. El tipo del ingenioso hidalgo, inaccesible al golpe de maza del destino y a la puñalada de la risa, no encarna el pasado grotesco de la caballería andante, sino el porvenir luminoso que cambiará las palabras embusteras de la cortesía actual en hechos fecundos.

EL RETORNO A LA TIERRA

Confiemos en que un haz de energías ocultas converja por fin a la inagotable creadora que las aguarda con paciencia inmortal. Máquinas, ciencia, músculos, todo importa; pero más que todo, el amor, sin el cual el mundo es una tumba. Que nuestras manos, al trabajar la tierra, la acaricien. Que nuestra huerta sea también un jardín. Que una bella historia habite en cada valle y cante en sus fuentes.

La enseñanza profunda del siglo XIX es la de nuestra identidad con la naturaleza. Hemos descubierto que los fenómenos físicos obedecen a leyes, es decir, a fórmulas intelectuales. La realidad se encaja en los moldes de la razón, como la llave en su cerradura. Pero no es sólo nuestra inteligencia la que sobre la enorme y luminosa superficie del universo, se mezcla con su propia imagen, parecidamente a esos anchos árboles que hunden su follaje en los ríos, besando la sombra que tiembla sin cesar bajo las aguas; nuestra sensibilidad, nuestra carne perecedera y dolorosa se ha revelado hermana de la humilde carne de las bestias. La arquitectura de nuestros cuerpos se ha revelado la misma; el mismo nuestro oscuro origen

y el juego de nuestros instintos; la misma, quizá, nuestra destinación misteriosa.

Los mitos artificiales y provisorios que se interponían entre la verdad y nuestro corazón, se han desvanecido. Nos hemos despedido de muchas fábulas delicadas, de muchas leyendas terribles; hemos renunciado a nuestro abolengo orgulloso y estéril. No somos ya hijos de los dioses. No está ya nuestra grandeza en el pasado, sino en el futuro. No es de arriba y de lejos de donde nos viene la vida, sino que nos envuelve, nos abraza, nos penetra. Semejantes a las plantas, sentimos las partes elevadas de nuestro ser besadas y agitadas por el viento libre, al tiempo que nuestras raíces, largas y tenaces, nos atan siempre mejor a las tinieblas fecundas. Y he aquí por qué amamos la tierra más sólidamente, más lucidamente, más humanamente.

Fuera de las ciudades, se manifiesta la estructura natural de nuestro organismo, enervado y descastado por la lucha social. Aislado, el hombre se vuelve hombre verdaderamrnte. Ante la paz de los campos y el silencio puro de las noches, cae de nuestros rostros crispados, la mueca ciudadana. El reposo consuela nuestras conciencias doloridas. Poco a poco, las costumbres suaves de la edad primera nos devuelven la serenidad. Consideramos sin espanto los eternos problemas que enloquecían a Hamlet. Aprenderemos que el alma tiene también sus estaciones; desolados por el invierno, esperaremos en la graciosa primavera. Imitaremos a los sembrados de oro que ondulan al

sol: sabremos revivir. El tronco añoso no cree nunca florecer por última vez. «Renovarse o morir» — dijo el poeta. — ¿Pero morir no es renovarse? Retornemos a la madre tierra.



EL PRÓJIMO

Sin el prójimo, no nos daríamos cuenta de todo lo profunda que es nuestra soledad.

La naturaleza nos concede más íntima compañía que nuestros hermanos; es más piadosa con nuestras ilusiones. Nos deja hablar a solas, y a veces, nos devuelve el deseado eco de nuestros gemidos. Quizá por estar tan lejos de nosotros en la muchedumbre de sus formas extrañas, quizá por haber entre nosotros y ella una inmensidad vacía, consiguen nuestros sueños frágiles sostenerse en paz sobre el abismo sereno y puede nuestra sombra alargarse sin obstáculo. Así acompañaba Dios á los padres del yermo, y a Robinson en su isla, y se pasaba el genio sobre el aeda de Guernesey. Pero los hombres se tapan unos a otros. Son demasiado semejantes, notas contiguas que disuenan La sociedad anonada las armonías en germen. Cada cual se siente enterrado vivo por su prójimo.

Lá tesorería de Pitágoras, para las almas geométricas, es un lazo social. Imaginan comunicar con Marte una noche, encendiendo sobre alguna planicie sahariense las líneas de la clásica figura. No es lo difícil comunicar con Marte, sino con el prójimo. Queda la

palabra, las pobres palabras manoseadas por todos los siglos, prostituídas a todos los usos, las palabras apagadas y marchitas, las que cualquiera comprende y no son de nadie. Sirven para las almas parches, que porque retumban se figuran que existen. Existir es un secreto. Pensar es amordazarse. Cómo hemos de comunicar lo *nuestro*, lo que nos distingue? No se comunica sino lo que es común.

Tragedia incomparable la de millones de seres sedientos de imposible, condenados entre sí a estrecharse y desgarrarse sin poseerse nunca. Frutos prisioneros de una cáscara dura como el diamante y opaca como el plomo, sólo por su muerte abierta y rota. No es el puñal ganzúa suficiente para la misteriosa puerta. No hay audacia que despegue la máscara del rostro desconocido: juntos los arranca el negro zarpazo final que nos espera. Si no hubiera más que miedo, ira y odio en la comunidad, aun habría esperanza de unirnos al prójimo: inventaríamos el amor y la misericordia. Y no hay esperanza: la piedad insulta: después del delirio que aprieta contra nuestro seno carne tibia y adorada, comprendemos que la barrera está en pie, que nos ha acariciado la esfinge sin cesar de ser esfinge, y que los gestos de la pasión son gestos de rabia. El rayo del amor ilumina la hondura del hueco jamás cruzado. Tristeza de los gritos inútiles, de los aldabonazos sin respuesta, de las ofrendas ajadas en los umbrales del cerrado templo.

En las paredes de nuestra estrecha cárcel están pin-

tados el movimiento y la vida; sendas que huyen al horizonte. sin fin, y el azul de los mares y de los cielos. En las paredes de nuestro calabozo está pintada la libertad.



EL VULGO Y EL GENIO

Dice Cuvier que la especie es una «colección de individuos, que se parecen tanto más entre ellos cuanto menos se parecen a todos los otros, y cuya posteridad es indefinidamente fecunda».

Así los hombres forman una especie porque se parecen más entre sí que a otros animales, y porque son indefinidamente fecundos, sobre todo los que no consiguen alimentar a su prole. Dentro de la especie humana, y atendiendo a los rasgos espirituales, no es difícil definir una subespecie o variedad compuesta de aquellos que entre sí se parecen mucho más que a «los otros». Esta variedad es el vulgo, casi universal, y de fecundidad extraordinaria. «Los otros», que cuando tuvieron suerte fueron llamados profetas, héroes, genios, son ejemplares rarísimos, se parecen poco entre sí, y no se reproducen.

La omnipotencia del vulgo es evidente. A él pertenecen casi todos los pobres, casi todos los siervos, casi todos los ignorantes, casi todos los ricos, casi todos los reyes y casi todos los sabios. El vulgo, donde tantos talentos brillan, es la masa ancha, larga y profunda que todo lo llena; es el material humano.

Ninguna revolución suprimirá el vulgo. Ningún destino se cumplirá sin él.

En cambio el genio es débil. ¿Qué hace el vulgo? Repetirse; se hizo legión por repetirse. ¿Qué hace el genio? Empezar; camina solo. La muerte ve reaparerecer en el vulgo las generaciones que le quita; nada puede contra él, mientras que el genio no tiene hijos ni padres; nace del abismo y en el abismo se hunde. El vulgo queda; el genio pasa.

Pasa inexplicado; es un monstruo siempre diverso, inesperado siempre, semilla solitaria de formas desconocidas, caída de otros mundos, al azar de los siglos. Los hombres le han creído descendiente ya de Dios, ya del Diablo; ya le han juzgado malhechor, ya loco. La ciencia de ahora procura igualmente asimilar el genio a la manía y a la degeneración; jamás lo ha contemplado de cerca e ignora que tan distante está del juicio como de la demencia, y de la virtud como del crimen. No sabe todavía que el genio no es humano.

El genio trae lo nuevo, o sea el desorden. Es el intruso de la historia. Mueve los cimientos, agrieta los muros, dispersa las ideas, estorba los intereses. Amenaza la paz del pensamiento y la de los instintos. En su presencia el poderoso teme perder el poderío, y el esclavo la esclavitud.

El genio es el enemigo común. Se le olfatea, se le descubre y se le caza. Es una bestia mitológica, extraviada en el inmenso corral. A veces hurta una espada, y juega con los pueblos, pero por lo general

indefenso y desnudo, pronto se le deshonra, se le encarcela, se le atormenta y se le ejecuta. La especie se defiende. Otras veces el genio oculta su lepra, y nadie la adivina; otras la disfraza, Dante, y deja que el futuro sospeche. No le es fácil huir, y menos curarse.

Acorralado y difunto, se le devora. Vivo, es el terror, mas su carne muerta suele aprovecharse. Sus restos se vulgarizan, o lo que es igual, se humanizan. No nos nutrimos del genio, cuyo único testigo es él, sino de su cadáver. Doscientos años se rieron a carcajadas del libro más melancólico de la tierra, el «Quijote», y de Jesús venimos a parar a Pío X.

Si Galileo nos visitara hoy, tal vez nos contentaríamos con domesticarle. La física es amiga de las armas y del oro, y hemos aprenddio a considerarla útil.



LA GUERRA

La guerra instala al hombre. Para instalarse, para crecer y purificarse, la vida necesita matar; no es hacedero vivir sino a costa de los que viven, y los que deben morir cumplen, mediante la muerte, su misión de vida. Toda vitalidad poderosa y concentrada es una medida justa de dolor y de muerte. El más suave y perfecto poema tiene un origen despiadado. Pensad en el fatal esplendor con que la Victoria de Samotracia bate el ritmo celeste de sus alas de mármol, los siglos de matanza, de espanto y de tortura que engendraron la Grecia. La transparencia delicada del genio es, como la del cristal, hija del fuego que ilumina y destruye.

Guerra, fiesta de la crueldad: decid aniquilamiento de la crueldad. Esos horrores empapados en el sudor de la angustia desaparecen al realizarse. Se manifiestan como sombras de pesadilla sobre el muro inmenso de las cosas. Existían dentro de los cráneos, y al salir se coagularon con la sangre de los vencidos y se inmovilizaron para siempre. Son los cerebros los verdaderos campos de batalla, y cuando los gestos silenciosos de la ferocidad oculta rompen el dique y pasan del espíritu a la carne, el espíritu, libre de monstruos,

reposa en la serenidad y en la belleza. La muerte es vida, y la guerra es paz.

Atilas, escultores de la humanidad, vuestro cincel es el hacha; arquitectos de razas, amasáis la sangre con que se cementan los pueblos futuros. Alucinados de arte ciclópeo, arrojáis afuera las tempestades que se mueven dentro de vuestra alma desordenada y demasiado estrecha. Soltáis la interna ola delirante. Lo mismo que vuestros hermanos los escultores de la idea, os desprendéis del sobrante agitado de vuestro ser, y, recibís la certidumbre del equilibrio. Mas cómo juzgar, por los residuos que el cincel abate, la hermosura de la estatua invisible?

Porque sólo existe lo invisible. Para no desvanecernos, hemos de asirnos a lo invisible que en nosotros queda, a lo invisible que palpita dentro y más allá de lo que vemos. Todo lo demás es máscara y cartón, cadáveres y restos de la guerra. Las llanuras y los cielos acribillados de sol no son sino también tinieblas cruzadas por la vida. Si lo invisible es uno, si lo invisible es Dios, no se hizo perfecto mientras no lanzó a la nada, por un acto de guerra, el universo inútil. Y por la guerra se sigue separando lo esencial de lo vano: guerra de los átomos que crió el plasma; guerra de las células que crió el animal; guerra de los instintos que hace surgir en la conciencia, sobre los dragones expirantes, bañado en congoja y desgarrado por el triunfo, el sentimiento de la piedad.

INMORALIDAD DE LOS EXÁMENES

No es lo peor que los exámenes sean neciamente inútiles, sino que sean inmorales, que se monte un complicado mecanismo y se gaste un dinero precioso en corromper a la juventud.

En primer lugar, el resultado de un examen es cuestión de suerte. Se sube o se baja la nota según el paciente soporte un número limitado de preguntas dirigidas al azar. Notemos que en cuanto deja el profesor de interrogar a ciegas, es decir, cuando hace de abogado, o de fiscal y especula sobre lo qué le contestará su víctima, se sale de lo equitativo y favorece o perjudica a los demás alumnos, tratados de otro modo. En el caso más decente, pues, cuando el juez no cede a recomendaciones, ni a personales simpatías o antipatías, ni al buen o mal humor de la digestión reciente, ni al cansancio de la jornada, sólo queda al acusado la defensa del azar. Injusticia o azar; es el juicio de Dios.

Como coronación de sus tareas del año, el estudiante, al ser armado caballero provisorio del saber, encuentra en su persona confirmada la ciencia por medio de un sorteo, cuando es precisamente la más alta misión de la ciencia combatir el azar, rechazarlo,

ahuyentarlo, desterrarlo en lo posible del humano horizonte. Acoger y amar el azar, llamarlo, explotarlo, será siempre un suicidio de la razón y hábito propio de fracasados, aventureros y tahures. Cosa grotesca: la geometría, por ejemplo, el álgebra, el conjunto de las más rigurosas y fecundas leyes intelectuales, cortado en cincuenta o cien trozos, con una cifra pegada sobre cada uno, para sortearlos con pedante ceremonia. ¡La mesa de examen es una mesa de juego, y no se comprende por qué no hay código contra ella, ya que lo hay contra la ruleta y contra la baraja.

Esta lotería pedagógica conduce a la impostura. Tres señores, sin más datos confesables que los que la casualidad les proporciona en algunos minutos, firman un documento donde consta su descarada, absoluta e inexorable opinión, precisa hasta el matiz sobre *el total* de los conocimientos del candidato en una materia. Por mucho que semejante farsa, impuesta por la costumbre, prepare el ánimo de los jóvenes a la farsa más peligrosa de los tribunales de justicia, legítimo es lamentarnos de verla pomposamente practicada por los mismos encargados de inculcar la sinceridad austera sin la que son estériles los esfuerzos del sabio. ¿Qué respeto, qué consideración conservarán los discípulos hacia el maestro, cuando, después de un año de culto a la verdad y al orden, le contemplen juguete del azar y cómplice de la mentira? Ningún respeto, y además ninguna fe. Perdida la confianza moral, se pierden todas las confianzas. Si se empieza a dudar de la rectitud del hombre cuyo

oficio es enseñar, se acabará declarándole ignorante, falsificador no sólo de la justicia, sino de la ciencia, que no puede ser injusta. Es que lo inmoral no consiste en que todavía estemos sujetos grandemente al negro azar, y en que muchos de nuestros hermanos sean servidores de la iniquidad y del engaño, sino en nuestra actitud ante ello. Lo inmoral no es que exista el mal, sino cederle. Lo inmoral es recibirlo, instalarlo en nuestro corazón y glorificarlo públicamente, como hacen los exámenes.

Todo está unido. La aparentemente pequeña inmoralidad que estoy analizando deriva de una inmoralidad mayor. El sistema de enseñanza entero es inmoral. No se debe permitir que el estado, cuyo único objeto es reprimir la violencia y hacer cumplir los contratos, se meta a criar una casta especial de dómines y los imponga al pueblo. En los colegios y en las universidades, establecimientos burocráticos, condenados a la misma carcoma rutinaria e intrigante que el ministerio de que dependen, es imposible profesar ni aprender dignamente la ciencia. El gobierno es conservador; la ciencia revolucionaria y su peor enemigo. La ciencia estará siempre detenida y desfigurada por el artefacto administrativo, que no anda si no le untan manos culpables. Un diploma no es más que una patente de resignación, o un premio al desparpajo, a la memoria y a la charlatanería. Al terminar su carrera oficial, esmaltada de sainneterías de seminario y ayudada por habilidades de político, habrá de volver a comenzarla por su cuenta, y en serio el honrado ciu-

dadano a quien repugne abusar del terrible poder social que le confiere la marca que en el anca lleva. Porque es así: no se tolera que se venga un puente abajo, como ha ocurrido hace poco en Ponts de Cé, sin que un título sellado legalice la ineptitud del profesional. El mismo requisito ha sido necesario para que entre nosotros se haya envenenado con ácido fénico a los enfermos, y se haya abierto el vientre, creyéndolo ocupado por un tumor, a una mujer en cinta.

¡Qué lentitud en barrer esos restos sacramentales de un pasado teológico! Acaso exigimos a un zapatero, a un sastre, diplomas universitarios? ¿Corremos por ello riesgo alguno de ir desnudos o descalzos por la calle? Lo esencial es que hagan buena ropa, buenos botines, en lo que no hay trampa. Las profesiones han de probarse por sus obras, como las virtudes, y han de emanciparse del vergonzoso monopolio gubernamental, forzosamente envenenado por el virus político. El privilegio doctoral ha de suprimirse como han ido suprimiéndose los demás privilegios. Significatorio es que las empresas ferrocarrileras, industriales, bancarias, organismos enormes y complejos cuya dirección supone excepcionales dotes, se confíen a particulares desprovistos de toda estampilla al dorso, pero no de su historia de obreros útiles. Hace ya siglos que las energías creadoras se han apartado de la mohosa maquinaria académica. Pasteur, renovador de la medicina, no era médico. Quintón, que la renueva ahora, tampoco Sabido es que en arte no se

avanza sin dar un puntapié al dogma catedrático del momento. Y no hablemos de los inventores mecánicos de nuestra época, que sin haber saludado al *magister* de texto han cambiado la faz del mundo.

Sí; la enseñanza en uso es inmoral porque no es libre, y los exámenes, ruedecita de ese equivocado engranaje, tenían que funcionar mal y ser también inmorales. ¿Remedio? Abolirlos. ¿Cómo? Muy sencillo. Para que haya exámenes es preciso por lo menos el alumno. Pues bien, abolir los alumnos. Huelga de estudiantes. Trabajar mucho todo el año, y al llegar el interrogatorio inquisitorial, buenas noches. Algo resultaría.



LA CLEROFOBIA

CARTA DE UN BILIOSO

«... Yo no veo que el de la famosa frase: «la causa de las inundaciones del Loira, es el trabajo del domingo», sea un tipo menos bufo que el que se explica las curaciones de Lourdes por la «autosugestión».

Lo bufo consiste precisamente en explicárselo uno todo con esa facilidad deliciosa. Clericales y anticlericales de escalera abajo se encuentran al mismo nivel y de la misma talla. La lucha es igual. Tales para cuales. Me divertiría, si no me revolviera la bilis, el espectáculo de los que invocan una religión que no han sentido jamás, arañándose con los que apelan a una ciencia que no conocen ni por el forro.

Por supuesto que no es de extrañar la ausencia de elevación en tales disputas. Estos caballeros no se baten por puro amor a la filosofía. Se trata de comer. Es necesario arrancar al clero, algunos negocios pingües que maneja aún.

Creo que en cuanto a grotescos, los ateíllos triunfan. Gustavo Flaubert hizo de Homas, el volteriano boticario de «Madame Bovary», un admirable personaje cómico. La materia se prestaba. Un sacerdote,

por cretino que sea, no da tanto como un laico para la caricatura absoluta. El hombre es un animal religioso.

Además, el último tonsurado, ha tenido, para serlo, que estudiar un poquito. Claro que no ha leído más que majaderías teológicas; pero al fin, la inteligencia, por muy en el vacío que funcione, mejora con el uso. Se puede hacer gimnasia y criar músculo pegando manotadas al aire. San Agustín, Fray Luis de León, Pascal eran católicos hueros; sin embargo, no carecían de cierto estilo.

Para afirmar, hay que inventar. Para burlarse y negar, no hace falta quemarse las cejas. La postura de Voltaire es antigua y cómoda. El argumento de Ferri, cuando le hablan de Dios: «no lo he visto», no exige largos estudios previos. Existen cerebros en que la locomoción eléctrica resulta incompatible con toda idea religiosa, y no por eso están llenos de alta erudición. Un Berthelot tiene derecho a ser librepensador; ¿por qué hemos de aguantar la monótona pedantería de los que le siguen sin comprenderle?

Maldigo la libertad de conciencia y, sobre todo, la de palabra. No deberíamos permitir que pensaran ni alborotaran sino los que tienen cosas nuevas y útiles que decirnos. Y los que no se mueven sin repetir el gesto ajeno, deformándolo, y empequeñecen y envilecen lo que tocan, que se callen! Mejor sería sin duda matarlos. ¡Bonita ocasión han elegido los gobiernos para suprimir la pena de muerte! Sobra mucha morralla.

Los curas van de capa caída, y no hay proyectil absurdo que no se les arroje. La peor calamidad sería que volvieran al poder, y no obstante, me irrita lo grosero de la caza a la sotana.

Se quiere persuadir al populacho, de que el clérigo es glotón, avaro, inepto y lúbrico. ¡Malhaya los que mienten! La iglesia ha participado de la moralización general, y constituye un grupo de escasísima delincuencia. Consúltense las estadísticas.

¿Crímenes secretos? ¡Bah! Si son tan secretos, no os asustéis.

¡Qué bien se tratan los frailes! ¡Qué gordos y rollizos están! Otra vulgaridad. El fraile es sobrio, y por eso goza de salud. La gula no engendra carne sana: engendra carne reumática y podrida. La regla monástica, el método, equivalen a un eficaz régimen higiénico. El fraile, por lo común, es casto; sus instintos se apagan entre las dificultades, porque el órgano cohibido se atrofia. Consúltense los fisiólogos.

Se necesita ser muy tonto para figurarse que un ejército que ha dominado el mundo y todavía lo domina en parte, sea un saco de vicios. No; el éxito pertenece al heroísmo y a la disciplina; es lo moral lo que vence. La Compañía de Jesús es un modelo perdurable. ¿Que busca el dinero? ¿Que es una empresa industrial? Entonces, ¿qué la reprocháis, vosotros, que recomendáis a vuestros hijos, las obras de Carneggie y de Morgan y del mismo Roosevelt, manuales de baja codicia?

Y aun, porque el cura espera la gloria, les llamáis «interesados, tartufos de la ciencia!...»

REFLEXIONES RELIGIOSAS

He asistido al templo el Viernes Santos. Quería ver muchachas, y escuchar la palabra de Dios. Sospecho que yo no era el único a quien agradaba *flirtar* en esa visita de pésame a la sagrada familia. El amor se insinúa por las grietas de los sepulcros, y palpita en la lívida claridad de los fantasmas y se mueve con las alas de los ángeles. Se acomoda a cualquier decoración y lugar. No pierde su encantadora virtud al pie de los altares, entre vagos vapores de incienso y a la luz temblorosa de los cirios. Noté que las muchachas conservaban la fatal belleza que hizo temibles a Eva, a Lucrecia Borgia y a la Otero. Bajo los mantos azules o blancos lucían misteriosamente delicados perfiles, se bajaban suavemente largas y misteriosas pestañas. Eran *èllas,* es decir, las eternamente jóvenes. El que había envejecido era Dios, que por la boca del predicador no nos comunicaba más que desmayadas vaciedades.

Recordé que según Anatole France, el catolicismo es la forma más elegante del descreimiento. La procesión salió de la iglesia: Anochecía, y una lluvia fina engrisaba el ambiente. Detrás de las imágenes balanceadas sobre el mar de cabezas, el pueblo gemía y

rezaba. Junto a mi pasó una vieja, abandonada al torrente humano y al fuego de la fe. Su rostro era doblemente antiguo. Por sus mejillas áridas, surcadas por las hondas heridas del tiempo, descendían lentamente aquellas lágrimas que pintaban los sombríos monjes de la Edad Media con colores cuya composición se ha perdido, y que quedan como veladuras tenaces en los retablos italianos. En su garganta sarmentosa vibraba un estertor fanático, y sus dedos se clavaban unos en otros para no dejar escapar a Cristo. Comprendí que el pueblo no es elegante, y que se permite ser creyente. Comprendí también que los elegantes de otras épocas fueron descreídos como lo son ahora y lo serán siempre. Pero no por eso, oh Anatolio inmortal! admiro menos tu ironía sublime.



LA TORRE DE MARFIL

Lástima es que se metan a escribir los que no saben, y mayor lástima que abandonen la pluma los que podrían con fruto manejarla. El inepto, a fuerza de trabajar, se hace menos inepto. A fuerza de caminar, aunque sea a ciegas, algo alcanza. Los tropezones le guían; los fracasos le enseñan, y en todo caso, resta el recurso de no leerle y de negarle la circulación y el aliento. Pero el talento ocioso disminuye, y no hay defensa contra los daños que causa su esterilidad. El necio charlatán nos fastidia; el sabio que calla, nos roba.

Estos avaros de su inteligencia, estos traidores a su fama, se dividen en dos clases. Los unos pretextan que el oficio de las letras es criadero de pobres, y prefieren lucrar en un rincón. Con tal de cenar, renunciarían a concluir el *Quijote*. Los otros, enredados en su pereza, dicen que se preparan, que aun es tiempo, y que de no producir cosas notables, mejor es no producir cosa alguna.

La defección de los primeros no es tan calamitosa como la de los segundos. Debemos desconfiar de los que no estiman bastante su carrera. Entre escribir y ser ricos, eligieron ser ricos. Demostraron que no me-

recían ser escritores. Nacieron verdaderamente para picar pleitos o para vender porotos o, lo que es peor, para mandar. No lloremos demasiado la fuga de los infieles al arte que se acomodan con el destino de un Rotschild, y llamemos a la torre de marfil donde se encierran los indecisos:

—¡Salid! Perfumemos los pies en el rocío de los campos. Descubramos lo que el monte oculta. Viajemos.

—Nuestra torre es muy bella.

—No hay cárcel bella.

—Estamos cerca del cielo.

—¿De qué os servirá lanzar al cielo vuestra simiente, si no cae a tierra? Sólo la humilde tierra es fecunda.

—El polvo nos asfixia. El pataleo de la plebe nos da asco. El sudor de la soldadesca hiede. La realidad mancha y aflige: es fea.

—Porque no sois bastante agudos para penetrar su hermosura. El mundo os abruma, porque no sois bastante fuertes para transformarlo. Os parece obscuro y triste, porque sois antorchas apagadas.

—En cambio, nos entregamos al maravilloso resplandor de nuestros sueños.

—¿Qué valen vuestros sueños, si no los comunicáis? Hacedlos universales y los haréis verídicos. Mientras los guardéis para vosotros, los tendremos por falsos.

—Nuestras ideas solitarias baten sus alas en el silencio.

—Ideas de plomo, incapaces de marchar diez pa-

sos. Alas de gallina. De los muros de vuestra torre de marfil, nada se desprende, nada parte. Decoráis vuestro egoísmo: bostezáis con elegancia. Complicáis vuestra inutilidad. Prisioneros del humo de vuestra pipa, confundís la filosofía con la *toilette*, el genio con la pulcritud. Tomáis la timidez por el buen gusto; envejecéis satisfechos de vuestros modales. Alejados de la ciudad, nadie os busca, porque nadie os necesita. Sois muy distinguidos: os distingue vuestra debilidad. Desdeñáis; pero ya se os ha olvidado.

—El presente nos rechaza tal vez, por no doblegarnos a sus exigentes miserias. Nos refugiamos en el pasado. Somos los eruditos de la tumba. En nuestras salas, vagan los tintes tenues de los venerables tapices. La claridad discreta de las lámparas de bronce arranca un noble relámpago sombrío a las armaduras milanesas, y en la paz necturna, sólo se oye el pasar de las rígidas hojas de pergamino bajo nuestros dedos pálidos, donde brilla un sobrio y denso sello antiguo.

— Os refugiáis en el pasado, como muertos que sois. Si estuvierais vivos, os refugiaríais en el porvenir. Desenterrad en buen hora, mas no cadáveres. Resucitad a los difuntos o dejadlos tranquilos. ¿Para qué traer su podre al sol? Ya que tanto afán tenéis de frecuentarlos, id vosotros a ellos: huíd a la región de eterna sombra. Mas si os decidís a vivir con nosotros, vivid de veras, no en simulacro; vivid en vida y no

en muerte. Respirad el aire de combate común y empezad vuestra propia obra.

—La queremos perfecta. La perfección a que aspiramos nos paraliza. Apenas trazamos una línea, nos detenemos, porque la reputamos indigna de nuestro ideal. Lo perfecto o nada.

¡Suicidas! Lo primero y lo último y lo perfecto es vivir. Esa perfección es una forma del egoísmo. Ansiáis lo perfecto, es decir, lo acabado, lo intangible, aquello en que nadie colabora ya, aquello a que nadie llega, lo que aparta y humilla, lo que os eleva y aisla, el mármol impecable y frío, la torre de marfil. Por aparecer perfectos según vuestros patrones del minuto, os inutilizáis y mentís. Atentáis a la secreta armonía de vuestro ser, destruís en vosotros y alrededor de vosotros, la misteriosa, exquisita, salvaje belleza de la vida.

Sobre lo perfecto está lo imperfecto. Sobre la augusta serenidad de las estatuas, hay que poner nuestros espasmos y nuestros sollozos y nuestras muecas de criaturas efímeras. Lavad vuestra alma, encontradla y dadla toda entera, con sus grandezas y con sus bajezas, con sus fulgores sublimes y con sus tinieblas opacas, con sus cobardías y hasta con sus monstruosidades. Libertaos de vosotros mismos y os salvaréis y nos salvaréis a nosotros. Habréis aumentado la sinceridad y la luz del universo. Abrid la mano del todo, ¡oh, sembradores! Que no quede en ella un solo germen.

POLÉMICAS

Toda polémica es en el fondo una cuestión personal. Pretender que combatan las ideas sin que al mismo tiempo choquen sus envolturas vivas, las personas, es pretender lo imposible. Por eso las polémicas, muy significativas como síntoma moral, son casi siempre estériles para la ciencia o el arte. Una mordaza es mucho más útil que la razón para tapar bocas. Al defender una tesis abstracta se suele defender la ambición propia o sencillamente el pan. No hay argumentos contra la vida.

Es cierto que existen asuntos prácticamente inatacables, y que una polémica sobre ellos puede provocarla tan sólo la ignorancia. En estos casos poco frecuentes resultan fijadas y explicadas nociones fundamentales, de adquisición provechosa para el vulgo. Al capítulo de las excepciones deben ir también las polémicas matemáticas. Quizá el hábito de definir con precisión las palabras, así como el uso uniforme del análisis influyan en que tales contiendas sean fecundas. Poisson derrotó al partido de Lagrange; las opiniones de Abel triunfaron sobre las de Wronski, y de una reciente y ruidosa polémica surgió consagrado el nuevo concepto del transfinito. Los matemáticos, por

otra parte, parecen gente apacible y sensata; algunos llevaron su plácida distracción hasta el extremo de asombrar a sus compañeros mismos. El bueno de Ampére tomaba las traseras de los coches de punto por sendos pizarrones. Sacaba la tiza del bolsillo y las cubría de cálculos indescifrables. Si el vehículo se ponía en movimiento, Ampére echaba a correr detrás de sus fórmulas ante el público estupefacto. Ampére no era polemista temible. Las rivalidades más rabiosas, según observa justamente Bourget, son —¿quién lo diría? —las rivalidades entre músicos.

Siempre que se trate de cuestiones directa o indirectamente sociales, sobre todo cuestiones de historia, de religión, de política, las polémicas no prueban nada sino el odio de los polemistas. Cada cual ve a su modo y habla a su manera. Hay para cada hombre un punto de vista y un lenguaje. Este lenguaje y este punto de vista, deformables continuamente, se falsean y desfiguran por la pasión. Lo que se evita a toda costa es un acuerdo. Se aborrece y se teme la verdad, que al establecer el hecho suprime a las personas. El ruido de las disputas no sube a las regiones de la ciencia y del arte verdaderas.

En cambio, las polémicas nos descubren el corazón y los nervios de un individuo, de una ciudad, de una nación entera. Lo discutido queda en la sombra. Los intereses de los discutidores salen a la luz del día. La polémica es siempre un precioso documento histórico.

He aquí por qué estudiamos hoy las herejías de los

primeros siglos cristianos, aunque no nos quite el sueño la sustanciación del Verbo; he aquí por qué leemos apasionadamente las *Provinciales*, aunque nos hagan sonreir las teorías jansenistas; he aquí por qué se manoseará durante largo tiempo el asunto Dreyfus, aunque la inocencia real del judío no interese más que a las niñas románticas.

Es comprensible el ardor con que se declara la guerra a los grandes hombres, apenas asoman a lo lejos. El instinto social no se engaña. Traen con ello lo desconocido, la fuerza incalculable que volcará los ídolos y arrancará las columnas. Los intereses amenazados se coaligan, y rodean al coloso. Es pedante, es oscuro, es decadente. Se le sitia por hambre. El genio calla y produce. Siente que toda esa furia desencadenada es el eco de su energía interior. Se acostumbra a los ataques como después se acostumbrará a la adulación, y los echa de menos cuando el odio y la envidia comienzan a ceder. Berlioz al ser aplaudido por fin, duda amargamente de su talento; también exclamaba el orador pagano, al estallido de la ovación: «...¿qué? ¿He dejado escapar alguna necedad?»

Rara vez los creadores de raza descienden a la polémica. Al recibir en sus almas de niño la belleza inmortal, la transmiten silenciosamente, porque saben que no necesita del trompeteo humano para reinar sobre el mundo. Sordos y ciegos como la madre tierra, ofrecen al que pasa el fruto divino.

BLÉRIOT

El gesto es ciertamente sublime. La mañana del 25 de Julio de 1909 es de las que cuentan en la historia de los hombres. El casto resplandor de esa aurora vivirá más que de costumbre. La salvaje soledad de las aguas, la ola invisible del viento, la luz que abre los ojos del mundo, la niebla que al disiparse lo revela en su magnífica desnudez, lo enorme que suspira, la tierra sin límite y el cielo sin fondo, los astros que se van y el día que se esparce temblando por el infinito, he aquí un cuadro que tendrá desde ahora un encanto nuevo para algunos soñadores, porque una manchita oscura ha cruzado el horizonte, suspendida sobre el mar; un aeroplano ha volado de Francia a Inglaterra. Napoleón invadiéndola al frente de cien mil soldados, hubiera sido insignificante. Blériot, solo, inerme, microscópico allá arriba, uno de tantos en Calais, y uno de tantos en Dowers, es fundamental.

Lo admirable del caso es que Blériot, aparte su feliz rasgo de audacia, no tiene por sí mucho de particular. Su aeroplano, salvo ciertos detalles, no es obra suya; es obra de un ejército de inteligencias. ¿Desde qué fecha remota no habremos observado las alas de las aves, y no habremos intentado imitarlas

para uso nuestro? La hélice es más reciente, hija de la mecánica que, apartándose de las palancas y de las articulaciones empleadas por la naturaleza en los organismos animales, inventó la rueda, donde se realiza lo continuo, una de las formas de lo que no tiene fin. El motor es el resultado último de una serie incalculable de esfuerzos encaminados a encerrar bajo el menor peso la mayor energía posible. Han trabajado en ello desde la termo dinámica teórica hasta la metalurgia y la química, a partir de la primitiva bomba de vapor con que en el siglo XVIII los ingleses desaguaban sus minas de hulla. Desde Montgolfier hasta hoy, ¿cuántos investigadores no se han consagrado a conquistar el aire? Hemos llegado al punto de que la aviación sea un sport, pronto comparable al automovilismo. Los aeroplanos y los dirigibles se contratan a precios que irán bajando poco a poco. No hay país que no proponga incesantes perfeccionamientos. Si Blériot no hubiera atravesado el canal de la Mancha, otro lo hubiera ejecutado. Detrás de Blériot está la humanidad instruída, armada para la ciencia, en posesión de métodos probados, habituada a persistir, iniciada al heroísmo propio de nuestra época, el de los Shackleton, los Hansen y los Wright, no el de los arrastra-sables, la humanidad bastante fuerte para resistir la pérdida de cien sabios. Nuestro poder no está acumulado en un Aristóteles o en un Bacon; está distribuído, infiltrado, difuso; está al abrigo del azar. Blériot, felizmente, no es sino una proa de la flota innumerable, una avanzada. Puede

fracasar tranquilo. El porvenir de la civilización está seguro.

Blériot es francés... ¡Bah! No lo es su aereoplano. Se dice que su motor lo ha inventado un ingeniero de Milán. Pero ¿no fué Santos Dumont quien aplicó a la navegación-aérea los motores explosivos? ¿Se afirmará que el aparato de Blériot es brasileño? Esas pequeñeces nacionales son indignas del genio, que, como el amor, no tiene patria. Hace tiempo que nuestros conocimientos son internacionales. La ciencia sería imposible si para las ideas hubiese fronteras y aduanas. En cada hipótesis, en cada instrumento, palpitan cien climas, cien razas diferentes. La cultura es una miel destilada con el azúcar de todas las flores. Si los franceses se enorgullecen de que Blériot sea francés, tendrán que afligirse de que triunfe un alemán el mes que viene, y esto es el peor de los errores, un error de viejos. Enorgullezcámonos de que Blériot sea un hombre. El verdadero drama de nuestra especie no es interior, no es la contienda civil del planeta, no es el dominio de un pueblo sobre los demás, sino de todos los pueblos sobre el universo rebelde. Nuestro duelo es con lo desconocido y no seríamos capaces de soñar nada tan grandioso. ¿Qué es el aeroplano? Un medio de unirnos, una prenda del futuro, un paso hacia adelante, y sobre todo, un símbolo de nuestra solidaridad. Convenzámonos de que una certidumbre que nos desuniera no sería tal certidumbre, sería una mentira odiosa. Respecto a los in sensatos que convierten el globo moderno en menes-

ter de guerra práctica de matanza, compadezcámoslos. Han sabido profanar a la vez el sentimiento y la razón, pero su crimen es efímero. Solamente el bien sobrevive. Serán castigados con la muerte absoluta. El destino se encarga de suprimir hasta el rastro de lo perfectamente inútil.



LA TIERRA

También la lucha con la naturaleza es interminable y cruel. Mas la tenebrosa enemiga, lenta en sus venganzas, sabe ofrecer al hombre una pérfida seguridad. Son precisas catástrofes como las de San Francisco y Valparaíso para volver a la realidad terrible y saludable, y para descubrir, al resplandor del rayo, la frontera exacta de nuestros dominios. El tremendo obstáculo nos define violentamente; el dolor nos hace retroceder sobre nosotros mismos, y buscar en nuestra pobre carne ensangrentada la energía indispensable a la salvación. Energía quizá poca, pero al menos bien nuestra.

Entonces nos acordamos de los precipicios siniestros en cuyos bordes ásperos no crece la hierba, y en cuyo fondo negro se perdía nuestra mirada de turistas despreocupados. Esos abismos no son una decoración inocente, que es por lo que solemos tomar, con tan escaso juicio, la configuración del planeta. Se abrieron en convulsión espantosa, posible a cualquier momento. Y pensamos en los cráteres en ruinas, cenizas errantes del fuego jamás apagado, que acá y allá, sobre las viñas y los olivos clásicos, entre las nieves inaccesibles de las cumbres o a través de las

aguas del océano asoma de repente su cabellera fulgurante. Y atendemos a la palpitación secular de la corteza terrestre: orillas que se van hundiendo, ciudades muertas bajo las olas, montes que llevan en su antiquísimo lomo el osario curioso de los animales marinos, continentes dislocados poco a poco, islas que surgen y lagos que se ensanchan, toda la respiración enorme del monstruo dormido. Y sentimos, tocamos la verdad, es decir, la voluntad poderosa que se opone a la nuestra, la barrera, la amenaza, el riesgo. Una leve alteración en los gases de la atmósfera, un desperezamiento del globo algo más impaciente que de costumbre, y la humanidad, ¡oh acontecimiento insignificante!, será envenenada, barrida, sepultada viva, aniquilada, olvidada. ¡Qué débiles entre el infinito glacial del espacio astronómico y el misterio insondable de la tierra traidora! ¡Qué débiles y qué solos!

No. Estamos solos porque somos más fuertes. Hemos aceptado la plena responsabilidad de nuestro destino. Hemos rasgado el cielorraso mitológico que nos separaba del firmamento vacío, y por fin miramos el universo cara a cara. Hemos rechazado la ayuda de los Dioses. Mucho les debíamos, pero les hemos despedido bien pagados. Por nuestra cuenta pelearemos. La guerra es ahora únicamente nuestra, y nuestro el amor, que es otra forma de la guerra. No nos alquilarán un paraíso: intentaremos fabricarlo con nuestras propias manos. Sólo nosotros fecundaremos a nuestras vírgenes; nosotros solos nos redimiremos. Abrazados a la tierra, la desgarraremos para

que críe; enterraremos en ella la simiente de nuestros cuerpos. Agujerearemos sus montañas, tendremos puentes por encima de sus más hondos tajos, uniremos los hemisferios y mezclaremos los mares. Y si el horror de un cataclismo nos detiene un instante, no por eso nos abandonará la noble esperanza. No sufriremos el golpe como castigo de nuestros pecados y como maldición de nuestro origen, sino como episodio natural del eterno combate. Detrás de la tierra rebelde no estará ya la terquedad invulnerable y estúpida de un tirano todopoderoso, sino el desorden pasajero de fuerzas destinadas a espiritualizarse tarde o temprano bajo nuestra acción y nuestro genio.



SACRIFICIOS HUMANOS

Leo que se ha celebrado en honor de los reyes de España una corrida de toros donde dos lidiadores fueron gloriosamente heridos, quedando uno de ellos moribundo. No es la primera vez que se conmemora mediante sacrificios humanos el advenimiento de nuevos príncipes a un trono secular. Los césares de Roma solían estrenar la púrpura imperial tiñendo sus mantos con la sangre de los gladiadores, y no hace muchos siglos que en el programa de los festejos reales de Madrid hubiera a grande honra figurado un auto de fe.

El pueblo comprende cuán pasajeras y falsas son sus alegrías si no las mira Dios con ojos benévolos. Rogar es sacrificar; los suplicios suplican. Para que Dios perdonara la felicidad de Alfonso y de Ena eran indispensables víctimas expiatorias. «Los dioses, dice Nietzsche, son entonces favorables, pues el espectáculo de la crueldad les divierte y les pone de buen humor». La cornada recibida por Machaquito es una acción de gracias a la Providencia, sin cuya intervención hubiera asesinado al rey la bomba que destripó à la marquesa de Tolosa. Los monárquicos han aliviado el peso sagrado de su deuda.

Fuerte nación es la que conserva el sentimiento pristino del culto. Una religión sin fanatismo es un patriotismo sin héroes. Cuando no había ya santos en ninguna parte, el acre abono de la Inquisición hizo germinar en Castilla santos terribles. Aun se cumplen hoy milagros en Andalucía, y mañana volverán los curas carlistas á fusilar á sus prisioneros después de echarles la bendición con el trabuco. El pericardio de Jesús detiene las balas enemigas; el rosario cuelga de la lanza de don Quijote, y toda la suerte es cruzada. Los habituados de la muerte, soldados, apóstoles y toreros, son adorados de la multitud. Es que la muerte es el acto por excelencia, y la única comunicación segura del hombre con la divinidad.

La inmolación de la inteligencia agrada igualmente al Ser Supremo. La verdad está en el corazón. Debemos admirar al papa Zacarías, quien, 600 años antes de Cristóbal Colón, condenó a un abispo, por no opinar sobre los antípodas como opinaba San Agustin. Si Pío X imitara a Zacarías, a pesar de Colón, de Elcano y de la geodesia, probaría irrefutablemente su catolicismo propio y robustecería la fe. Fe es creer lo que no vimos, y mayor fe, es decir, mayor energía interior, creer lo contrario de lo que vimos.

Por desgracia, las corrientes modernas son otras. La conformidad de la razón con la realidad objetiva, conformidad de donde ha salido la ciencia actual, patentiza la decadencia. La temperatura de nuestra alma

baja al nivel de la temperatura exterior. De mamíferos descendemos a peces. Somos esclavos del hecho y obedecemos a la física y a la química con la docilidad de un cadáver en descomposición. Cuánto más poderosos ante la naturaleza fueron los cardenales que aplastaron a Galileo, negando heroicamente la astronomía, que Galileo, dejándose llevar por la Tierra hacia lo desconocido! Ese sabio hubiera hecho mejor en evocar a Josué y en parar el planeta, para evitarse complicaciones. Pero era sólo un sabio, un impotente, un siervo de las leyes brutales y anónimas.

En lugar de ordenar cual señores al mundo externo, lo que conseguiríamos quizá, semejantes a los antiguos taumaturgos, sacrificando la corteza de nuestro ser, moldeamos sobre el mundo externo nuestro destino. Juguetes de las máquinas, acabaremos — así lo anuncia Balmes — destruídos por las máquinas. Mientras tanto, en ellas satisfacemos ese vago afán de sacrificio y de muerte, del que algo abrigamos todavía. Cuando no damos en el suicidio vulgar, buscamos el peligro en el rápido sport. Nos lanzamos vertiginosamente, empujados por el gas o por la electricidad. Nuestra actividad excesiva e inútil nos aleja del hábito de contemplación, sin el cual, según Ganivet, se es un salvaje, aunque se vaya vestido a la última moda. Nuestros órganos morales se atrofian, faltos de ejercicio. La inteligencia nos devuelve a la barbarie.

Otro error que nos hace perder el contacto con los dioses, es el de no castigar a los criminales ritual y públicamente, el de no sacrificarlos en holocausto divino. Hemos inventado la curiosa teoría de la irresponsabilidad, y nos preocupa lo justo y lo injusto. Nos parece cosa de importancia ejecutar a un inocente. Olvidamos que lo esencial consiste en levantar el patíbulo, altar a su modo... Los mártires escasean. Los jueces se equivocan menos. No abundan los casos Dreyfus, capaces de renovar por mucho tiempo el vigor de una raza.

Apenas nos atrevemos a encarcelar a los delincuentes. Hay personas que consagran sus desvelos a mejorar la higiene de las prisiones. «Ah! señor gobernador; — proclamaba al almirante Ptritzbuer un presidiario de Nueva Caledonia — si hubiera sabido que se estaba tan bien aquí, hubiera hecho el golpe diez años antes!» Merecemos que se rían de nosotros. Urge, pues, atormentar a esos malvados, aunque no estemos muy seguros de que lo sean, para que sus gemidos aplaquen la cólera de Dios. Pero los resortes sociales se relajan, y se borra la noción primitiva de los deberes religiosos.

Restan, sin embargo, acá y allá, sobre el globo, espíritus fieles a la tradición salvadora. En ellos reside nuestra esperanza. Alfonso XIII ha sacrificado a los dioses. Ha regalado a la Virgen de Atocha, la cimera de su carruaje destrozado.

GIMNASIA

Quisiera hacer lo más notorio posible el reciente descubrimiento de que en el cuerpo humano hay pulmones, corazón, estómago, etc.

Los profesores de gimnasia en efecto, hasta la divulgación de la teoría sueca, creían que el hombre no está compuesto más que de músculos. Los alemanes sobre todo se recreaban y aun se recrean en tan simplificada concepción. Gracias a ella, gracias al afán de imitar los volatines de los monos, nuestros venerados abuelos, gracias al trapecio, a las argollas y a otros aparatos torsionarios, se nos fabrica un notable número de horribles atletas, con los omoplatos doblados hacia adelante, el pecho hundido, la barriga saliente, los brazos y las piernas arqueados, con enormes bultos. Estos hércules grotescos demuestran en su persona que el culto único de la fuerza deforma y degrada.

No está de sobra añadir que tan formidables organismos viven poco. Sucumben a congestiones del cerebro, a hemoptisis generalmente seguidas de tuberculosis, a choques del sistema nervioso; resisten menos que los que estamos casi desprovistos de biceps. Los cuidados de que han sido objeto les son fatales.

Nada tarda tanto para aparecer en el escenario del mundo como lo razonable, lo evidente. El advenimiento del sentido común suele postergarse hasta la consumación de los siglos y su realización se encomienda a los mesías. En gimnasia, los principios racionales, que se reducen a recordar que tenemos varios órganos, y a comprender que la disciplina de ellos, necesaria toda la vida a ciudadanos fuertes, consiste en mantener y desarrollar la suprema armonía de la salud, fueron enunciados y practicados hace la friolera de noventa y cinco años. El mesías de la gimnasia fué Ling, Henrik Ling, un sueco. Era pastor protestante, literato, después tirador de armas. La esgrima le condujo a su método célebre. Pidió al gobierno sueco en 1812 una subvención para propagar sus ideas. Se la negaron groseramente. Al fin le nombraron director del instituto gimnástico de Estocolmo y allí pudo experimentar y lucir su lógico sistema.

La ciencia de la pasada centuria no ha hecho sino confirmar casi por completo las opiniones de Ling. Los comentadores y continuadores de la teoría sueca son biólogos, médicos, psicólogos. Tissié es en Francia uno de los más tenaces defensores. No se cansa de clamar que somos animales bípedos, terrestres, y que se debe partir de las posiciones fundamentales que se apoyan exclusivamente en el suelo. Insiste también en la necesidad de asegurar el amplio funcionamiento de las vías respiratorias y de la economía entera.

«Se marcha con los músculos, dice, se corre con los pulmones, se galopa con el corazón, se resiste con el

estómago y se llega con el cerebro». «La sobriedad respecto a los alimentos y bebidas es un bien; la sobriedad respecto al aire es un mal.»

Cuando Tissié fué designado por S. E. Akidzuki, ministro del Japón en Bruselas, para informar sobre los procedimientos de gimnasia usados hoy en la marina japonesa, visitó un barco de guerra, el «Tsukuba», observó los ejercicios de los marineros, y contestó al ministro, como formula condenatoria, que «*no respiraban* durante los movimientos ejecutados». Su gimnasia era mala.

Los japoneses, excelentes anatomistas, como lo prueba el *jiu-jitsu*, son mediocres fisiólogos.

Otra sentencia de Tissié es la siguiente: «la base de una buena gimnasia es salir de la sesión más reposado y más vigoroso que al entrar».

El famoso Sandow, por supuesto, queda rechazado. Sandow pertenece a la escuela bárbara. Para él lo principal es la musculatura del antebrazo, y lo último los pulmones y la piel.

Un danés, J. P. Müller, ha inventado, prolongando las deducciones de la teoría sueca, un sistema nuevo. Basta un cuarto de hora diario para ponerlo en práctica. Lo esencial consiste en un concienzudo lavaje, acompañado de fricciones simultáneas con una corta serie de ejercicios elegidos, sin instrumento alguno. Se tiende a favorecer ante todo, las funciones de la piel y de las vísceras abdominales. El éxito ha sido magnífico. Se han tirado cerca de 300.000 ejemplares del libro de Müller. El mismo Müller es el mejor ar-

gumento. Cuando nació, pesaba tres libras y media. Su niñez fué enfermiza. Ahora, a los cuarenta años de edad, es el primer sportman europeo. Ha ganado en los más diversos sports, 132 premios, de los cuales, 123 son distinciones únicas y campeonatos. La estatuaria ha reproducido sus formas; el pintor Carl Bloch le dijo un día: «Es usted el más bello ser humano que he visto nunca».

Si algo nos es lícito sacar en limpio, es que la gimnasia moderna ha progresado, merced a la noción de que el hombre es físicamente un conjunto complejo, cuyo orden e interior equilibrio es la condición capital de toda su hermosura y de toda su energía. Y si esta noción se aplicara al espíritu, la enseñanza oficial, libre de la fatal manía de cultivar solamente los músculos de la memoria, dejaría de embrutecer y de pervertir a los niños.



"606"

Hace justamente un año que se ensayaron por vez primera, en carne humana, las inyecciones del 606. Para conocer el valor de los medicamentos, hay que ensayarlos; para curar a muchos, hay que resignarse a matar unos pocos. Cierto que se ensaya sobre animales; pero no es lo mismo. Cierto también que los investigadores ensayan sobre su propio cuerpo. No es lo mismo, porque aquí, el sujeto está en salud. Sería necesario inocularse la enfermedad y, después, el agente que se estudia. Esta abnegación existe. Sin embargo, es demasiado rara, y más vale así. Mejor es que sucumban al análisis terapéutico algunos desahuciados de hospital, y no un Roux y un Koch.

El 606 triunfa definitivamente. No ha sido sin lucha. Hasta en Alemania se ha desmentido a Ehrlich. Hubo clínicos, como Buschke, que rebajaban a sabiendas la dosis en casos graves, y luego, divulgaban a bombo y platillo sus fracasos. Otros, con el amable objeto de aumentar los accidentes, aplicaron el 606 a tabéticos, a nerviosos, a cardiacos, a oftálmicos, no obstante las concretas contra-indicaciones de Ehrlich. En Francia, Mouneyrat reivindicó los éxitos del 606 para su hectina, y Ehrlich tuvo que advertirlo, con acritud arse-

nical, que la hectina no es sino el número 410, abandonado por inútil dos años antes. Según Milian, el 606, presentado bajo forma de polvo, exige una preparación extemporánea, un material complicadísimo para el médico: limas, morteros con su mazo, 10 pipetas esterilizadas, tubos de ensayo, alcohol metílico, agua hervida o, de preferencia, esterilizada, legía de sosa del comercio, solución decinormal de sosa esterilizada, ácido acético cristalizable, solución alcohólica de fonolftaleína... Dumont, en la «Presse Médicale», anuncia que el 606 causa un dolor atroz: el enfermo no puede moverse durante una semana. Suelen producirse infiltraciones, edema, supuración, fiebre de cuarenta grados, con cefalea, náuseas, vómitos, agitación, sed terrible y, a veces, erupciones escarlatiniformes o urticarias... ¡uf! ¿Y qué? Los hechos están ahí. El 606 barre lesiones sifilíticas de todos los períodos. Su acción preventiva y abortiva es fulminante. Las recaídas parecen escasas. La técnica se simplifica, y Wechselmann, por ejemplo, ha conseguido hacer indoloras las inyecciones. En un total de 15 a 20.000 casos tratados, ha habido 12 muertos, menos del 1 por 1000! Y por añadidura, casos contra-indicados previamente. Pues bien, se ha dicho que la avariosis no mata hasta ese punto. Se ha involucrado la mortalidad de la población entera con la de los avariósicos, como si el 606 se administrara a los sanos, y lo que nos importase no fuera saber cuántos avariósicos mueren de «avariosis», sometidos al 606, y cuántos, sometidos al mercurio. 1 caso fatal (y no alcanza) contra 999

mejorados o curados, es a todas luces maravilloso. ¿Y el cloroformo, que mata el 3 por mil? Seguramente, que el cloroformo mata más que el sufrimiento... suprimamos la anestesia. ¡Con tan espesos sofismas, se ha pretendido influir sobre el público francés!

El doctor Renon, en el «Journal des Praticiens» manifiesta su deseo especial de proteger al público contra las mistificaciones de la prensa, de la «gran prensa». Ella es la culpable. Ella ha hecho un reclamo insensato al 606 y acaso venal. El doctor Renon quería que los diarios se redactaran con la exactitud y el desinterés con que redactó Laplace su «Mecánica Celeste». Un periodismo exacto y desinteresado (o no industrial) no sería periodismo. Esas virtudes concluirían con él, por oponerse a la extensión y a la celeridad informativas que le confieren su poder, su inmensa eficacia. Prohibir a la prensa tocar ciertos asuntos no sería ilustrar al público, sería dejarle completamente a oscuras. Sólo por intermedio de la prensa llegará la mayoría del público hasta la revista científica y las actas de las academias. Es en la prensa misma que los lectores han de aprender a defenderse, a distinguir y clasificar las oratorias respectivas de un doctor Garrido, de un Penadés, de los naturistas, de un Doyen o de un Metchnikoff, de un Ehrlich. Y el que no aprenda que lo pague. Los tontos deben ser castigados. Proteger es debilitar. En esta ocasión, por lo demás, la prensa acertó; sus pronósticos favorables al 606 fueron con-

firmados, «grosso modo», en los recientes congresos de Koenigsberg y de París.

¿Y qué decir del argumento de tres o cuatro «chauvinistes» contra el 606: que es un «remedio alemán»? ¡La nacionalidad del 606! ¡La nacionalidad de los números! Hay buenos momentos en la vida: es cuando se vuelve bufa. No me burlo. Llámese 606 al 606, o llámese diclorhidrato de diamidoarsenobenzol, es, como todo los cuerpos definidos y preparados químicamente, un conjunto de medidas, un sistema de números. ¡La aritmética alemana! El 606, nacido en Berlín, renace con idéntica facilidad en cualquier laboratorio del otro lado de la frontera. La ciencia, nodriza de nuestra civilización, es internacional, y nos tenemos que ir enterando. ¡Qué le hemos de hacer! Es injusto, es antipâtriótico. ¿Por qué no interviene Guillermo II, y no manda fabricar una avariosis que no ataque a los alemanes, o un remedio que no cure a los franceses? Pero ni siquiera Ehrlich es alemán. Ha nacido en Praga...

Excelente Ehrlich, fundador de la quimioterapia, que obtuviste la victoria después de 25 años de labor y de 605 fórmulas tiradas al cesto: ¿no será inmortal tu 606? ¿qué detendrá a los hombres en su concupiscencia? Al curarles en un àbrir y cerrar de ojos las lacras de su vicio, les tranquilizas y casi les absuelves. ¡Haces bien! El vicio cubierto de llagas tiene algo de heroico, conviene desprestigiarlo. Desde que nos privaron de infierno pecamos con menos voluptuosidad,

Sanemos lo físico; releguemos los problemas morales a la región invisible— mientras no se invente la patología de los sentimientos, y la seroterapia de las pasiones.



A PROPÓSITO DE NAPOLEÓN

He hablado de la *debilidad trascendental* de Napoleón, y esto ha escandalizado a los admiradores del «profesor de energía», según la oportunamente recordada frase de Mauricio Barrés.

Deseo aclarar mis palabras, a lo menos para evitar que se me tenga por un enamorado de la paradoja. La paradoja en seco es una diversión despreciable, apenas superior al retruécano y al *calembour*. Dios me libre de ensuciar mi entendimiento con tales payasadas. Ansío encontrar la verdad, *mi* verdad, construirla poco a poco mediante lo mejor de mi corazón y de mi experiencia. Dentro de una filosofía del altruísmo, Napoleón aparece necesariamente como un ser inferior, o dicho de otra manera, como un ser débil.

Hay energía y energía. ¿Profesor de energía? ¿De qué energía? Físicamente, las únicas energías que el hombre desarrolla son mecánicas y técnicas. Napoleón era bajo pero atlético. Sabemos que echó a rodar de un puntapié en el vientre a uno de sus altos funcionarios. Sin embargo, no es lo mismo profesor de energía que de gimnasia. De un modo más amplio, se afirmará que Napoleón era un organismo de una resistencia notable. Trabajaba veinte horas seguidas, pasaba tres

noches sin dormir, reventaba a sus oficiales y a sus secretarios. Servido por una fisiología robusta, ejecutaba en línea recta sus planes. Nada de esto es trascendental. La buena salud puede coincidir con la compleja debilidad interior.

Llegamos a la inteligencia napoleónica. ¡Un genio! Sí. Un maravilloso combinador de *síntomas* humanos. Jugaba al ajedrez con innumerables piezas de carne y hueso y ganaba siempre. He aquí su facultad maestra: la de hacerse presente un conjunto extremadamente complejo de objetos, *con tal de que estos objetos caigan bajo los sentidos y tengan figura y color a los ojos de la imaginación.* (Duhem, *La théorie physique).* Esta facultad es la memoria, la más débil del espíritu desde nuestro punto de vista, la más pasiva, la más estéril en la obra *ideal.* La memoria de Napoleón, dice Bourrienne, era prodigiosa para los hechos y las localidades. «Me acuerdo que yendo de París a Tolón, me hizo notar diez lugares adecuados para librar grandes batallas .. Era un recuerdo de los primeros viajes de su juventud, y me describía la configuración del terreno y me designaba las posiciones que hubiera ocupado, aun antes de que estuviéramos en los sitios a que se refería». ¿Para qué citar ejemplos de la memoria de Napoleón? Son clásicos. Napoleón debió a la memoria su famoso conocimiento de los hombres. Taine lo explica perfectamente. «Tal fuerza moral invisible puede ser constatada y aproximadamente medida por su manifestación sensible, por una prueba decisiva, que es tal palabra, tal acento,

tal gesto. Son estas palabras, gestos y acentos los que él recoge; percibe los sentimientos íntimos en su expresión exterior, se pinta lo de dentro por lo de fuera, por tal fisonomía característica, por tal actitud parlante, por tal pequeña escena abreviativa y tópica, por muestras y escorzos tan bien elegidos y de tal modo circunstanciados que resumen toda la fila indefinida de casos análogos. De esta manera, el objeto vago y fugitivo se encuentra de repente preso, reunido, y después calibrado y pesado.» El cerebro de Napoleón, todo es superficie, dotado, a semejanza de la placa fotográfica, de una enorme sensibilidad receptiva, reaccionaba con rapidez y exactitud, pero esa onda, dueña del espacio, moría en el tiempo. Napoleón contestaba a lo presente con lo presente. Un espíritu de energía trascendental vence a los siglos y contesta a lo presente con lo futuro.

La ineptitud de Napoleón para abstraer y para generalizar es curiosa. Este excelente conocedor de individuos era un pésimo conocedor de colectividades. Ni sospechó ni comprendió jamás sus derrotas de Rusia y de España. Es que allí no se las había con generales, sino con pueblos. La ocurrencia de repartir la Europa entre sus parientes, en nuestra época de emancipación política y social, es propia de un miope, por no decir de un ciego. Napoleón no se ha dado cuenta de lo qué es ni de adónde marcha la humanidad. Estaba privado de cuanto el espíritu encierra de noble y de vidente. Tenía horror a las letras, al arte, a las elevadas especulaciones de la razón. «Ignora la ma-

yor parte de las grandes verdades descubiertas de cien años acá», decía Stendhal. Sus facultades han sido las más bajas de la inteligencia, y puestas al servicio de los instintos más bajos: la sed de poder y de honores, el egoísmo insaciable de los que ninguna riqueza espiritual poseen, de los que sin absorber las energías ajenas no subsistirían de los débiles trascendentales en fin.

Todo en Napoleón es vulgar. Lo extraordinario en él no es la calidad, sino la cantidad. Alma vulgar, de monstruosas proporciones; admiradla si queréis. Yo prefiero admirar al último estudiante ruso que arriesga su vida por una convicción generosa. Que me perdone el ilustre escritor enemigo de Dreyfus; no buscaré profesores de energía entre los célebres bandidos de la historia. Seguiré creyendo que quien necesita de la fuerza material para influir en sus semejantes no es fuerte, sino débil. Seguiré creyendo débil al que desapareció del mundo apenas cayó la espada de su mano; al que dispuso de millones de hombres, y no fué capaz de legarnos una idea.



ÚLTIMA NAPOLINARIA

Dejando a un lado ciertas apreciaciones que hace el señor Casabianca de mi persona y que a nadie interesan, aprovecho con gusto la nueva ocasión que se me ofrece de discurrir sobre la debilidad trascendental de Napoleón Bonaparte.

Pero quiero ante todo consignar que Anatole France está más de acuerdo conmigo que con el señor Casabianca.

Casabianca: «Napoleón no pudo ser vulgar».

France: «Todas sus acciones fueron grandes y *comunes*. Y es esa *vulgar* grandeza...»

Barrett: «Todo en Napoleón es *vulgar*. Lo extraordinario en él no es la calidad, sino la cantidad. *Alma vulgar,* de monstruosas proporciones...»

Cito al pie de la letra. Sigo:

Casabianca: «Cerebro gigantesco... titán del pensamiento...»

France: «Su cerebro no fué nunca más allá de su mano... No tuvo vida interior... No se encuentra en él una sola curiosidad filosófica, una sola preocupación de lo desconocido, una sola inquietud del misterio que envuelve a nuestro destino. En Santa Elena, cuando

habla de Dios y del alma parece un buen escolar de catorce años». *(Le Lys rouge,* pág. 57.)

Barrett: La ineptitud de Napoleón para abstraer y generalizar es curiosa... Estaba privado de cuanto el espíritu encierra de noble y de vidente. Tenía horror a las letras, al arte, a las elevadas especulaciones de la razón. Sus facultades han sido las más bajas de la inteligencia.»

Las más bajas, es decir, las más próximas a la materia, las más propias al dominio mecánico y efímero del mundo, las menos aptas a persistir en el tiempo, modelando la inteligencia de las generaciones futuras. Y es claro que cuando France habla de la *fuerza* de los instintos de Napoleón, de la *fuerza* que Napoleón *amaba sinceramente,* se refiere a la energía aparencial y grosera «lo que el común de los hombres estima» lujo, bayonetas, tambores, cruces, diademas, tronos, piaras de lacayos y rebaños de siervos y toneladas de carne de cañón, no la energía trascendental a que me refiero yo y de la cual estaba huérfano el asesino del duque de Enghien.

Para definir exactamente lo qué es esa energía trascendental, que aparece ya en los umbrales de la vida orgánica y que alcanza su apogeo sublime en un Sócrates, sería necesario un libro. Pero basta para los fines presentes insistir en este carácter: lo trascendental se delata por su perdurabilidad. Conquistar el espacio no es nada: un ciclón, un terremoto, un Napoleón o un Atila lo consiguen. Lo grande es conquistar el tiempo. El espacio es del oro y del hierro

tal vez, pero el tiempo es del alma. Vivimos de Sócrates, y viviremos por muchos siglos aún. ¿Quién vive de Napoleón? ¿Francia? El señor Casabianca no ha pesado bien sus palabras. Francia vive de la Revolución, no de quien resucitó los obispos y los aristócratas y el cesarismo. ¡Ah! ¡Es cierto! Queda el código y sobre todo la Escuela Politécnica y la Legión de Honor. El señor Casabianca me permitirá que no me arrodille ante los estatutos de esas distinguidas corporaciones. Hay altares preferibles.

¡Dios mío! ¿Qué nos ha dejado ese héroe que tanto mató y que ni siquiera supo morir, ese cíclope que «hacía y deshacía el mapa de todo un continente» y que se retiró a jugar al ajedrez a su presidio después de reducir las fronteras de su patria? «¡El titán del pensamiento!» *Dadme una idea suya.*

Y todavía nos vienen con su ternura: es el colmo. Nos vienen con la ternura del gran canalla que mandó quemar el puente de la Beresina, en la retirada de Rusia, abandonando al otro lado veinte mil hombres. «Qué me importan esos sapos? exclamó el de *los amores ingenuos*, ¡que se arreglen como quieran!»

No: cuando pensamos en las energías que hacen marchar al Universo, no podemos incluir entre ellas a los que lo agitan estérilmente. No son las tempestades las que mueven la insensible máquina de las estaciones ni las que reaniman los dormidos gérmenes de la tierra; no es el rayo el que sonríe en el horizonte cuando el alba despunta; no es el huracán el que hincha las velas de la esperanza humana. No

están en el violento egoísmo las realidades fecundas. sino en el altruísmo oculto, suave, formidable, que se insinúa entre el inmenso laberinto de las cosas, y las inclina hacia el vértice invisible.

Napoleón, el egoísmo hecho genio, no sirve más que para excitar otros egoísmos. Es el « profesor de energía » de los « arrivistas », de los « nietzscheanos », de los hombres de presa. No va esto con el excelente Casabianca; yo se que lo que Casabianca admira en Napoleón es la belleza de una carrera incomparable. Pero hay que tener el valor de resistir a la belleza; hay que tener el valor de desnudar a los más altos ídolos, y de confesar que también hay genios despreciables, y débiles colosos.



CHÁVEZ

El aviador Poillot, en Chartres, se mató hace tres días. Ayer ha muerto Chávez, a consecuencia de su caída en Domossola, después de haber pasado sobre los Alpes. El aeroplano ha hecho hasta ahora veintitrés víctimas. Ninguna tan gloriosa como Chávez. Este adolescente se inició en la aviación hace ocho meses; su primer vuelo, el 10 de Febrero, en Châlons, fué de cuarenta minutos. El 13 rendía sus exámenes y obtenía la patente de aviador. Su cuarto vuelo duró una hora y cuarenta y siete minutos. El 3 de Marzo llegó a 510 metros de altura.

Desde entonces la idea fija de Chávez, fué conquistar la altura, subir! Del otro lado del heroísmo, todo es ganancia. Lo mismo da caer de cien metros que de tres mil. Y Chávez subió, subió siempre más alto. Concurrió en Niza, rivalizando con el terrible Latham; concurrió en Tours, en Lyon, en Verona, en Budapest, en Ruen, en Reims, en Lanark. Pero nada demuestra su loca y tranquila audacia como la hazaña de Reims. Chávez había pilotado desde el principio de su carrera un biplano. En Reims adquirió un monoplano, y resolvió ensayarle en seguida. Ante los ojos espantados

de Blériot, Chávez suspendido de aquella máquina nueva para él, subió a 1250 metros.

¡Subir! Alejarse del polvo y del lodo, no huyendo —¿comprendéis? — sino dominando. No buscando penosamente una salida hacia la derecha o hacia la izquierda, sino hacia arriba. ¡Subir! Subir sobre las madrigueras humanas, sobre los rastros de la tierra, cernirse sobre los montes, sobre el mar vaporoso de las nubes, seguir realmente el camino que señalan las flechas inmóviles de lás catedrales! ¡Subir, ser el centro del gran abismo esférico, flotar entre las dos mitades dél mundo, entre la sombra verdosa y la luz de oro! ¡Subir, y mientras el alma respira la soledad de Dios, atender al séptuplo latido del corazón del aeroplano, a las palancas y al volante, a las oscilaciones imprevistas y a la trémula nervatura de metal, de madera y de tela y al gemido de la hélice y al crugir y vibrar y palpitar del velívolo frágil; saber que un remolino inopinado, una ráfaga adversa, un gesto en falso del piloto pueden ser la catástrofe, saber que bajo vosotros os aguardan, ahuecadas e invisibles, las manos de la muerte! ¡Subir, vencer la gravitación del planeta, y con un átomo de fuego en las entrañas, alzarse al encuentro del sol!

Chávez vió que la travesía de los Alpes no era enteramente absurda. Vió que el átomo de fuego pasaría tal vez sobre las cumbres glaciales. Para Chávez, como para todos los héroes, concebir era también ejecutar. Su cuerpo era en verdad hermano de su espíritu. Se preparó cuidadosamente. Entrenándose, batió

el 8 de Septiembre el record de la altura. ¡Subió a 2.587 metros! El 23, tras varias tentativas sin éxito, el prodigio se llevó a cabo. Triunfante del frío, de los huracanes que aúllan en las siniestras gargantas del Simplón, triunfante del azar, del horror y de lo imposible, Chávez cruzó los Alpes en cuarenta y cinco minutos. Y sobre la llanura lombarda, oyendo ya las aclamaciones frenéticas de sus amigos, una ráfaga traidora le volcó, le precipitó de diez miserables metros y le quebró las dos piernas...

Y el hombre que había ascendido adonde las águilas no se atreven, fué arrastrado a un pequeño lecho de hospital. Vivió aún tres días. Los especialistas más en renombre acudieron a salvarle. Una ciencia voló en socorro de la otra. Y todo fué inútil. Inútiles las inyecciones de agua salada y de cafeína, inútiles los balones de oxígeno. Y, el niño sublime gritaba:

—¡No quiero morir!

Su hermano, sus compañeros, devorando los sollozos, le decían:

—Has triunfado. Nadie ha hecho lo que tú. Has entrado en la gloria...

Y él gritaba:

—¡Sí, pero me muero, y no quiero morir! ¡No quiero morir!

¡Y mueres, pobre Chávez, envidiable Chávez! Mueres, porque te han quebrado tus patitas de pájaro. Mas nos dejas tus alas. Mueres, y no quieres morir, y tienes razón. La humanidad no quiere morir, y por eso tú, nobilísimo pedazo de ella, revoloteaste hasta

la cresta de granito y de hielo. Y la vida, que nos aplasta contra la lisa y negra muralla de la muerte, nos empuja hacia arriba, ¡oh, sí! — nos hace sucumbir y subir a la vez como una marea rebosante. Y acaso sobre las crestas de la muerte está el aire libre, el aire que los átomos de fuego alcanzarán y cruzarán mañana.

No, no queremos morir. El aviador Tabuteau intenta hoy atravesar los Pirineos.



VACUNA

«Scire est mensurare», decía Keplero. Saber es medir. De Keplero acá, el desarrollo de las ciencias ha hecho cada vez más axiomático el aforismo. «Si sabéis medir aquello de que habláis, dice lord Kelvin, y expresarlo por medio de una cifra, algo sabéis de vuestro asunto». El cuerpo de una cieneia que merece el nombre de tal es un conjunto de medidas, una estadística suficiente, y cuando la ley probable nos reproduce los números de la observación con un error más pequeño que el imputado a los instrumentos, la ciencia es exacta. La mecánica celeste entera, casi toda la física y gran parte de la química son exactas. En cambio, casi toda la medicina es empírica y conjetural. La medicina sólo pasa por ciencia a los ojos de los que, ignorando las matemáticas aplicadas, no tienen concepto alguno de lo qué la ciencia es. El médico mide la temperatura, la presión arterial, los coeficientes respiratorios; hay una energética fisiológica, una química de nutrición, un ensayo de una química de la infección y de la inmunidad; hay un bosquejo de una electrotecnia del sistema nervioso... es indiscutible. Pero lo que el médico mide es todavía insignificante; islotes cuantitativos en medio del

mar cualitativo, es decir, en medio de lo que aun está lejos de ser ciencia. El médico, habitualmente, nada en pleno azar; No le culpéis; el organismo humano es mucho más complicado y misterioso que el firmamento; por eso la astronomía es más perfecta que la fisiología, y más pobre. En lo perfecto hay siempre un fondo limitado y simple. No culpéis tampoco al médico de su anómala suficiencia; la sugestión es una terapéutica apreciable, y esa piadosa farsa sacerdotal le permite consolar y aliviar al que sufre.

¿Debemos vacunarnos? He aquí, a mi entender, una cuestión de pura simpatía. Para fijar científicamente el valor de la vacuna sería necesaria una estadística quimérica por lo enorme. ¿Y cómo separar de la influencia vaccínica la de los factores higiénicos? Si pretendiéramos conocer los efectos a largo plazo, en lo que respecta a inferiorización del terreno fisiológico, la estadística—mejor dicho el censo—llegaría a lo descomunal. Apenas el milésimo de los datos posibles obra en nuestras manos. Lo positivo es que también los vacunados se enferman de viruela y mueren. Sin embargo la vacuna quizás sea útil. No nos está prohibido creer en ella; lo que nos está prohibido es creer en ella de una manera científica. Se trata de una creencia religiosa. Esta pseudo-verdad ha durado un siglo. Es bastante vida para un dogma tan menudo. Aunque fuera verdad debe eclipsarse. Sería una verdad mal comprendida, aislada de la investigación corriente, tal vez por no haberse obte-

nido hasta la fecha el microbio variólico, una verdad estéril por haber sido descubiertá sin motivos y aceptada sin esfuerzo, una verdad desacreditada por su triunfo y que, si vale la pena, volveremos a descubrir más tarde.

En la legítima contienda entre vacunistas y antivacunistas, de la cual hemos de felicitarnos—la unanimidad, ha dicho Gourmont, es una cosa triste—los antivacunistas me inspiran confianza porque son pocos. Las certidumbres nuevas, como el sol naciente, brillan en una minoría de cumbres, a veces en una sola. Cuando el buque se acerca a tierra, no es la multitud de a bordo quien la ve primero, sino el vigía solitario en su mástil. Estos herejes de la vacuna son simpáticos. Lo son tanto más, cuanto que se ha deliberado sobre si convenía hacerles callar a la fuerza. Entonces ha parecido evidente que tenían razón.

Ciertos argumentos suyos, no obstante, carecen de solidez. «La vacuna obligatoria, dicen, es un disparate, porque una persona sana no constituye peligro». Pero si la vacuna inmuniza realmente contra la viruela, claro está que los vacunados son menos peligrosos que los no vacunados. No contagian hoy, mas contagiarán mañana. Se aisla a los variolosos, no por los contagios que han producido ya, sino por los que han de producir. El peligro y las medidas para evitarlo, se refieren a un futuro remoto o próximo. Matamos o encarcelamos a los criminales con el fin de que no nos perjudiquen más. El crimen ejecutado no

tiene importancia, puesto que no tiene remedio. La reincidencia presunta es lo que justifica nuestra represión. Los delincuentes son castigados por los delitos que no han cometido, como serían vacunados por la viruela que no habrían nunca de padecer.

La evaluación del peligro público y del derecho que asiste a los gobiernos para vulnerar en beneficio común la libertad individual, depende de mil matices mentales. Supongo que esta época de pesado materialismo — en que el prosaico Samuel Smiles es un apóstol etéreo — atribuye definitiva trascendencia a la salud. Si a la inmensa mayoría de los hombres de nuestro siglo se les ofreciera, con las enfermedades correspondientes, el genio de Lucrecio o de Pascal, lo rechazarían indignados.



LOS MÉDICOS

¿De qué viven los médicos? De los enfermos. El hecho es conocido, pero no solemos sacar sus evidentes consecuencias. Lejos de recompensar a los médicos por la cantidad de salud que gracias a ellos, o a pesar de ellos, pueda haber en el mundo, se les recompensa en razón de la cantidad de enfermedad que revisan. Sumad los dolores, las angustias y las agonías de la carne humana en los países civilizados a lo occidental, y previa una simple proporción, deduciréis lo qué se abona a los médicos. El interés de todo médico es que haya enfermos, cuantos más mejor, como el interés de todo abogado es que haya gentes de mala fe y de mal humor, enredadores, tercos y tramposos. La lealtad de los corazones y el sentimiento de lo justo acabarían con los pleitos. También la higiene privada es para los médicos una epidemia.

Si constituyesen un gremio de moralidad media; si fueran hombres parecidos a los demás, correríamos grave riesgo. Cada cual provoca en el ambiente que le envuelve las transformaciones favorables a su existencia: el comerciante acapara, el periodista inventa, el político intriga, el banquero hace correr noticias, falsas o no, que ayuden a sus planes. Al médico le

conviene que haya enfermos: es extraordinario que no procure producirlos. La medicina, incapaz de curar, no lo es de enfermar. Nada más sencillo que descomponer un aparato, por mucho que ignoremos su mecanismo. Pues bien, mientras los bolsistas urden la miseria y la desesperación de familias inocentes, y los empresarios industriales restablecen sobre la tierra una esclavitud peor que la otra, los médicos, según todas las probabilidades, renuncian al semihomicidio lucrativo. Si empeoran el estado de sus clientes, es — fenómeno curioso — de un modo involuntario.

Les somos, *a priori*, grandemente deudores de que, por lo general, se abstengan de intervenir demasiado en sus asuntos. Les hemos de estar muy agradecidos de que se mantengan en su papel de espectadores a veces poco afortunados. ¿Y quién tiene la culpa de nuestra situación desairada? Nosotros mismos. ¿En virtud de qué razonamiento de topos hemos resuelto pagarles por visita? Ningún técnico es empleado a jornal; se le ajusta el precio de una obra concluída satisfactoriamente, y ¡ay del ingeniero a quien se le cae él viaducto, o del contador a quien no le salen las cuentas! Era de sentido común convenir los honorarios en el caso único de la curación. Un campesino muy avaro tenía a su mujer en cama desde hacía dos meses, y acosado por los vecinos, se decidió a llamar al doctor:

— Que me la cure o que me la mate, le he de pagar peso sobre peso.

La vieja falleció, y a poco, apareció el Galeno a saldar su cuenta.

—¿La mató Vd.?—pregunto el aldeano.

—¡Qué locura! Dios dispuso de lo que era suyo.

—¿La curó Vd.?

—Desgraciadamente, no.

—Pues entonces, no le debo nada.

———

Una medida de pública defensa sería publicar al lado de cada defunción acaecida en el día, el nombre del médico. Se cuenta que uno de los judíos más ricos del mercado francés comenzó a poner en práctica esta idea, utilizando la cuarta plana de un pequeño diario que arrendó no se sabe dónde, cuando no poseía un centavo aún. Chantage tan ingenuo fué la base de su fortuna. La verdad es que se abre sumario ante una desgracia por imprudencia, ante un accidente casual, y no se alude siquiera al único directamente complicado en esas muertes que con deliciosa ironía denominamos *naturales*. El diploma es el salvo-conducto del asesinato.

La objeción capital al control consiste en que la ciencia es impotente para establecerlo. Ninguna persona medianamente ilustrada o que haya visto de cerca trabajar a los médicos, se hará ilusiones sobre los vagos recursos del azaroso arte de sanar. Un resfrío, media docena de granos, una jaqueca, he aquí problemas terribles. Oímos sin extrañarnos, que a los mejores facultativos se les mueren seguidos los en-

fermos, y que principiantes salvan a moribundos desahuciados por eminencias. No pasa mes sin que se renueven las teorías en curso. Los sistemas menos razonables encuentran éxito. Ignorantes iluminados enarbolan procedimientos estrafalarios. reunen millares de dolientes y hasta los curan. Lo más conveniente para los enfermos que quieran gastar una cierta suma en la experiencia, es recorrer los consultorios, apuntar lo ocurrido en cada uno y comparar las anotaciones. Quién, ante el estado rudimentario de la fisiología y de la terapéutica, tiene derecho de acusar a un médico por torpe o criminal?

¿Será prudente adquirir en unas cuantas semanas las escasas nociones reconocidamente útiles que arroja la medicina moderna, y no acudir jamás a los médicos? Esto sería quizá lógico, pero, indudablemente, poco humano. Necesitamos la fe. Siempre, el que viene a tocar las llagas es el santo milagroso. Siempre se escuchan las palabras de consuelo. Si el médico no fuera sino un sabio, estaría perdido. Es un mago, un sacerdote. Trae los sacramentos en las botellas y frascos donde los boticarios sin conciencia vierten sus innumerables porquerías. El médico es el enviado de la providencia. Su funcíôn es sobre todo religiosa.

La medicina, en su acción social, tan diferente de la quirúrgica, se aparta de la ciencia y seguirá apartándose mucho tiempo. Durante mucho tiempo, los discípulos de Pasteur, que no era médico, lucharán en la soledad del laboratorio, antes que desaparezcan los

actuales curanderos perfeccionados y sugestionadores a la moda. Y aquellos fanáticos de la certidumbre que se acercan a los lechos de los hospitales, no llevan la piedad en la boca y la indecisión en el alma, sino la fiera curiosidad en los ojos y la muerte en las manos. Van a violar el enigma, a sacrificar a sabiendas un cuerpo dolorido, para ensayar la nueva hipótesis, la nueva sustancia. Delincuentes sublimes, roban la vida presente, como el amor, para cimentar la vida futura.



EXÁMENES

Es cosa de preguntarse si *los señores del tribunal,* según la frase clásica, toman en serio su papel, y pretenden quedar enterados, al cabo de un cuarto de hora, de lo qué un alumno recuerda y comprende. He aquí un pobre niño que comparece como un reo ante el aparato risible para nosotros, pero imponente para él, de todas las justicias terrestres y divinas: tres magistrados, o más, a cuyos rostros se pega la severidad de lo omnipotente y de lo infalible, y de quien depende la muerte o la vida, porque un año es un buen pedazo de nuestra existencia. El delito de asistir a los absurdos establecimientos de la enseñanza burocrática merece la penitencia del banquillo fatal, pero no es ese muchacho asustado el que debe sufrirla. Ahí está, torturando su memoria, implorando la amabilidad del azar. Oh! no se dirigirán a su inteligencia, a su imaginación, a sus ideas felices ante una cuestión práctica, natural, humana, que pida la elasticidad y no la inercia de su espíritu, no. Le exigirán la innoble faena de desembuchar, si la suerte le ayuda y el terror no le paraliza, algo de los millares de palabras sin sentido que devoró durante las últimas noches en vela, espoleado por la prueba próxima; le exigirán un cere-

bro bastante blando, bastante pasivo, bastante resignado para que los tipos de imprenta, al modo del hierro candente en el anca de la res, hayan dejado auténtica la marca del dueño; le exigirán que sea fonógrafo, y si funciona bien, *los señores del tribunal* firmarán que el fonógrafo sabe matemáticas, historia, química, literatura.

Farsa curiosa! Si a alguien le interesara sinceramente conocer hasta qué punto el alumno se ha incrustado el libro de texto, se acudiría al maestro encargado de la incrustación, el cual, en un largo curso de nueve o diez meses, puede mejor que nadie reunir los datos *ad-hoc*. Mas qué importa la cantidad de letras que el paciente engulla o no engulla? Quién cree formalmente que en nuestros colegios se aprende algo? Quizá se aprende a ser profesor. Para el que conserva los sagrados principios administrativos, el colegio es una oficina donde se asciende. Para el que aspira a volver a la Naturaleza, a la realidad de que le ha separado el sucio charco de tinta, el almacén de signos muertos que los dómines amontonan; para el que busca las fuentes fecundas del mundo y de su propia conciencia, lo urgente es raspar la tiña contagiada en los bancos de escuela, olvida los libracos *elementales*, pedantes y embusteros como ellos solos, enderezar la razón enviciada, sometida a una docilidad ignominiosa, cauterizar las llagas de pereza y deshonestidad intelectual adquiridas en clase, galvanizar la médula yerta y erguir el espinazo, resucitar la admiración y la curiosidad aletargadas al canturreo de las lecciones. Úni-

camente a contar del instante en que intentamos destruir la obra de la instrucción oficial, estamos seguros de aprovechar el tiempo.

Ahora, si se empeñan en perpetuar los dichosos exámenes, por qué no encomendar a algunos hombres inteligentes el cuidado de proporcionarnos un breve diagnóstico psicológico? Levantar un acta, provisoria y somera sin duda, del carácter del niño, es mucho más útil que ocuparse de los ficticios resultados de una cultura académica perniciosa. Extracto del *Journal des Economistes* un ejemplo de sensatez: se trata del concurso de entrada en la escuela inglesa de los *Naval Cadets*. Hay un comité de interview compuesto de cuatro oficiales, que en un aposento aislado charlan sin ceremonia con el rapaz, haciéndolo reir para que se muestre desahogadamente tal cual es. Todo consiste en una conversación hábil que delate un entendimiento alerta y observador, una madera que promete. Se ha interrogado á los futuros marinos sobre el color de los cangrejos vivos y sobre si las vacas tienen los cuernos delante o detrás de las orejas. Los catedráticos a patrón se burlarán de tal sistema; es probable que ellos mismos no acertarían a contestar.

Sin embargo, la salvación está en suprimir los exámenes, continuando después en la tarea de airear y desinfectar los cuarteles donde se mistifica y se corrompe a nuestros hijos. Hay que abrir todas las ventanas à la luz, al amor, a la verdad, a la alegría. Hay que arrancar las almas inocentes al odioso formulismo escribanesco. Hay que unir los libros a las cosas. Edu-

carse es prepararse a la vida, y la vida ha cambiado. No es ya el latín y el griego la clave del saber. No nos atañen ya la teología ni la heráldica. Lo que nos preocupa existe de veras, nos acecha y nos amenaza; nuestro destino es luchar con obstáculos reales y con fuerzas sin piedad, no con sombras y leyendas. Por eso la ciencia que no está más que en el papel es mentira y es maldad, y nuestro deber, si no consiguiéramos mantener la ciencia en contacto y en fusión constantes con el Universo, sería aniquilarla.

Lippmann, el célebre descubridor de la fotografía de los colores, ha hablado con su inmensa autoridad en el «Congreso para el adelanto de las ciencias» celebrado en Lyon hace poco. Ha protestado furiosamente contra los concursos, los textos, los programas, los exámenes. El asunto de su discurso era «Las relaciones entre la ciencia y la industria». En terreno tan de su competencia demostró el insigne físico que la instrucción pública francesa (modelo de la española y sudamericana) está fundada en conceptos chinos. El Estado es un perfecto mandarinato. Todo arranque individual sucumbe bajo la red terrible. Tragar su texto, asegurar su programa, salir de su examen, eso, en su mezquindad estéril, es el fin, el sueño, el ideal de las energías vírgenes de una nación.

Lo divertido es que el método es obligatorio. Como si no fuera el derecho a ignorar igualmente respetable, y tal vez basado en filosofía más sana que el derecho a instruirse, todavía se impone a lo delicado y puro de nuestro ser un procedimiento degradante. Y

pensar que la solicitud lamentable de los gobiernos se despliega en un planeta donde las tres cuartas partes de la humanidad están condenadas á una miseria espantosa, y donde diariamente centenares de personas perecen de hambre y desesperación!



LA VIOLENCIA

Es natural a los jóvenes despreciar la muerte. Despreciar la muerte es despreciar la vida, y la vida de un joven es bagaje ligero. Cuando no hay un pasado sobre nuestros hombros, saltamos alegremente los precipicios. Edad embriagada en que medimos el mundo con nuestros sueños, y nos agitamos en la ilusión de acelerar el ritmo de las cosas y creemos que sólo es bello lo trágico, y sólo fecunda la lluvia de tempestad.

Más tarde nos reconciliamos con lo que dura, y nos reímos de nuestras pequeñas explosiones. Cierto que se encuentran hombres violentos hasta en la vejez; son precisamente los que hasta la vejez han sido inútiles y fastidiosos. Hay muchas maneras de no existir; una de ellas es el desorden. Violencia es desorden. Bonaparte: ejemplo de cómo una energía colosal puede volverse estéril. Los ciclones humanos se parecen a los de la naturaleza. Sus cataclismos son aparentes, sus ruinas apenas ruinas. Su violencia fútil es impotente contra la primavera, porque deja intactas las raíces de la realidad. Sus iras son vanas; sus armas de cartón pintado. Un Watt es el destino presente y en perpetua obra; un Bonaparte es el espectáculo;

caído el telón, las gentes reanudan sus habituales tareas.

Lo verdadero se enlaza y consolida con lo verdadero, y lo falso con lo falso. La violencia, que es falsedad, nace fácilmente de los prejuicios y de las aberraciones sociales. Así el honor caballeresco exige la violencia. ¿No es absurdo hasta lo grotesco que dos personajes reputados por sus méritos, como ha ocurrido ahora en Buenos Aires, presenten cada uno su vientre al pincho del otro? Este caso aparecerá ridículo en Inglaterra, donde se respeta la salud de los ciudadados que sirven, y sublime en España, patria del honor caballeresco, y país poco creador y muy alejado de las corrientes modernas. Mas para hallar un pueblo que con burlona serenidad juzgara dignamente nuestras costumbres, sería preciso retroceder veintitrés siglos, y apelar á aquella Atenas por cuyas calles se paseaba el filósofo que, golpeado en la cara, se había contentado con poner debajo de la herida este letrero: «Fulano es el autor».

La violencia está tan incrustada aún en nuestros espíritus, que no nos extraña verla permitida y casi recomendada en el código. Al lado del razonable permiso de defendernos con la fuerza de los ataques de la fuerza, está el salvaje permiso de matar a nuestra esposa. No pudiendo enviar los padrinos a la que nos ha inferido una ofensa casi siempre merecida, prescindimos de formalidades y la asesinamos si queremos. El escarnio público se convertirá en admira-

ción. Muchos maridos aprietan el gatillo del revólver por « quedar bien ».

¿Y el enternecimiento de los tribunales cuando se trata de crímenes de pasión? Los celos, la venganza inmediata, la ira, la lujuria, todo lo que destruye nuestra frágil civilización y nos confunde con las bestias feroces, la violencia en fin, conmueven dulcemente a los señores del jurado. ¡Deben sentirse ellos mismos tan próximos a las bestias! En cambio serán implacables con los delitos complicados, ingeniosos y fríos, donde resplandecen el valor reposado y la inteligencia. Gracias a lo obtuso de las sentencias, aniquilarán organismos todavía aprovechables, y nos pondrán a la constante amenaza de los homicidas románticos.



DIARIO DE A BORDO

1.° de Septiembre.— La partida. Día gris. La Asunción agolpa sus escasos madrugadores en los muelles. Un barco que zarpa es un acontecimiento. Hay bajante. Nos llevan en un vaporcito hasta el lugar donde nos aguarda, detenido por los bancos, el vapor de la carrera Y la ciudad palidece y se esfuma y se va poco a poco. Miro las blancas casitas escalonadas, sembradas, diseminadas hacia lo alto, jugando al escondite entre la tupida vegetación, alegremente invasora, obstinada, inextirpable, que hace del Paraguay entero un enmarañado jardín. Casas queridas, que soñáis a la sombra de las palmeras verdes, casi os reconozco una por una! Allá arriba agazapa su mole la iglesia de la Encarnación. Mas acá eleva sus cuatro puntas esbeltas la torre del palacio de gobierno. Y las casas me miran también por los innumerables ojillos negros de sus ventanas. Y todo parece tan reposado desde lejos, tan tranquilo y seguro! Pero yo sé que detrás de esas paredes inmóviles está el dolor. Cada vivienda guarda su secreto, quizás de felicidad efímera, probablemente de larga angustia. Cada nido humano es un turbio remolino en que se hereda y se trasmite la vieja congoja de vivir. Y la Asunción, con su fingido sosiego,

se desvanece, acaso para siempre en mi retina. Y me arrastran río abajo, río abajo...

2 de Septiembre.—Entre mis compañeros de viaje vienen un comandante y cuatro capitanes paraguayos, delegados al centenario de Chile. Son jóvenes muestras de una raza robusta. Sus muslos jinetes hacen crugir la tela nueva de los pantalones algo estrechos. Ahora se usan pantalones estrechos, y no he visto todavía pasar junto a mí una sola pierna rebelde a la moda. Los dioses se disuelven, los reyes sucumben, los pueblos se emancipan, pero los sastres mandan. El anarquista y el clerical usan con la misma docilidad maravillosa pantalones estrechitos, con pliegue medianero y boca tangente al botín... Estos simpáticos militares van muy contentos. La perspectiva no es mala. Solteros la mayoría, no les asusta un mes de fiestas fraternales, banquetes elocuentes y flirts patrióticos. Es colosal lo que se come, se bebe y se... en fin, se flirtea con motivo de las numerosas y sucesivas independencias sudamericanas. Los delegados del Paraguay — varios de ellos educados en Chile — estarán muy apuestos con sus uniforme de corte alemán. Su salud da gozo. Y pienso en los aspectos útiles de la paz armada, de la guerra que consiste en evitar la guerra, de toda esa enorme gimnasia preparatoria de encuentros imposibles. Dentro de poco, el oficio de matar gente será el más higiénico, plácido y protegido... Asimismo vienen a bordo los comisionistas de costumbre, y una remesa de turistas porteños. Esta mañana, durante una escala, se entretuvieron en

pescar. Sacaban pirañas, y no sabían qué hacer con ellas. Desde mi camarote oía yo los coletazos de las víctimas y los acentos aburridos de los sportsmen: Che... hacéle la autopsia... Traé tu cuchillo... mirá el corazón...

4 de Septiembre. — Se habla de Almafuerte en el salón. «Es un loco», dice un señor gordo. Se cuentan anécdotas. Almafuerte, o sea Pedro Palacios, como se le llama en el tomo décimo de la «Antología» de poetas argentinos, donde se le coloca el último, casi de limosna, con dos únicas composiciones, después de Rafael Obligado, Calixto Oyuela y otros genios análogamente aplastantes, fué maestro de campaña casi toda su vida. Sarmiento una vez que cruzó la Pampa le encontró en un pueblecito, le oyó dar una clase de historia y se lo quiso llevar á Buenos Aires. « — No señor! gritó Almafuerte á la oreja del célebre sordo. Yo me quedo en el desierto, y cuando la Pampa se haya poblado, me iré de maestro al Chubut». «Tiene usted razón, contestó Sarmiento. Es usted un apóstol. Siempre que me necesite escríbame». Almafuerte repartía el sueldo entre sus alumnos. Hubo noches que durmió envuelto en la bandera de la municipalidad y en periódicos viejos, para que sus niños no anduvieran descalzos.

— Es un loco! dice un jovencito rubio.

Ahora vive en La Plata, con una exigua jubilación que sigue entregando á lcs pobres. Está solo, reñido con sus parientes, quizá abandonado de sus amigos, si tuvo amigos. No es más que el primer poeta de

América. Nunca llegó a director de escuela por falta de títulos...

A la puerta del camarote, me detiene el mozo: «Señor, yo también conocí á Almafuerte. Le vi quitarle el sable a un vigilante que golpeaba a un peón. No hubo modo de que devolviera el sable... Ah, señor le aseguro que era un loco de verano!

5 de Septiembre.—La dársena de Buenos Aires! Trenes, tranways, elevadores, grúas, barcos de vapor y de vela, de todas nacionalidades y destinos, un vasto hormiguero terrestre y flotante del cual poco resta por decir después de las imágenes de Blasco Ibáñez, que con exquisito gusto, compara los vapores a las reses, y la dársena, a un potrero. Es muy bonito contemplar la madeja de tantos rastros y tantas estelas humanas, a condición de no fijarse mucho tiempo en una. Descubriríamos pronto que todos los buques acaban por fondear en el puerto del Silencio, y que todos los caminos se pierden en las riberas de la Noche.



CARTA DE UN VIAJERO

A bordo del « Asunción », Septiembre 1910.

Sentí dejar el Paraguay sin haber podido asistir a las fiestas en homenaje de Alberdi, ni podido leer siquiera los discursos pronunciados, salvo el de Juan O'Leary. El gobernador de Formosa, don Francisco Cruz, es nuestro compañero de viaje, y esta circunstancia me resarce un poco; me doy el gusto de escuchar mil anécdotas relativas al gran pensador americano. Es sabido, en efecto, que el señor Cruz, sobrino de Alberdi, guarda el archivo de su correspondencia, y varias reliquias de otro orden; ha editado sus obras póstumas; ha hecho enviar al Paraguay un busto de mucho mérito artístico, y que al parecer no ha llegado todavía; ha defendido en todo momento la memoria del glorioso calumniado, y creo que el señor Cruz, que sabe escribir, está en la obligación de publicar la biografía completa de su tío.

Un señor Carranza, director del Museo Histórico Nacional, rechazó el retrato y el uniforme de Alberdi. Son objetos que habrían deshonrado la colección. De acuerdo con tan exquisito criterio, *La Nación* de Buenos Aires se niega a considerar satisfactorio el na-

cimiento del «doctor», como le llama despreciativamente, y para justificar la censura al homenaje inserta en sus columnas la siguiente carta:

«Me interesa que el señor mariscal López conozca todo esto por intermedio de usted, que es testigo inmediato de todo ello.

Mi interés en esto, como en mis escritos, no es personal, ni privado. Se refiere del todo a la política venidera de nuestros dos países y a sus conveniencias mutuas y solidarias. Tenga usted la bondad de repetirle lo que tantas veces he dicho a usted y al señor Barreiro. Yo no quiero ni espero del señor mariscal López empleos públicos, ni dinero, ni condecoraciones, ni subscripciones de libros. Todo lo que yo quiero me lo ha dado ya en parte: es hacer pedazos, con su grande y heroica resistencia, el orden de cosas que formaba la ruina de mi propio país; y para lo venidero, todo lo que quiero de él es que abrace una política tendiente á buscar en una liga estrecha con el nuevo orden de cosas que represente los verdaderos intereses argentinos, la seguridad y garantía respectiva de los dos países, contra las ambiciones tradicionales del Brasil y Buenos Aires, respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo.

Créame, entre tanto, su afmo. amigo, etc.»

(Carta del doctor Juan Bautista Alberdi al capitán D. Gazcón Benítez, fechada el 28 de Junio de 1868, y publicada en *El Censor* del 13 de Enero de 1886).

¿Comprendéis? Para una buena parte de la prensa y del público argentinos, Alberdi, cerca de cuarenta

años después de su muerte, sigue siendo el «traidor». Por lo demás, un genio universal, es decir, un intruso en lo eterno y en lo infinito, es traidor siempre a su patria y a su época. Es antipático a los que no tienen fuerzas para acompañarle al otro lado de las cordilleras del tiempo y del espacio. Es impopular, puesto que no es local. Es extranjero. Nunca se le perdonará a Juan Bautista Alberdi el crimen de no haber sido criollo, de no haber olido a gaucho, como en ciertas ocasiones olía el mismo Sarmiento. Alberdi en la Argentina recuerda a Pí y Margall en España. Ambos antepusieron la verdad a las manías atávicas de sus compatriotas. Ambos añaden a la gloria de ser admirados por el mundo, la gloria mejor de merecer la ingratitud de su tierra nativa.

Pero no le bastaba á la sesuda *Nación* resucitar los odios contra el traidor abominable que se atrevía a no regocijarse con el exterminio de un pueblo indefenso. Era urgente oponer a la siniestra figura de Alberdi una figura luminosa, pura, santa, decorada de la noble aureola militar y cívica. Frente al hombre malo, el hombre bueno, como en los cuadros murales de las escuelas primarias. Frente a Caín, Abel. Frente al « doctor » Alberdi, el general Mitre. Mitre es la espada y la pluma, el cerebro y el brazo, y además la honradez resplandeciente. Es el papá de la Argentina; sin él jamás hubiera brotado el trigo ni parido las vacas. *La Nación*, pues, con las inextinguibles cartas del archivo del general, publica algunos artículos del mismo sobre la guerra del Paraguay

y sus consecuencias políticas. Hay uno, de 5 de Noviembre de 1880 titulado «Los derechos de la victoria», de ese género de bufonería abstracta, accesible a los que tenemos el feliz o maldito hábito de vivir las ideas. Prefiero a cualquier sainete el espectáculo del excelente general Mitre, en sus tentativas desesperadas para pensar. Su tesis es que la victoria da derechos. Al más tonto se le ocurre que si ningún escrúpulo legítimo debe detener al vencedor, sólo por serlo, y la victoria da el derecho, es que no le había antes de emprender la guerra, y por lo tanto se trata de una guerra inicua. Mitre no ve el sofisma. Dios no concedió a este honesto soldado el ingenio filosófico. Recorred sus obras literarias; son un desierto espiritual y una metrópoli de lugares comunes. Lo que dijo Velez del libro sobre Belgrano: «historia de un sonso contada por otro sonso», es certero en su dureza. Se consultará a Mitre por su documentación; era un estimable encuadernador de papeles viejos. Se evitarán cuidadosamente sus producciones «originales». ¡Noble Alberdi! ¡Qué gallos echan a reñir con los tuyos! Pero el futuro te vengará. El que osó en la portada de la traducción de la «Divina Comedia» enlazar su perfil al de Dante por una misma rama de laurel, será pronto alejado de tu sagrada tumba.



DIARIO DE A BORDO

« 12 de Setiembre ». Un enjambre de cómicos y cantantes viene en el buque, gozando el « rompan filas » de los fines de contratos porteños. Las primeras partes van en primera. De smoking ellos, descotadas ellas, se dignan hacer, después de cenar, música de salón. Los de menor cuantía van en segunda. Son mucho más pintorescos. Se desabrochan para digerir, y la sinceridad no les parece de mal gusto. Hay españoles dedicados a la zarzuela, nerviosos, lívidos, encanijados, afeitados de cerca y siempre en movimiento. Hay también italianos esencialmente líricos, con las crines al aire y el pecho redondo. Esta gente no puede caminar sin danzar, hablar sin cantar, vivir sin declamar. Cuando están solos tararean, silban, gesticulan. Cuando se encuentran gritan al poco rato. Si se reunen cuatro ó seis es preciso huir. No dejan la escena, y como su juego corresponde á las largas distancias de la cazuela y del paraíso, y aquí estamos todos a boca de jarro, el espectador asiste a una representación gratuita que le produce un sobresalto incesante. ¡ Actividad innocua, alegría triste ! El actor superior, el que posee sus papeles, se halla a sí mismo al abandonar su disfraz, pero el actor mediocre, el que es

poseído por las fútiles figuras que le son impuestas, se pierde a sí propio y jamás se recobra. Es un montón de ecos, un guardarropa vivo, un pelele hecho de retazos. Gastado, pulido por la histérica labor nocturna, rueda de aquí para allí, zumbón y huero. Le faltan energías para detener sus resortes temblones, para estarse quieto y callar. Es incontinenti como esos grifos usados que gotean mientras hay agua. Y escucho con melancolía el incoercible alborotar de los comiquillos, y pienso en los viejos fonógrafos, por cuyas bocinas abolladas pasa todavía el regocijo de cien públicos imbéciles.

«16 de Septiembre».—Hace dos noches que la estrella polar ha salido de los mares. El calor sofoca. Los pasajeros se bañan, sudan, vuelven a bañarse, sudan de nuevo, beben líquidos helados, sudan otra vez, y tornan a beber y a sudar. En las cabinas es cosa de perecer asfixiado. Una señora gorda se desmaya.

En tercera clase venía un obrero italiano, tísico, el cual, con el último deseo de ver a su familia, consiguió embarcarse gracias a los buenos oficios del cónsul de Buenos Aires. Ayer murió. Liaron sus huesecillos entre dos colchones, ataron bien el paquete, le pusieron un lastre de hierro y lo largaron a la media noche, en la pálida estela del vapor. Aquello fué tragado silenciosamente por la sombra infinita. ¡Qué sencillo es desaparecer!

Al caer la tarde, llegamos á Cabo Verde. Islas cenicientas, escarpadas, peladas, calcinadas por el sol africano y corroídas por el mar. Son al parecer inha-

bitables. Sin embargo, bajo la férula de un puñado de portugueses, los negros sacan algo de esa tierra feroz: batata, mandioca, maíz. Apenas fondeado el buque, acuden botes con negritos desnudos que, según la costumbre clásica, se zambullen tras las monedas que les arrojan. Están escuálidos. Tienen caras de monos hambrientos. Veo que desde la borda se les lanza colillas encendidas. Hay que divertirse. Otros negros atracan las barcazas de carbón, cargan las bolsas, se esfuman en la negra polvareda que respiran, se confunden con el negro tierno donde gusanean. Y el aire arde como el de un horno. Otros suben a bordo, a ofrecernos abalorios de coral, de hueso, de escamas. Empiezan exigiendo seis liras. Luego rebajan a cuatro, a dos, a una, a media, y acaban solicitando un cigarro un pedazo de pan. Les pregunto por qué no echan a los blancos de las islas. No me comprenden. Les hablo de Johnson, el invencible boxeador negro, y entonces se ríen, y brillan sus ávidos dientes de oreja a oreja.

Jóvenes audaces, compañeros de travesía, bajaron al puerto. Me habían dado a entender que la abstinencia del viaje les pesaba. Regresaron contentos e indignados. Contentos, porque varias negras, por dos francos cada una y en un idioma confuso, les habían dicho que eran hermosos. Indignados porque viejas con niños a cuestas le habían pedido limosna para comer, y chiquillas de siete años, a cambio de unos centésimos, cederles querían sus frágiles vicios. Yo les consolé como pude; les expliqué que estos fenómenos, en el fondo, son « el amor que pasa »...

SOBRE EL ATLANTICO

C'étaient les eaux, et les eaux, et les eaux. —*(Jammes).*

Las aguas parecen sin fin, como si no hubiese ya tierras, y nuestro mundo fuera una inmensa gota, una sola y redonda lágrima azul, cayendo en el éter. ¡Oh, este azul! Es un azul obscuro, denso, traslúcido, un azul de zafiro, en cuyo seno, bajo las alas de la noche, despiertan fulgores de fósforo. ¿Dónde la espuma sería más blanca que sobre el azul, a veces laminado y bruñido como un metal, a veces laqueado de negro, el azul atlántico que me llena la vista y el alma? Espuma rodante, sonora, cabellera de nieve salvaje, penacho que se alza y se anega y se levanta nuevamente y se encabrita en cada cresta del innumerable y paralelo ejército de olas. Espuma,—surtidor, torrente, cascada—que en lo cóncavo de la onda teje anchos exágonos irregulares cuyas cintas tiemblan como sobre una piel, o que adelgaza sus filamentos lívidos en un encaje de sutileza infinitesimal, o se desvanece en verde bruma submarina, o se curva en gasa que se deshace al viento, o se retuerce en largas volutas de humo líquido, o finge, a los oblicuos rayos del sol, la red de púrpura que inyectara el ojo enorme de un

monstruo... Espuma blanca sobre el mar azul, emulsión hirviente de agua y aire... Sí; aire, agua, nada más: lo que cede y se desliza y huye y, por lo mismo, rodea y devora y disuelve. Agua y aire, lo que carece de cohesión y de forma... y por lo mismo, revela su inflexible geometría en el arco fatal del horizonte...

Aguas del mar, estremecidas y desnudas, sangre purísima del universo, linfa madre, plasma sagrado del cual llevamos todos, para poder vivir, una provisión en las venas! Tu sal se seca en mis labios, y saboreo tu sublime amargura. Acaso a una legua bajo la quilla del buque yacen las ruinas de un continente que recuerdan los hombres—y acaso cien otras bajo ellas—pero en tus entrañas surgen continuamente las Venus primordiales: seres blandos y errabundos, tentáculos ciegos, larvas glaucas, pulpa ancestral que se ha vuelto transparente y flota invisible, bosques sumergidos, infinitas lianas de un ámbar sin flor, y también el semillero de la fauna microscópica, polen oceánico que en vastas estelas arde bajo el firmamento de los trópicos. Y quizá, en una hora tibia, oh mar venerable!—engendras aún, como en las épocas geológicas, el misterio de los misterios, las células matrices de la vida virgen...

¿Aún?... Nada hay ilimitado ni eterno. El mar envejece. Su aliento se pierde en los espacios siderales. Su agua, cristalina limpieza entregada a los cielos, le es devuelta avaramente por los ríos, turbia y sucia, cargada de todos los despojos y secreciones y deyecciones de la tierra. Y con el transcurso de

los tiempos, el mar se torna más acre, más espeso, más bajo, más árido. Nosotros los siempre más ágiles, los usurpadores del destino, corremos hoy sobre las aguas, cortándolas al doble tajar de nuestras hélices, porque supimos aprisionar el fuego, y el fuego, como nos anunció Esquilo, es el maestro que nos lo ha enseñado todo, todo!—hasta fabricar lo álgido y helar el aire. ¿Qué importa que se apaguen los astros, si se encienden otros en nuestros cerebros? Y todavía mañana, cuando el mar haya cuajado en un témpano único sus sueños estériles, volarán nuestras máquinas sobre él, dejando en las tinieblas un rastro de chispas.



SUICIDIOS

Hasta cuarenta y cuatro suicidios diarios, según nos cuentan, suelen celebrarse actualmente en Nueva York.

A primera vista parecen muchos. Y sin embargo, cuarenta y cuatro inútiles, absolutamente inútiles para la raza y para el pensamiento, suprimibles, sobrantes, suicidables, son pocos en semejante población. Pero por desdicha la lógica falla. Los inútiles no se suicidan; los útiles sí.

Es que la lógica no produce las cosas; se limita a iluminarlas vagamente, débil y vacilante linterna con que cruzamos la tempestad y la noche. La lógica no engendra los seres, ni los anima, ni los mata. Por eso, llamar a la muerte rara vez será un acto lógico. En cambio, es un certificado de energía, un espasmo original y fulminante; el acto de más graves consecuencias personales que podamos intentar sobre la tierra; el acto supremo después de nacer. Someter a la voluntad, aunque parcialmente, el desenlace universal y negro de la vida, será siempre grandioso; no es un inútil el que se suicida, sino un sacrificado, una fuerza aplastada contra los infames y estúpidos obstáculos de la sociedad moderna.

Los inútiles, los que deben marcharse, se quedan, y se quedan en el mismo sitio. Se sienten abrigados por la desesperación de los que luchan. Los que no sirven para nada duran más que las piedras. Se resisten, con razón, a morir, a cerrar el libro en blanco de su vacía existencia. Para los que trabajan, morir es descansar; para los otros, morir es incomprensible, es el horror de lo desconocido. El egoísta se cree con derecho á la inmortalidad; acabarse él es acabarse el mundo. El que ha sembrado, el que ha abierto sus venas como fuentes y su cráneo como un fruto maduro para que el transeunte beba y coma, no se asombra de que se agoten las riquezas y el sacrificio concluya. Y el crepúsculo no es el fin del mundo, sino ráfaga de frescura y de paz.

Compadezcamos a los cuarenta y cuatro infelices, que en el dilema de dos heroísmos, matarse o vivir, prefirieron matarse. Mientras los degenerados bajo fanal de oro; — ¡oh, cancerosos, diabéticos, reblandecidos, que compráis con la fortuna el placer de prolongar vuestra miseria hasta el último minuto, y pedís aún a la inyección y a las inhalaciones, diez segundos más de inutilidad y de cobardía! — mientras los espectros fuertes donde el movimiento colectivo se amortigua y embota subsisten cueste lo que cueste, hombres jóvenes y sanos — algunos habrá entre los cuarenta y cuatro — dejan caer su sangre roja en la arena del desierto. Vuelven contra sí el esfuerzo que nadie quiso aprovechar; y ya que no se le permite destruir el mal, como era su natural destino, se destruyen a

sí propios, convencidos de que el mal está en ellos. Y el mal no está en ellos, sino en Nueva York. Qué pequeña ciudad! Qué raquítica ciudad de no sé cuántos millones esa en que se matan cuarenta y cuatro ciudadanos en veinticuatro horas! Compadezcámosla a ella sobre todo.



EL TRABAJO

Leo con melancolía las experiencias virgilianas que ha hecho Gastón Bonnier sobre la división del trabajo entre las abejas. Aun quedaba algo que admirar después de Lubbock y de Maeterlinck, en el mundo alado de las infatigables dispensadoras de miel.

El sabio patriarcal y sonriente ha espiado, durante todo un estío, con plácida paciencia, las idas y venidas y paradas y vueltas y visitas misteriosas de las abejas a las flores. Ha descubierto, señalando el rostro estremecido de los insectos con ligeras pulverizaciones coloreadas, que cada uno de ellos se consagra a una sola faena, recoger néctar, polen, propiolis o agua, y dentro de un área fija, exactamente lo mismo que si cumpliera una orden detallada y rigurosa. La disciplina feliz que de la colmena hace un prodigio, se extiende por los campos. Las obreras lo son más que nunca cuando parecen vagar en torno de los cálices. Más que nunca, al azar de las brisas y en la indolencia de las horas de sol, vigila y obra el genio extraordinario de la especie.

Las abejas trabajan, y las hormigas, y los pájaros, y los hombres. Trabajar es esparcir la vida por otro procedimiento que el de la generación. Lo que cons-

truímos vive en nuestras manos, prolonga nuestra carne. El nido del ave no se diferencia esencialmente de la concha del molusco, ni son los instrumentos de acero con que ensanchamos nuestro dominio terrestre de naturaleza extraña a nuestros dientes y nuestras uñas. Trabajar es ramificarnos, completar la multitud agitada de nuestras formas. Y nuestro trabajo, misión tan augusta como la del amor y la de la muerte es triste. *Ellos*, los animales, los seguros, los infalibles, tienen el trabajo alegre...

Mirad el frenesí rutilante de la abeja, la tenacidad silenciosa de la hormiga. Su obra las absorbe en permanente vértigo; embriagadas, por ella sacrifican la existencia, se privan del sexo y transforman la arquitectura de su organismo. Qué certidumbre radiante nace en sus entrañas? Se abandonan en común a una sagrada fatalidad, sólo comparable entre nosotros al destino de los héroes de la pasión y de las creaciones intelectuales. En el hormiguero y en la colmena todos los individuos palpitan bajo la inspiración inflexible de los Romeo y de los Newton. En nuestra ciudad, el trabajo no es inspiración, sino castigo. Los inspirados son excepciones monstruosas; los demás trabajan empujados por el más rudimentario de los instintos, el hambre, por el más miope, corto, raquítico de los deseos, el oro.

Somos topos cegados por el tabique de tierra. No vemos el cielo, lo inmenso de los horizontes. El austero viento de alta mar no llega hasta nosotros. Perecemos velozmente, agarrados a nuestro montón de

miseria, sin sentir, sin comprender, sin sospechar nada. Trabajamos sin adivinar la grandeza de nuestra labor. En medio de un paisaje sublime, y en marcha hacia la profundidad divina de las cosas, caminamos tristemente, con los ojos vendados. Nuestro trabajo es triste...

Y sin embargo no envidiamos a las abejas. Son alegres, porque han alcanzado su figura definitiva. Las colmenas no se fabricarán jamás de otro modo, ni cabe mudanza alguna ni progreso en el mundo alado de las dispensadoras de miel. Son perfectas, sí, mas la perfección es un mal sin remedio, porque es un límite. El mal es lo inmóvil, y los siglos dejan inmóviles a las abejas, a las perfectas. Nosotros los tristes porque no somos perfectos, avanzamos buscando la perfección, y el tiempo no pasa en vano para nosotros. Para nosotros respira la esperanza, puesto que sufrimos y estamos tristes...



MI DEUDA

Por la primera vez, después de año y medio que charlo casi diariamente con los lectores de *La Razón*, tengo que referirme a mi persona. Tengo que hablar de mí, porque tengo que hablar de otros que de mí se ocuparon, y a los cuales me obliga una deuda de profunda gratitud. En esta hora de excepcional franqueza, he de confesar que no soy agradecido. Olvido en seguida el bien que se me hace; sírvame de excusa, que también olvido en seguida el mal que me causan, y el mal y el bien que causo yo. No comprendo el reconocimiento obligatorio. No comprendo la venganza. No comprendo la recompensa ni la expiación, el cielo ni el infierno. Creer que somos responsables de todo lo que ejecutamos me parece demasiado pretencioso. Somos los últimos anillos de una larga cadena que se pierde en la sombra. ¿A qué abrumar nuestro pobre espíritu con la imagen del pasado, como si no fuera bastante carga el solo hecho de existir? Y me despierto cada mañana con la ilusión y el afán de poseer un alma nueva, iluminada por la aurora de un sol recién lanzado a la inmensidad...

No soy agradecido, y sin embargo mi corazón reclama que le alivie del dulce peso de su gratitud

presente. Es que durante meses y meses he tenido algo que agradecer, minuto por minuto, a las mismas manos generosas. ¿Cómo olvidar la caricia continua de los que me han consolado y cuidado desde lejos? Yo llegué a vuestras playas indigente, desterrado, enfermo y desconocido. Circunstancias políticas que no hay para qué mencionar me incomunicaban con mi mujer y con mi hijo. Blixén, sin noticias apenas de quién era yo, me abrió las columnas de su diario, y pude ganar mi pan como de costumbre. Escribía en la cama. Y he aquí que vinieron a mi cabecera hombres buenos que yo no había visto nunca, Frugoni, Peyrot, J. B. Medina, después de algunos de aquellos muchachos de la primitiva *Bohemia;* vinieron, y con una piedad ingeniosa se disfrazaron de admiradores, apartaron de mi frente la garra de la intrusa, despertaron el orgullo de mi inteligencia para injertar en él la salud de mi carne, me obligaron a renunciar a la muerte y a confiar en la vida. Los extraños de ayer se convirtieron de pronto en los hermanos de siempre, y cuando se me permitió volver a mi hogar, y abandoné Montevideo, me sentí otra vez desterrado...

Pero los hombres buenos no querían que yo estuviera desterrado, y su solicitud invisible me ha seguido hasta mi rincón. Esta hoja ensanchó para mí su noble hospitalidad. Las manos buenas continuaron curándome y protegiéndome. ¡Vivo aún! Vosotros hicisteis el milagro. Y como halago supremo, Peyrot y sus amigos me dan ahora la alegría de ver en volumen una parte de mi obra literaria. Jamás imaginé

que me quedaba tiempo sobre la tierra para gozar el alba de la notoriedad...

Montevideo .. ¿He soñado? ¿Fueron los azares de la fortuna los que me empujaron hacia los hombres buenos? ¿Sois todos así? ¿Oculta Montevideo, como las demás ciudades, un fondo de injusticia, un subsuelo empapado de sangre y lágrimas? ¿No oculto yo asimismo, como la mayoría de los hombres, un fondo de egoísta que habríais quizá descubierto y condenado, si me hubierais examinado detenidamente? Ah! no apaguemos en nosotros el reflejo tenue del amor. ¿Hay otra luz en el mundo? Esa antorcha vacilante es la única realidad activa. Me amasteis, y fuisteis mejores, y me hicisteis mejor a mí. Estoy menos abatido, soy menos impaciente. Considerad que no tener paciencia es no tener fe, es decir, no tener razón. Una célula es capaz, al cabo de las épocas, de poblar un astro, y un átomo de amor es capaz de hacerlo dichoso. El mal está inmóvil. El bien trabaja. La eternidad le espera. Seamos malos medio siglo, si supimos ser buenos un instante.



ÍNDICE

Obras de

Rafael Barrett

editadas por la casa:

Moralidades actuales

Lo que son los yerbales

El dolor paraguayo

Cuentos breves (del natural)

Mirando vivir

Al margen

Ideas y críticas

OBRAS EDITADAS POR LA CASA

DE

O. M. BERTANI

=Talleres gráficos EL ARTE; Reconquista, 195.— Montevideo=

Autores nacionales:

ARMANDO VASSEUR, Cantos Augurales (poesías). Agotado	$	0 50
» » Cantos del Nuevo Mundo (2.ª edición) . . .	»	0.50
» » A flor de alma » »	»	0.30
M. PEREZ Y CURIS, Rosa Ignea (cuentos), 2.ª edición	»	0 25
» » » Heliotropos (poesías) 2.ª edición.	»	0.40
» » » Alma de Idilio y Rimas Sentimentales. . . .	»	0.50
MANUEL MEDINA BETANCORT, Cuentos al Corazón, 3.ª edición (Ilustraciones de A. Goby)	»	0.40
PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA, Fanfarria de Prejuicios	»	0.50
EMILIO FRUGONI, Los Himnos	»	0.50
» » El Eterno Cantar, 3.ª edición (Ilustración de A. Goby).	»	0.60
ENRIQUE GRUNTZ, En el tálamo del amor (Ilustración de A. Goby).	»	0.60
ISIDRO RODRÍGUEZ MARTIN, Alma trágica	»	0.30
ILLA MORENO, Rubíes y Amatistas (poesías)	»	0.70
EDUARDO GANDOLFO, De Ayer (versos).	»	0.50

ANGEL FALCO Ave Francia (prosa y poesía)	$	0.10
» » Garibaldi (poema)	»	0.25
» » Vida que canta (poesías)	»	0.40
» » Breviario Galante (poesías)	»	0.60
» » El Hombre-Quimera	»	0.30
» » La leyenda del Patriarca	»	0.50
CARLOS ROXLO, El libro de las rimas (en rústica)	»	0.60
» » » » » » » (en tela) buena encuadernación	»	1.00
CÉSAR MIRANDA, Las Leyendas del Alma (agotado)		
JOSE L. GOMENSORO, El país que se ama (cuentos)	»	0.40
DELMIRA AGUSTINI, El Libro Blanco (poesías)	»	0.50
» » Cantos de la mañana	»	0.30
FEDERICO GIRALDI, Mirim (poesias)	»	0.10
ROBERTO DE LAS CARRERAS, Suspiro á una palmera (poema)	»	1.00
ANDRES T. GOMENSORO, Rumbo al Sol	»	0.40
MARÍA MORRISON DE PARKER, El padrino de Cecilia (novela)	»	0.40
S. GARCIA MALLARINI, Apóstoles Rebeldes (novela)	»	0.30
GUZMAN PAPINI, Canto á la Sireneta	»	0.20
JULIO HERRERA Y REISSIG, Los Peregrinos de Piedra (poesías)	»	1.00
MARIA GAUTIER, Apuntes sobre perspectiva	»	0.40
JUAN M.ª OLIVER (hijo), Los Crepúsculos (poesías)	»	0.30
JAVIER DE VIANA, Macachines (Cuentos breves) 3.ª Edición	»	0.50
» » Leña Seca, 3.ª Edición	»	0.50
» » Yuyos	»	0.50
OCTAVIO MORATÓ, Problemas Sociales	»	0.20
OTTO MIGUEL CIONE, Lauracha (novela)	»	0.50
ENRIQUE V. ERSERGUER, La Anarquia ante la Civilización	»	0.40
D'ACOSTA é IRISARRI, Liras Hermanas (poesías)	»	0.50
ISMAEL CORTINAS y WÁSHINGTON BELTRAN, De la raza (primer premio en el concurso «Homenaje á Artigas»)	»	0.15
ALBERTO NIN FRÍAS, La fuente envenenada (novela)	»	0.20

BIBLIOTECA TEATRO URUGUAYO

SMAEL CORTINAS, El Credo (comedia en un acto)	»	0.25
LUIS SCARZOLO TRAVIESO, Cabecita loca	»	0.25

FLORENCIO SANCHEZ, Nuestros Hijos (comedia en 3 actos)	$	0.50
OTTO MIGUEL CIONE, El Arlequín (tragedia moderna en 3 actos)	»	0.50
» » » Partenza (drama en 3 actos)	»	0.50
OVIDIO FERNANDEZ RIOS, El alma de la casa (comedia)	»	0.25
ERNESTO HERRERA, El Estanque (drama en 3 actos)	»	0.25
OROSMAN MORATORIO, Dulce calma (comedia)	»	0.25
JOSÉ PEDRO BELLAN, Amor (drama en tres actos)	»	0.30

Autores extranjeros:

MAX PEMBERTON, El Pirata de Hierro	»	0.30
GUY BOOTHBY, La Venganza del Dr. Nikola	»	0.25
LE BLANC, Aventuras de Arsenio Lupin (La dama rubia)	»	0.20
GASTON LEROUX, El Misterio del Cuarto Amarillo	»	0.25
» » El hombre que vió al Diablo	»	0.15
» » Balaoo	»	0.35
El perfume de la dama vestida de negro	»	0.25
M. VIGNALI, Salón del baile y Guía del trato social	»	1.00
E. GAUTIER, El arte de multiplicar los vegetales	»	0.60
GUMERSINDO ARDANAZ, Frente á la Iglesia	»	0.40
Sindicalismo y Socialismo	»	0.15

Obras de Rafael Barrett, publicadas:

Moralidades actuales	»	0.40
Lo que son los yerbales	»	0.10
El dolor paraguayo	»	0.40
Cuentos breves (Del natural)	»	0.40
Mirando vivir	»	0.50
Al margen	»	0.40
Ideas y críticas	»	0.40

